



UNIVERSIDAD MICHUACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

FACULTAD HISTORIA.

TESIS

HAYDEN WHITE Y EL SIGNIFICADO DE LA HISTORIA.

**-Una aproximación teórica e historiográfica a la problemática del
discurso histórico-**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN HISTORIA**

PRESENTA:

ILBEL RAMÍREZ GÓMEZ.

ASESOR:

DR. ALFONSO MENDIOLA MEJÍA

MORELIA, MICH. SEPTIEMBRE DE 2010



*a la historia por la
verdad, la inteligencia
y el arte*

Índice.

Introducción.....	4
Cap. 1 Hayden White (en teoría)	
-La obra de White-.....	13
1.1 Sobre Hayden White.....	13
1.2 La obra de Hayden White.....	18
1.2.1 <i>Metametahistoria</i>	19
1.2.2 <i>Tropics of Discourse</i>	25
1.2.3 <i>El Contenido de la Forma</i>	27
1.2.4 <i>Figural Realism</i>	29
1.3 La obra de Hayden White.	
Narrativa, Ficción e Imaginación Histórica.....	30
1.4 Conclusión.....	43
Cap. 2 Hayden White (en la práctica)	
-La recepción de la obra de White-.....	46
2.1 La obra de White y su crítica.....	46
2.2 Discusiones.....	57
2.3 La figura de White.....	64
2.4 El modo de implementar a White.....	72
2.5 Realismo, verdad y relativismo.....	82
Cap. 3 Los dos debates primordiales de la obra de Hayden White.....	90
3.1 Historia ¿Ciencia o Arte?	
Una problemática primigenia para Hayden White.....	91
3.1.1 Chalmers y la ciencia. (Ranke y el Historismo).....	91
3.1.2 Ankersmit y la representación.....	95
3.1.3 Thomas Kuhn, los paradigmas y la noción de consenso en la práctica histórica.....	101
3.1.4 Michel Foucault y la noción de discurso. (Luis Villoro y Enrique Florescano en <i>Historia, ¿para qué?</i>).104	
3.1.5 Conclusión.....	110
3.2 Sobre el relativismo y la posible negación de la Shoah.....	111
3.2.1 Relativismo, representación y trauma.....	112

3.2.2 Debate: Hayden White vs. Carlo Ginzburg (Respuesta de Martin Jay).....	115
3.2.3 Revisionismo Histórico. (Revisionismo Mexican. El caso de Iturbide).....	120
3.2.4 Conclusión.....	124
3.3 Conclusión o El significado de la historia.....	128
3.3.1 Conclusión particular.....	128
3.3.2 Conclusión general.....	142
Bibliografía y fuentes.....	149

Introducción.

"In theory, theory and practice are the same.

In practice, they are not."

-Albert Einstein.

Situándonos en el contexto de la postmodernidad, nos hemos propuesto para este trabajo de investigación abordar la discusión sobre el discurso histórico mediante el análisis de la obra del historiador norteamericano Hayden White, quien es una figura central en la actualidad dentro de este debate ya que sus postulados han causado gran revuelo y conmoción entre la comunidad académica del mundo de las ciencias sociales. Sin embargo, a pesar del impacto de la obra de White, aún es necesaria una revisión de manera general de ésta puesto que las reacciones que ha ocasionado han sido, en su gran mayoría, centradas en postulados y afirmaciones particulares, pertenecientes a partes o a fragmentos de su obra, más que a una visión cabal y completa de todo su desarrollo.

Dado que nuestro análisis tuvo como *leitmotiv* una cuestión de carácter epistemológico, específicamente sobre el discurso y el conocimiento histórico, para tratar de entender qué es y para qué sirve, consideramos pertinente una aproximación desde un punto de vista historiográfico. Ya se ha señalado con anterioridad el distanciamiento *de facto* existente entre las nociones de teoría y praxis en la práctica de la escritura de la historia¹. Es por esta razón que consideramos pertinente una

¹ Corina Yturbe realiza un artículo donde se remonta a esta discusión desde la segunda mitad del siglo XX. Ahí expone que “los historiadores, cuya tarea es la producción escrita acerca de temas históricos, es

aproximación que, en el mismo sentido de la “institución historiográfica” señalada por Guillermo Zermeño², busca reflexionar sobre la *práctica histórica* desde sí misma, en oposición a una visión realizada desde una perspectiva externa; de manera que, consideramos, el reflexionar *históricamente* sobre la forma en que otros historiadores han reflexionado acerca de la historia nos permite “realizar la *aproximación teórica* a la par de la operación misma de historiar”³. Así, realizamos nuestra aproximación con un carácter hermenéutico, *desde* la perspectiva de otro historiador para responder nuestras propias inquietudes *a través* del planteamiento que él ha hecho de las mismas. No debería sorprendernos que el mismo Hayden White haya realizado planteamientos similares al decir que “una de las características de un buen historiador profesional es la coherencia con la cual recuerda a sus lectores la naturaleza puramente provisional de sus caracterizaciones de los acontecimientos, los agentes y las agencias encontrados en el siempre incompleto registro histórico”⁴. Consideramos evidente, entonces, que la aproximación historiográfica resulta la más propicia para mantener siempre presente este carácter provisional inherente a los planteamientos históricos.

La elección de Hayden White para realizar esta aproximación obedece, en parte, a la ambivalencia (cuestión no exenta de ironía) de la importancia icónica y

decir la historiografía propiamente dicha, rara vez reflexionan sobre los procedimientos utilizados en su disciplina; (...) los filósofos, por su parte, reflexionan acerca de la historia desde afuera de la práctica de investigación y, en los últimos decenios, se han dedicado a la construcción de modelos de explicación ideales cuya pretensión es dar cuenta de lo que hacen, o deben hacer los historiadores, ya que no es fácil distinguir si se está describiendo o reconstruyendo una práctica o si bien se está prescribiendo un modo que garantiza la producción de conocimiento en la investigación historiográfica.” Corina Yturbe, “El conocimiento histórico”, en: Reyes Mate (ed.), *Filosofía de la historia*, Madrid, Trotta, 2005, p. 207. Guillermo Zermeño plantea algo similar cuando señala que “salvo algunas revisiones críticas - generalmente de orden filosófico- no ha habido una reacción equivalente por parte de los historiadores para cubrir ese vacío ‘teórico’. En su lugar, ha tendido a prevalecer un cierto desdén por la ‘teoría’ y a reafirmarse una supuesta vocación ‘empirista’ de la historia, que no ha hecho sino profundizar la distancia que separa a las investigaciones teóricas de las empíricas, o acentuar la división que ya existía entre las distintas ramas del saber social y humanístico e, incluso, a debilitar el diálogo entre disciplinas diversas y entre los mismos estudiosos del pasado”. Guillermo Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la Historia*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2002, p. 11.

² Donde señala el autor que es esa perspectiva la que permite llevar a cabo reflexiones de carácter teórico y no propiamente filosófico como podría suponerse, no son las reflexiones de un “filósofo” sino las de un historiador reflexionando sobre su oficio. Zermeño, *op. cit.* p. 12

³ Zermeño, *Idem.*

⁴ Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 109

representativa de la figura de White y sus postulados dentro de este debate, por un lado, y la falta de un análisis unitario del desarrollo y trayectoria de su obra⁵ (además del hecho de que gran parte de lo que hay no ha podido traspasar las barreras del idioma, y que lo poco que lo ha hecho pareciera no tener suficiente eco en la práctica histórica contemporánea) por el otro. Siendo ambas razones, a pesar de (o quizás, precisamente por) la contradicción que representan, motivos suficientes para realizar esta aproximación que podrá resultar tan ilustrativa como pertinente, esperamos también que pueda significar un aporte a la discusión actual sobre el conocimiento histórico y a la práctica misma que conlleva su desarrollo.

Sin embargo queda otra contradicción por explicitar aquí. Hemos hecho referencia en un principio al contexto de la postmodernidad. Esto se refiere al debate, originado por Lyotard y el fin de los metarrelatos, entre esencia y construcción; lo que nos lleva al tema de la verdad y el relativismo. Consideramos que en el mundo actual es difícil, desde una perspectiva académica, sostener un planteamiento esencialista de corte metafísico con respecto a los postulados propios y a nociones de verdad en general, debido al elevado nivel de autoconciencia de todos los elementos que contribuyen a forjar nuestra subjetiva perspectiva. Pero el problema no es esta dificultad, sino sus funestas consecuencias. Ciertamente no podemos simplemente ignorar el problema de la subjetividad y tratar de volver a una perspectiva un tanto ingenua acerca de nuestras nociones de verdad, pero la alternativa no puede ser abandonar toda esperanza de alcanzar una noción más o menos objetiva de certeza y verdad. La dificultad para la historia es real y la problemática que implica es el modo en que debemos

⁵ Keith Jenkins ha abordado a White para contextualizarlo dentro del debate posmoderno sobre la Historia en su libro: Keith Jenkins, *¿Por qué la historia? : ética y posmodernidad*, traducción, Stella Mastrangelo Puech. México, D.F. Fondo de Cultura Económica, 2006, 384 p. Donde, por otro lado, se puede observar el carácter fragmentario de los análisis realizados sobre Hayden White al revisar las notas del apartado que se centra en White donde Jenkins muestra como gran parte de los análisis y estudios sobre White se encuentran dispersos en diferentes volúmenes de diferentes revistas especializadas, como es el caso de la revista *History and Theory* o *Journal of Contemporary History*.

desenvolvernos; el modo en que debemos aprender a existir. Pero su acaso imposible resolución no puede ser motivo para abandonar todo intento de resolverla. Tan fuerte como esta aparente y paradójica contradicción pareciera ser nuestra elección por Hayden White para ocuparnos de esta problemática.

Debe quedar claro que nosotros nos propusimos plantear, en este trabajo de investigación, una plataforma desde la cual se pueda pretender comenzar a superar el relativismo que nos acecha como un espectro en cada rincón del mundo intelectual. Parece entonces un tanto contradictorio plantearnos este objetivo y para realizarlo implementar a un autor como White, quien ha sido catalogado como un relativista atroz por muchos de sus críticos. Todo el desarrollo de nuestra investigación intentó dar solución a esta aparente contradicción. Para comenzar a entenderla debemos tener una idea más clara acerca de White y su obra.

Ésta se compone básicamente de su libro y magna obra *Metahistoria*, que apareció por primera vez en 1973,⁶ y una serie de artículos que han aparecido desde antes de que ésta fuera publicada, comenzando por “The Burden of History” (El peso de la historia) que apareció por primera vez en la revista *History and Theory* en 1966, y hasta muy recientes fechas, siendo el más nuevo “The Future of Utopia in History.” (El futuro de la utopía en la historia) en la revista *Historein* en 2007, y que han sido recopilados en su mayoría en diferentes ocasiones, siendo la primera *Tropics of Discourse* (que recopila diferentes artículos que aparecieron entre 1966 y 1976)⁷ seguida de *The Content of the Form* (El contenido de la forma, que recopila artículos de entre 1980 y 1985)⁸ y finalmente *Figural Realism* (de 1988 hasta 1996).⁹ Además de varios artículos que no han sido aún recopilados por diversas razones; entre los que

⁶ Hayden White, *Metahistoria*, México, FCE, 1992, 412 pp.

⁷ Hayden White, *Tropics of Discourse*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, 287 pp.

⁸ Hayden White, *El contenido de la Forma*, Barcelona, Paidós, 1992, 229 pp.

⁹ Hayden White, *Figural Realism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999, 205 pp.

destacan respuestas a cuestionamientos que se le han planteado en el ámbito profesional, a través de discusiones realizadas en diversos números de revistas especializadas, a voces de gente tan prominente como George G. Iggers, Roger Chartier y Arthur Marwick. Tampoco hay que olvidar diversas entrevistas que White ha concedido en los últimos años y que han aparecido en diferentes publicaciones.¹⁰ Por otro lado, existe una gran cantidad de literatura producida sobre Hayden White.

Existen varios análisis donde se trata de contextualizar a White y sus planteamientos en discusiones sobre el lugar de la historia en la postmodernidad¹¹ o respecto a revisiones de diferentes perspectivas bastante novedosas como la *cultural history* o la *intelectual history*¹² y el lugar que ocupan en estos debates. Aunado a esto, y como ya hemos mencionado, existe una gran cantidad de artículos sobre Hayden White dispersos en varias publicaciones, siendo de entre las más importantes *History and Theory* y *Journal of Contemporary History*, donde se han publicado reseñas, revisiones y discusiones de la obra de Hayden White. Como ya ha señalado Jenkins,¹³ la revista *History and Theory* dedicó un número a la crítica de *Metahistoria*¹⁴ además de muchos otros artículos que iremos mencionando cuando sea propicio. Respecto a *Journal of Contemporary History*, publicó la discusión con Arthur Marwick y varios

¹⁰ Keith Jenkins, "A Conversation with Hayden White." *Literature and History*, vol. 7, no 1, 1998, pp. 68-82. / Juana Libedinsky, "El pasado no existe; se lo construye con la imaginación." *La Nación* (Argentina), 24 Octubre 2000, p. 11. / Angélica Koufou, and Margarita Miliori, "The Ironic Poetics of late Modernity. An Interview with Hayden White". *Historein*, a review of the past and other stories (Athens), vol. 2, 2000. / Alfonso Mendiola, "Hayden White: la lógica figurativa en el discurso histórico", en: *Historia y Grafía*, UIA, núm. 12, 1999. Son algunos ejemplos.

¹¹ Como es el caso de: Sonia Corcuera de Mancera, "Tiempo historia y relato, la historia como expresión literaria", en su: *Voces y silencios en la historia*, México, FCE, 1997, pp. 341-380. / Keith Jenkins, "Sobre Hayden White", en su: *¿Por qué la historia? Ética y Postmodernidad*, México, FCE, 2006, pp. 193-221. / Alun Munslow, "Hayden White and Deconstructionist History", in: his, *Deconstructing History*, London and New York: Routledge, 1997, pp. 140-162.

¹² Lloyd Kramer, "Literature, Criticism, and Historical Imagination: The Literary Challenge of Hayden White and Dominick LaCapra", in: *The New Cultural History*, edited by Lynn Hunt, Berkeley: University of California Press, 1989, pp. 97-128. / Dominick LaCapra, "A Poetics of Historiography: Hayden White's Tropics of Discourse", in: *Rethinking Intellectual History*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1983, pp. 72-83.

¹³ Jenkins, *op. cit.* p. 362.

¹⁴ "Metahistory: Six Critiques." *History and Theory*, Beiheft 19. vol. 19, no. 4, 1980.

artículos de diferentes especialistas, acaecidos precisamente a razón de esta misma discusión.¹⁵ Sin embargo todos estos textos se encuentran esparcidos de forma dispersa, y la falta de un estudio que trate de dar cuenta de manera general de esta discusión fue uno de los ejes motores de este trabajo de investigación.

Teniendo en consideración todos estos elementos nos proponemos realizar este análisis historiográfico. Buscamos, en primer lugar, obtener una percepción más clara de la noción de *discurso histórico*. Entender qué es y para qué sirve. Consideramos pertinente dar respuesta a estas interrogantes a través de la obra de Hayden White, al que consideramos un historiador crítico, comprometido en la búsqueda de posibilidad de la historia. Nuestro objetivo es analizar su perspectiva e historizar su desarrollo, y Contextualizarlo para poder entender nuestras inquietudes *a través* de sus planteamientos. De esta manera las preguntas que le haremos al autor que proponemos analizar serán pertinentes en tanto que él mismo las ha formulado, y es observando su análisis que buscamos comprender la respuesta a estas interrogantes de una manera hermenéutica. Como ya lo ha señalado Alfonso Mendiola citando a Gadamer, “el verdadero problema de la comprensión aparece cuando en el esfuerzo por comprender un contenido se plantea la pregunta reflexiva de cómo ha llegado el otro a su opinión.”¹⁶

Buscamos, entonces, *trascender* a Hayden White a través de sí mismo. Nuestro interés primordial es de carácter óntico respecto del conocimiento histórico. Ya esta presunción conlleva una hipótesis implícita (y bastante problemática para lo que nos atañe). Y ésta es que se puede *conocer* el significado del conocimiento histórico. La

¹⁵ "Response to Arthur Marwick." *Journal of Contemporary History*, vol. 30, no 2, April 1995, pp. 233-246. (Cf.: Arthur Marwick, "Two Approaches to Historical Study: The Metaphysical (Including 'Postmodernism') and the Historical." *Journal of Contemporary History*, vol. 30, no 1, January 1995, pp. 5-35; further discussion: Christopher Lloyd, "For Realism and Against the Inadequacies of Common Sense: A Response to Arthur Marwick; Beverley Southgate, "History and Metahistory: Marwick versus White"; Wulf Kansteiner, "Searching for an Audience: The Historical Profession in the Media Age - A Comment on Arthur Marwick and Hayden White"; Geoffrey Roberts, "Narrative History as a Way of Life," in: *Journal of Contemporary History*, vol. 31, no 1, January 1996.)

¹⁶ Alfonso Mendiola, "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", *Historia y Grafía*, UIA, núm. 15, 2000, p. 185.

sola afirmación se siente casi anacrónica. No ignoramos el efecto que el posmodernismo ha tenido en la práctica histórica. Simplemente buscamos postular la hipótesis de que la relatividad de todas las opiniones, para usar palabras de Gadamer; el hecho de que “la verdad” sea un constructo social antes que un ente aparte e independiente, lo que nos vincula al relativismo y al constructivismo; no constituyen la condición de su negación e imposibilidad sino, precisamente, la condición de su posibilidad. Es precisamente porque *es* construida que podemos concebir, lógicamente, la posibilidad de construir, mediante el consenso, una verdad si no “absoluta” por lo menos coherente.

Es importante señalar que la obra de White mantiene una unidad que no ha sido resaltada hasta este momento. Quizá es debido al modo tan disperso en que fue producida que puede proyectar un aspecto un tanto difuso para quien se aproxime a ella. Sin embargo, nosotros hemos planteado a través de este trabajo de investigación que existen varios conceptos que funcionan como un factor constante que brinda unidad a toda la obra de White producida hasta el momento. Estos conceptos son temas recurrentes de su pensamiento y aparecen continuamente en el desarrollo de su obra, tanto la motivada por intereses e inquietudes personales como aquellas más contextuales, producidas a través de inquietudes y cuestionamientos provenientes de sus interlocutores y entorno en general. Estos conceptos han sido los que nos ayudaron a elegir la estructura de la obra puesto que ésta se divide en tres capítulos; siendo el primero un análisis de la obra de White con el eje conceptual rector de narrativa-ficción-imaginación histórica. El segundo capítulo igualmente maneja un eje conceptual guía pero inspirado por la crítica realizada a White, realismo-verdad-relativismo, lo cual nos permite centrarnos propiamente en la recepción de la obra de White. Finalmente el tercer capítulo consiste en una revisión más específica de los dos debates que consideramos imprescindibles para comprender a White y su obra.

El primer debate, en sí mismo una mimesis del primer capítulo en tanto que tuvo siempre un claro interés para White, se concentra en el viejo debate acerca del estatuto de la historia: si pertenece a las artes o a las ciencias. Mientras que el segundo, igualmente una representación condensada, esta vez del segundo capítulo ya que fueron más bien factores externos los que llevaron a White a adentrarse en este tema, se centra en analizar la validez de considerar que el planteamiento supuestamente relativista de White puede utilizarse para alimentar posturas negacionistas como en el caso del Holocausto.

Nuestra investigación presenta, pues, un carácter y un movimiento eminentemente dialéctico en el que el tercer capítulo funge como una forma de síntesis de la tensión manifiesta entre el primero y el segundo. Estos dos últimos están entonces orientados hacia el tercero, en la medida en que buscan generar para éste una especie de contexto dentro del cual poder cobrar plena y completa significancia. Finalmente también debe observarse la manera en que nuestra propuesta busca mostrar la forma en que la obra de White mantiene continuidad a través del hilo conductor que hemos establecido como nuestros conceptos rectores; lo cual nos permitirá alcanzar, igualmente, nuestro objetivo de esbozar una plataforma desde la cual superar el relativismo presente, en alguna medida, en toda cuestión intelectual de la actualidad en general y en la obra de White en particular.

La mayor problemática metodológica a la que nos enfrentamos a lo largo de la realización de este trabajo fue la legitimación de la misma. Aún hoy muy poca gente considera importante un estudio historiográfico, al pensar en el trabajo del que se ocupa un historiador; cuando reflexionar sobre el modo en que se ha escrito la historia y el modo en que se escribe debería ser parte esencial del trabajo de todo historiador que se respete. “Pero eso es muy teórico” ha sido una expresión que nos hemos encontrado a

menudo al hablar sobre nuestros temas. Como si la teoría no tuviera lugar en la práctica histórica (nuevamente aparece aquí la vieja dicotomía entre teoría y praxis). De manera tal que es mediante la implementación de lo que Alfonso Mendiola denomina “el giro historiográfico” que hemos planteado nuestra aproximación.

Señala Mendiola que existe una necesidad que se le plantea a la historiografía contemporánea, la de observar al observador. La observación de observaciones implica, añade Mendiola, “preguntarnos por qué al usar tal distinción se ve el mundo de tal manera y no de otra. Una observación de observaciones es una observación de segundo orden, ya que al realizarla descubrimos la contingencia de la observación de primer orden, en otras palabras, historizamos la primera observación”; esto implica, claro está, que se pueden seguir haciendo observaciones de las observaciones. Al observar la observación de segundo orden se estaría realizando una observación de tercer orden y así sucesivamente. Es al observar esta cuestión que nos damos cuenta de que así reconocemos e implementamos satisfactoriamente el carácter provisional de toda producción histórica, incluida la nuestra. Sin embargo, es bajo este contexto que podemos darle el carácter histórico a nuestra aproximación, a nuestra observación, es de este modo como historizamos nuestro análisis, al contextualizarlo dentro de su temporalidad.

Finalmente es necesario ocuparse de las minucias. Es necesario explicitar una aclaración de corte metodológico. La cuestión del idioma, la mayor parte de la obra que analizamos de White se encuentra publicada en inglés y no ha sido traducida al castellano. Hicimos referencia a las obras traducidas cuando nos fue posible. Toda otra referencia fue realizada en inglés y toda traducción, a menos que se indique lo contrario, es obra y responsabilidad del autor.

1. Hayden White (en teoría)

La obra de White

1.1 Sobre Hayden White.

En una conferencia dictada en la universidad de Columbia en marzo de 2005 Hayden White realizó una mención especial de Arthur C. Danto, quien se encontraba entre la audiencia, agradeciendo su presencia y señalando que le consideraba, además de uno de sus más allegados amigos, un modelo ejemplar de claridad discursiva. Es difícil saber, tratándose de White, si el comentario se encontraba completamente exento de ironía; considerando que Danto es uno de los más destacados y complejos filósofos analíticos de Estados Unidos¹⁷.

Hayden White es un historiador y teórico de la historia norteamericano, generalmente catalogado dentro de la corriente de la crítica literaria. Cuestiones como el *giro estético* y el *giro lingüístico* son identificadas con su pensamiento y con su producción escrita.

White nació el 12 de julio de 1928 en Martin, Tennessee. Se trasladó en 1936 a Detroit, junto con su familia, donde trabajó en la industria automotriz antes de graduarse del nivel preparatoria y posteriormente servir en la marina de los Estados Unidos, a fines de la década de 1940. Para 1951 White obtuvo su *B. A.* en la *Wyne State University* y el *M. B.* y *Ph. D.* en la *University of Michigan* (en 1952 y 1956 respectivamente). Desde entonces ha ocupado varios puestos como profesor emérito y

¹⁷ Para un mejor entendimiento de lo que aquí referimos pudiera ser adecuado revisar la obra de Danto: Arthur Coleman Danto, *Historia y narración: ensayos de filosofía analítica de la historia*; introducción de Fina Birulés, Barcelona: Paidós: I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1989, 155 pp., donde se dilucida con pasmosa claridad varios conceptos y categorías de gran importancia para el discurso histórico; no sin el alto nivel de complejidad intelectual que caracteriza al discurso analítico.

visitante en diferentes universidades de Estados Unidos. Fue en la Wyne State University donde recibió cátedra de un eminente profesor de historia, William Bossenbrook, quien fue a su vez profesor de Arthur C. Danto.¹⁸

Respecto a la formación intelectual de White podemos señalar el interés por los temas de la historia, la filosofía de la historia, la crítica literaria y la semiótica, y su afinidad con eminentes teóricos y pensadores de estas disciplinas como son, entre muchos otros, Johann Gustav Droysen, Giambattista Vico, Benedetto Croce, Robin George Collingwood, Georg Wilhelm Friedrich Hegel, Immanuel Kant, Martin Heidegger, Nortop Freye, Karl Mannheim, Claude Lévi-Strauss, Umberto Eco y Michel Foucault. De entre estos últimos, la tradición estructuralista para la obra de White es de gran relevancia. La primer parte de su obra (y por lo menos, también, la más reconocida) será catalogada por el autor mismo como “un producto histórico” de “corte eminentemente estructuralista.” Para comprender esto tratemos de ahondar someramente en la historia de esta corriente de pensamiento.

François Dosse, en su *Historia del estructuralismo*, identifica el origen del término con un cambio de concepción de la noción arquitectónica de “estructura” en los siglos XVII y XVIII, cuando se empieza a aplicar análogamente a los seres vivos en un sentido donde las partes de un ser concreto se organizan y lo conforman en su totalidad, esto es, que el todo se vuelve la suma de sus partes. Señala además que las primeras menciones del término en relación directa con las ciencias sociales son realizadas en el siglo XIX con Spencer, Morgan y Marx, y consagrado finalmente por el pensamiento de Durkheim. El neologismo “estructuralismo” aparece entonces entre 1900 y 1926 (según el *Vocabulaire* de André Lalande) y recibe el impulso determinante gracias a los planteamientos de la lingüística de Saussure y la escuela de Praga, que permiten al

¹⁸ Biografía de Hayden White. Frank Day, Clemson University, Dictionary of Literary Biography. ©2005–2006, BookRags.

estructuralismo aportar una noción de cientificidad sin precedentes para las ciencias humanas en el siglo XX.¹⁹

Dosse también explica el modo en que el ascenso del estructuralismo significó el cuestionamiento de la figura de Jean-Paul Sartre y del existencialismo. Corriente en boga en ese momento, al señalar que:

El derrumbamiento de la figura tutelar de Sartre va a provocar una crisis, un momento de incertidumbre, de duda de los filósofos, que van a utilizar especialmente las ciencias sociales ascendentes para agudizar su cuestionamiento crítico. Esta interrogación echa la culpa al existencialismo en tanto que filosofía de la subjetividad, en tanto que filosofía del sujeto. El hombre sartriano sólo existe por la intencionalidad de su conciencia, condenado a la libertad puesto que <<la existencia precede a la esencia>>.²⁰

También es importante el modo en que Claude Lévi-Strauss se basa, primero en Emile Durkheim, y cómo posteriormente le hace cuestionamientos importantes. Esto le permitirá esbozar su pensamiento y surgir como la figura central y primigenia del estructuralismo. Según Dosse, Lévi-Strauss toma de Durkheim la idea de que “la sociedad constituye un todo irreducible a la suma de sus partes. Sobre esta base se va a construir la disciplina sociológica.”²¹ Pero posteriormente se va a demarcar de la posición de Durkheim y del funcionalismo, alegando que éste carece de profundidad ya que se queda en la “superficie” de los sistemas sociales.²² Finalmente, es la relación con Jakobson la que hace que Lévi-Strauss entre en contacto con el elemento lingüístico saussuriano y lo implemente para poder brindar la cientificidad al campo de la antropología. Como señala nuevamente Dosse:

¹⁹ François Dosse, *Historia del estructuralismo*, Madrid, Akal, 2004, p. 12.

²⁰ Dosse, *Historia del...*, op. cit. p. 21

²¹ *Ibíd*, p. 29

²² *Ibíd*, p. 32

La principal aportación de Boas y su influencia sobre Lévi-Strauss fueron haber colocado el acento sobre la naturaleza inconsciente de los fenómenos culturales y haber colocado en el centro de la inteligibilidad de esta estructura inconsciente las leyes del lenguaje. El impulso lingüístico estaba dado, desde el campo de la antropología, desde 1911, y favoreció la fecundidad del encuentro entre Lévi-Strauss y Jakobson.²³

Esto significó una verdadera revolución para las ciencias humanas. Gracias a la noción de cientificidad que aportaba el estructuralismo muchas de ellas sufrieron una renovación o un impulso sin precedentes durante la década de los 60. Añade Dosse que algunas disciplinas, en este caso la que nos interesa, como la historia, ya se encontraban bajo el cobijo institucional de la universidad desde principios de siglo y antes. Y, por lo tanto, requirió más tiempo para que los postulados del estructuralismo penetraran en su práctica, como en el caso de la obra de Hayden White, que hasta la década de los 70 comienza a manifestar dentro del campo histórico la resonancia de los postulados estructuralistas.

Otra de las figuras primigenias del estructuralismo, Roland Barthes, nos ayuda a comprender mejor lo antes planteado por White respecto a la carga eminentemente estructuralista de la primera parte de su obra. En su primer libro *Metahistoria*, y por el cual es más reconocido, White plantea un análisis de las estructuras narrativas de cuatro prominentes historiadores del siglo XIX y, a manera de contraparte, cuatro prominentes filósofos de la historia del mismo periodo. Podemos observar que *Metahistoria* es un estudio de corte estructuralista cuando tomamos en cuenta la definición del método estructuralista propuesta por Barthes cuando dice que “la palabra *estructuralismo* tiene un sentido mucho más restringido [que básicamente saber que el todo no es la suma

²³ *Idem.*

pura y simple de las partes]: designa, en mi opinión, toda investigación sistemática que se someta a la pertinencia semántica y se inspire en el modelo lingüístico.”²⁴ *Metahistoria* analiza la obra de los maestros de la historiografía del XIX desde un punto de vista lingüístico. Mediante la teoría de los tropos Hayden White buscará explicar en su libro los esquemas de funcionamiento de la narrativa e imaginación histórica de la Europa del siglo XIX. Más adelante habremos de ahondar en este punto. Sin embargo, también deseamos resaltar otro comentario de Barthes que, consideramos, pone de manifiesto la influencia que las implicaciones estructuralistas tendrán sobre la obra de Hayden White. Si bien, qué tanto lo pone de manifiesto se hará evidente conforme el análisis que aquí proponemos se vaya desarrollando. Una pregunta fundamental que plantea Barthes con respecto a la narración de acontecimientos pasados es

que en nuestra cultura, desde los Griegos, está sometida generalmente a la sanción de la <<ciencia>> histórica, situada bajo la imperiosa garantía de la <<realidad>>, justificada por principios de exposición <<racional>>, esa narración ¿difiere realmente, por algún rasgo específico, por alguna indudable pertinencia, de la narración imaginaria, tal como la podemos encontrar en la epopeya, la novela, el drama?²⁵

Esta interrogante, planteada por Barthes a finales de los 60, contiene la génesis del planteamiento de Hayden White. Aquí es importante tomar en cuenta que *Metahistoria* aparece a principios de la década de los 70 en Estados Unidos y aclarar que no hemos encontrado una referencia directa a este planteamiento de Barthes en la obra de White; pero consideramos que ésta ayuda a entender la influencia que el

²⁴ Roland Barthes, “Respuesta a una encuesta sobre estructuralismo,” *Variaciones sobre la escritura*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 23

²⁵ Roland Barthes, *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 163-164

estructuralismo y el lenguaje tienen dentro de su discurso. Sobre esto trataremos de ahondar un poco en el siguiente apartado del presente capítulo.

1.2 La obra de Hayden White.

La década de los setenta vio la primera parte de la obra de Hayden White, con la pequeña excepción de *El peso de la Historia* que apareció en el 66, con sus libros *Metahistoria* y *Tropics of Discourse* que aparecieron en 1973 y 1978 respectivamente. El segundo consiste en una recopilación de ensayos aparecidos entre 1966 y 1976. Posteriormente, a finales de las décadas de los ochenta y noventa (1987 y 1999) aparecieron las dos siguientes compilaciones de la obra de White: *El Contenido de la Forma* y *Figural Realism*. Podemos observar el desarrollo de la obra de White durante estas tres décadas a través de su estudio *Metahistoria* y las recopilaciones de sus artículos académicos. Es evidente que la obra de White mantiene en todo momento un interés y un tono uniforme por cuestiones relacionadas con el lenguaje y el discurso, y acerca de la relación que guardan con el discurso histórico. Los temas como el tramado, la interpretación, la literatura y la ficción, la narrativa, la representación y la verdad son parte fundamental de su obra de principio a fin. Es importante aclarar que dado que el autor en cuestión aún es nuestro contemporáneo hemos decidido delimitar el análisis de su obra desde su primer artículo teórico/académico (*El peso de la historia*) hasta la conferencia dictada en la universidad de Columbia en el año 2005. Así, a lo largo de toda su obra podemos observar su interés por estas cuestiones, además de la manera en que él va incursionando en análisis de grandes pensadores, teóricos y literatos como es el caso de Foucault, Ricoeur y Proust, por mencionar algunos.

1.2.1 Metahistoria.

Su obra más reconocida, debido en parte a la gran polémica que ha causado, es *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Inicialmente se publica en 1973 y desde entonces se ve inscrita en muchas discusiones y consideraciones teóricas que analizan, reconocen y cuestionan sus postulados, mostrando así la gran relevancia que este aporte representa para la discusión teórica en el ámbito histórico.

Como White mismo señala, el objetivo en *Metahistoria* es analizar la obra de los grandes maestros de la historiografía y los filósofos de la historia del siglo XIX (Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt por un lado; Hegel, Marx, Nietzsche y Croce por el otro.) En palabras de White:

En la consideración de esos pensadores examinaré el problema de cuál representa el enfoque más correcto del estudio histórico. Su posición como posibles modelos de representación o conceptualización histórica no depende de la naturaleza de los ‘datos’ que usaron para sostener sus generalizaciones ni de las teorías que invocaron para explicarlas; depende más bien de la consistencia, la coherencia y la fuerza esclarecedora de sus respectivas visiones del campo histórico.²⁶

El modo en que White pretende cumplir el objetivo señalado de analizar la obra de los grandes maestros del siglo XIX es a través de un análisis formal/estructuralista de sus construcciones históricas a través de cuatro elementos que sirven para identificar y analizar los elementos que las componen. Estos son: el modo de tramar, el modo de argumentar, el modo de implicación ideológica y la teoría de los tropos. Para todos

²⁶ Hayden White, “La poética de la historia”, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Trad. Stella Mastrangelo, México, FCE, 2005, p. 15

estos modos de estructurar el relato histórico White identifica cuatro formas básicas. Para el modo de tramar identifica el Romance, la Tragedia, la Comedia y la Sátira. Para el modo de argumentar señala el Formista, el Mecanicista, el Organicista y el Contextualista. Para la implicación ideológica señala el Anarquismo, el Radicalismo, el Conservadurismo y el Liberalismo.²⁷ Es importante señalar que para White una combinación determinada de los tres primeros modos es lo que constituye un estilo historiográfico, y que si bien existe una cierta afinidad entre las posibles relaciones respectivas existe también una “tensión dialéctica que caracteriza la obra de todo historiador importante [que] surge generalmente del esfuerzo por casar un modo de tramar con un modo de argumentación o de implicación ideológica que no es consonante con él”²⁸.

En lo que respecta a la teoría de los tropos, White señala los cuatro tipos principales, conforme a la moderna teoría del lenguaje: la Metáfora, la Metonimia, la Sinécdoque, y la Ironía.²⁹ Y además añade que los tropos “son especialmente útiles para comprender las operaciones por las cuales los contenidos de experiencia que se resisten a la descripción en prosa clara y racional pueden ser captados en forma prefigurativa y preparados para la aprehensión consciente.”³⁰

Existen algunas consideraciones que deseamos plantear acerca del cuarteto de cuartetos conceptuales implementado por White para su análisis de los maestros de la historiografía del XIX. En primer lugar White explica que el modo de tramado del romance es básicamente un drama heroico de auto-identificación que versa acerca del triunfo de la condición humana sobre las circunstancias y las condiciones terrenas

²⁷ Para la explicación por la trama toma esos modelos de la teoría de Northrop Frye en su *Anatomy of Criticism* (1957), para el modo de argumentar toma los modelos de Stephen Pepper en su libro *World Hypotheses* (1942) y los modelos de implicación ideológica los toma de Karl Mannheim, *Ideology and Utopia* (1935).

²⁸ White, “La poética...”, *op. cit.*, p. 39

²⁹ Señala White que los dos principales expositores de la teoría tropológica del discurso no científico son Jakobson y Lévi-Strauss.

³⁰ White, “La poética...”, *op. cit.*, p. 43

adversas. La comedia y la tragedia básicamente consisten en una negación de esa victoria final. La característica que las define es que presentan lo endeble de la condición humana en última instancia; sólo que con una diferencia de tono. La tragedia muestra la futilidad humana ante fuerzas superiores, así sean: el destino, como en la tragedia grecolatina clásica; Edipo o la contingencia, como ocurre con la tragedia de *Romeo y Julieta* de Shakespeare. Por su parte, la comedia también resalta la futilidad humana pero en un tono más alegre.

Como señala Henri Bergson en su tratado sobre la risa, cuando menciona que la hilaridad del accidente radica en su falta de *intencionalidad*. Es así que, si al observar al hombre que se cae por la calle asumiésemos que ésa es su forma de sentarse, no encontraríamos nada particularmente gracioso en el acontecimiento. Finalmente, el cuarto modo de tramar, la sátira, consiste en una negación de todos los demás modos señalados anteriormente. Es bajo la premisa de la inadecuación última de éstos para describir la realidad que nos encontramos ante una sátira; cuando cualquiera de los modos contiene una negación, más o menos velada, de sí mismo dentro de su propia estructura. Aquí quisiéramos llamar la atención al hecho de que la sátira consiste, por lo tanto, en un tramado particular que contiene el tropo de la ironía. Y es bajo las siguientes consideraciones que esto habrá de cobrar importancia, como veremos a continuación.

Respecto de las formas de argumentar, White explica que el Formismo consiste en la identificación de carácter específico de cada elemento, cada una de sus partes, y una explicación de este tipo se encuentra completa cuando cada una de las partes se encuentra debidamente localizada y analizada. El Organicismo busca, por su parte, resaltar la relación de las partes con el todo; contiene un sentido *integrativo* y *reductivo* donde la totalidad del campo histórico es mayor que la suma de sus partes. El

Mecanicismo busca explicar las leyes de explicación del devenir histórico mediante la exaltación de los elementos del campo histórico en forma de relaciones parte-parte. Finalmente, el contextualismo mantiene la premisa básica de que es posible explicar los acontecimientos si se les coloca y comprende en el contexto donde ocurrieron.³¹

Es importante tener bien claro la forma en la que se manifiestan las formas de argumentar, puesto que White resalta la relación que mantienen con los cuatro tropos principales. La *metáfora* es básicamente una transferencia de una cosa por otra, al modo de la analogía o el símil. En la *metonimia* se realiza una sustitución del todo por la parte como en la expresión “cuatro bocas que alimentar” para referirse a los infantes. La *sinécdoque* es similar a la metonimia puesto que en ella un todo se puede caracterizar mediante una parte que conlleva una cualidad presuntamente inherente a la totalidad, como en la expresión “llegó la policía.” Finalmente la *ironía* se expresa negando en el nivel figurativo lo que se afirma en el nivel literal.³² Como si el lector, mientras bosteza, dijese para sus adentros “¡dios mío, cómo me tiene atrapado este texto!”

En palabras de White;

La metáfora es representativa del mismo modo que se puede decir que el formismo lo es. La metonimia es reductiva de una manera mecanicista, mientras que la sinécdoque es integrativa del modo como lo es el organicismo. La metáfora sanciona las prefiguraciones del mundo de la experiencia en términos objeto-objeto, la metonimia en términos parte-parte y la sinécdoque en términos objeto-totalidad.³³

Podemos complementar esta analogía con el señalamiento de que igualmente la ironía depende completamente de las circunstancias en las que se planteó para tener sentido, el tono de voz, un gesto de la ceja o el comentario para el cual es réplica, a la

³¹ *Op. cit.*, p. 24-28

³² *Ibíd*, p. 43

³³ *Ibíd*, p. 45

manera del contextualismo. Y de hecho quisiéramos resaltar lo que ya habíamos mencionado líneas arriba, al señalar que la sátira es un modo de tramar que contiene de manera predominante el tropo de la ironía dentro de su estructura, puesto que conlleva una negación del tramado al que hace referencia. Pero a su vez los demás modos de tramar pueden ser identificados con los otros tres tropos principales. Tanto la autoidentificación con el protagonista del romance, como la representación de su epopeya particular significando esa trascendencia del mundo de la experiencia, que habíamos señalado antes, consisten en una transferencia metafórica. Y la tragedia y la comedia, en tanto que versan acerca de la imposibilidad de esa misma trascendencia debido a la existencia de una fuerza superior (una totalidad si se quiere), contienen un carácter metonímico y sinécdico respectivamente.

Más aún, no sólo en los modos de tramar y de argumentar, sino también en las diferentes posiciones ideológicas, encontramos una relación de equivalencia a los cuatro tropos principales. El anarquismo y el conservadurismo en tanto que mantienen una idea muy concreta, aunque opuesta, acerca de la realidad, la sociedad o la naturaleza humana, se puede decir que expresan en algún sentido una relación de las partes con el todo; siendo así ambas posturas, sinécdica y metonímica respectivamente. El elemento idealista, casi romántico, dentro de la ideología liberalista de la idea de progreso y libertad, la vuelve fundamentalmente metafórica; mientras que la postura crítica del radicalismo, que consiste en una negación de los postulados de las demás posiciones ideológicas, catalogándolos como ingenuos o inadecuados, expresa un sentido básicamente irónico de “la verdad”.

Dos son las conclusiones importantes que deseamos resaltar en esta obra de White. En primer lugar él señala que “(este estudio) me permite explicar por qué, aun cuando los pensadores históricos del siglo XIX estudiaron cuidadosa y completamente,

dentro de los límites de sus diversas competencias, los mismos ‘datos’ del registro histórico, llegaron a conclusiones tan diferentes y al parecer mutuamente excluyentes sobre el significado y la significación de esos ‘datos’ para su propia época.”³⁴ Esta conclusión la consideramos particularmente ilustrativa del discurso de White, pues aquí se resume su intención de resaltar la relatividad que contiene el discurso histórico, debido a las implicaciones que conlleva su carácter literario manifiesto por la teoría de los tropos que expone en la misma *Metahistoria*.

Por otra parte, White concluye en *la poética de la historia* que “la filosofía de la historia termina en la misma condición irónica a que había llegado la historiografía para el último tercio del siglo XIX. Esa condición irónica difería de su contrapartida de la Ilustración tardía sólo en el refinamiento con que se exponía en la filosofía de la historia y en la amplitud de los estudios que acompañaban su elaboración en la historiografía de la época.”³⁵ Las implicaciones de esta conclusión son un poco más intrincadas pero no menos ilustrativas de la actitud crítica de White, que fuera concebida como “relativismo”, puesto que más adelante habrá de cerrar *Metahistoria* manifestando que

Si se puede demostrar que la ironía no es sino una de *una serie* de perspectivas posibles sobre la historia, cada una de las cuales tiene sus buenas razones para existir en unible poético y moral de conciencia, la actitud irónica habrá empezado a despojarse de su *status* como perspectiva *necesaria* para la contemplación del proceso histórico. Historiadores y filósofos de la historia quedarán entonces libres para conceptualizar la historia, percibir sus contenidos y construir relatos históricos de sus procesos en la modalidad de conciencia más consistente con sus propias aspiraciones morales y estéticas. Y la conciencia histórica estará abierta al restablecimiento de sus vínculos con las grandes preocupaciones poéticas, científicas y filosóficas que inspiraban a los grandes practicantes y teóricos de su edad de oro en el siglo XIX.³⁶

³⁴ White, “Conclusión”, *Metahistoria*, *op. cit.*, p. 410

³⁵ White, “La poética...”, *op. cit.*, p. 50

³⁶ White, “Conclusión”, *op. cit.*, p. 412

El planteamiento de White podría ser considerado como radical en la medida en que busca criticar este carácter irónico aparentemente “inherente” de la conciencia histórica. Esta liberación que busca fomentar al permitir a los historiadores dejar de sufrir el peso de la ironía como única perspectiva posible para, de manera viable, desarrollar el discurso histórico, es acorde no sólo con su defensa de ese carácter literario, ficticio o poético del que hablábamos líneas arriba; sino también y sobre todo con su perspectiva general de un uso políticamente responsable del discurso histórico.

1.2.2 *Tropics of Discourse.*

Una gran variedad de artículos, cuya fecha de aparición varía entre 1966 y 1976, es la que conforma este primer libro posterior a *Metahistoria*, y publicado en 1978, denominado: *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*.³⁷ Esta compilación de artículos mantiene como hilo conductor el “elemento trópico presente en todo discurso, ya sea realista o imaginativo. [...] el tema es cómo funcionan los tropos en los discursos de las ciencias humanas.”³⁸

La estructura de este libro es particularmente ilustrativa. Ésta no tiene un sentido cronológico sino temático. Sin contar la introducción, los primeros cinco apartados versan sobre cuestiones de análisis y teoría del discurso y la narrativa. La interpretación, la imaginación y las ficciones de la representación factual son los temas que abordan específicamente algunos de ellos. Mientras que los siguientes siete apartados representan la manera en que el estructuralismo permeó la obra de White, cómo realizó

³⁷ *Trópicos del Discurso. Ensayos de crítica cultural.*

³⁸ Hayden White, “Tropología, discurso y modos de conciencia humana,” en *El texto histórico como artefacto literario y otros ensayos*, Trad. Verónica Tozzi, Barcelona, Paidós, 2003, p. 64

sus análisis utilizando el concepto del *buen salvaje* de Levi-Strauss o su estudio relativo a Michel Foucault, o cuestiones de su interés en relación con la teoría narrativo-discursiva o historiográfica, como es el caso de sus análisis de la obra de *La nueva ciencia* de Vico o el estudio de las críticas de Croce al mismo Vico, y finalmente una consideración crítica acerca de la teoría literaria contemporánea.

En este libro se recopila un texto de gran importancia; quisiéramos resaltar algunas de las consideraciones planteadas por White dentro del artículo *El peso de la historia*. En éste, su primer artículo académico publicado en 1966 en las páginas de la revista *History and Theory*, White alcanza a plantear, sin esbozar claramente aún una respuesta, una interrogante de tintes epistemológicos con respecto al conocimiento histórico y su relación con las disciplinas artísticas y científicas. Sin embargo, lo que en verdad nos interesa resaltar por el momento es una consideración que White manifiesta de carácter mucho más pragmático con respecto al uso del conocimiento histórico. Aquí él señala, siguiendo a Nietzsche con los planteamientos de la *Segunda intempestiva*, una aversión en contra de las manifestaciones necróticas o necrófilas del conocimiento histórico, y plantea que es necesario concebir al discurso histórico como un medio para un fin, antes que un fin en sí mismo. El fin que, plantea, debe alcanzarse, debe estar definido por nuestra condición presente y es sólo en función de ésta que debemos mirar hacia el pasado. Señala White que la perspectiva histórica debe concebirse desde el ahora, con motivo y fundamento en el presente y no en el pasado. Y añade que “necesitamos un historiador que nos eduque para la discontinuidad; porque la discontinuidad, el rompimiento y el caos son el terreno de nuestro tiempo.”³⁹ Consideramos que esta cuestión también se relaciona con una afirmación que White extrae del pensamiento de Sartre;

³⁹ Hayden White, “The Burden of History”, *History and Theory*, Vol. 5, no. 2, 1966. Aquí hacemos referencia a la versión traducida “El peso de la historia”, *Nexos*, #53, p. 33

Sartre rechaza la doctrina psicoanalítica del inconsciente y afirma que *el pasado es lo que decidimos recordar de él*, no tiene existencia fuera de nuestra conciencia. Elegimos nuestro pasado en la misma medida en que elegimos nuestro futuro. Por tanto, el pasado histórico, al igual que nuestros distintos pasados personales, es en el mejor de los casos un mito que justifica nuestro juego con un futuro específico, y en el peor de los casos una mentira, una racionalización retrospectiva de lo que en efecto nos hemos convertido por medio de nuestras elecciones.⁴⁰

En realidad, si lo que conocemos no es más que el producto de una *construcción* determinada ¿qué sentido tiene la obsesión por conocer las cosas *tal y como fueron*? Para White tendría más pertinencia preguntarse por las cosas *tal y como se nos presentan*. Y siguiendo aquí a Alfonso Mendiola,⁴¹ cabría ir un poco más allá y preguntarnos siempre no sólo esto, sino también por qué es que se nos presentan las cosas de la manera particular en la que se nos presentan y no de otra.

1.2.3 El contenido de la forma.

La siguiente recopilación de artículos de White aparece en 1987 y se encuentra constituida por ocho artículos que aparecieron entre 1980 y 1985. La estructura de este texto es similar a la de la recopilación anterior. Los primeros tres artículos mantienen el interés en la temática del discurso y la narrativa, en relación con la representación de la realidad, la teoría historiográfica actual y la dimensión política de orden de dominación con el que en algún nivel se relacionan. Posteriormente, los siguientes cuatro artículos vuelven a constituir un análisis de autores cuyo pensamiento es de algún interés para

⁴⁰ White, “El peso...”, *op. cit.*, p. 28

⁴¹ Véase Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, *Historia y Grafía*, #15, UIA, México, 2000.

Hayden White; Droysen, Foucault, Jameson y Ricoeur. Finalmente, el último artículo de la recopilación habla acerca de cuestiones del texto e historia intelectual.

Tradicionalmente se ha considerado que la narrativa es algo así como una bandeja o aparador donde las ideas o descubrimientos pueden montarse y ser exhibidos; ser *comprendidos*. Un medio utilizado por diferentes disciplinas, salvo las científicas contemporáneas, para transmitir sus conocimientos. Y esta idea ha sido muy poco cuestionada. No ha sido sino hasta muy recientemente, con el advenimiento de los postulados estructuralistas de la lingüística post-saussuriana y del giro lingüístico, que esos cimientos se han comenzado a socavar. Nos encontramos ahora ante un nivel más elevado de conciencia donde esa concepción ingenua de la narrativa ya no tiene lugar. Se ha vuelto mucho más evidente que el aparato verbal implementado para transmitir conocimientos conlleva implicaciones y prefiguraciones propias que uno no puede meramente *esperar* que no contaminen, o por lo menos influyeran, nuestro discurso. Por lo que Hayden White aboga es porque se cobre esta conciencia para, dentro del discurso histórico, no necesariamente evitar esta influencia sino más bien, activamente, para volverla coherente y consistente con la intencionalidad manifiesta del autor. En todas las denominadas “ciencias humanas” se está dando este giro y se está realizando una revaloración de la narrativa, tratando de tomar en cuenta estos postulados. Esta recopilación de ensayos conlleva el sugerente título de *El contenido de la forma*, debido a que de manera general todos los textos que la conforman mantienen la idea de resaltar la manera particular en que la forma del discurso contribuye a forjar su contenido expresamente manifiesto. Vale la pena tomar en cuenta la posibilidad de que el discurso sea poco menos que un medio *inocente* de transmisión de significado y tratar de analizar, como intenta Hayden White, hasta sus últimas consecuencias, las implicaciones de este postulado.

1.2.4 Figural Realism.

Finalmente, la tercera compilación de artículos de Hayden White aparece publicada en el año de 1999 y contiene nuevamente ocho artículos. Las fechas de aparición de éstos varían entre 1988 y 1996. Este compendio de ensayos comparte la estructura de los dos anteriores; una vez más los primeros cuatro artículos se refieren a temas relacionados con la teoría discursiva e histórica, con temas como la teoría literaria, el tramado y el problema de la verdad, el formalismo, el contextualismo y el modernismo, y los siguientes tres artículos constituyen aproximaciones de White a temas y autores que resultan de su interés, como es el caso de la narrativa de Auerbach y la de Proust o el tratado sobre los sueños de Freud.

Finalmente el último artículo resulta un tanto pintoresco, siempre y cuando se le analice de manera aislada, puesto que su temática se relaciona con el discurso musical. Sin embargo podemos comprender el nuevo hilo conductor, planteado por White, que reúne estos ensayos; entendiendo que todos y cada uno representan una crítica a la idea de la tradición occidental con respecto a la representación, y considerando que en la intención de recreación se constituye más bien una *creación* propia e independiente, que una reproducción fidedigna de la realidad. Es tratando de ahondar en este fenómeno que White se introduce en los diferentes temas de sus distintos artículos; queriendo mostrar la manera en que dentro de cada uno de los temas que busca analizar se da este “realismo figurado” o efecto de realidad para el lector, como un producto de la representación histórica entendido como *mimesis*.

1.3 El pensamiento de Hayden White.

-Narrativa, Ficción e Imaginación histórica-

No es fácil comenzar a abordar el eje conceptual que aquí proponemos. Si bien consideramos que para este punto deberá ser más o menos evidente su pertinencia y la razón de ser en lo que a comprender la importancia de la obra de Hayden White se refiere, se vuelve extremadamente complicada la acción de comenzar a separar y discernir entre los mismos conceptos. Tal vez sea por la importancia cardinal que guardan con el pensamiento de White, o por la razón que sea; sin embargo, es innegable que esos conceptos se encuentran, como si de una madeja entrecruzada se tratase, completamente entrelazados y cualquier consideración que se busca tener hacia ellos parece presentar la paradójica condición de necesitar a los otros como prerrequisito. Esto es, se dificulta comenzar a hablar sobre la noción de *narración* para Hayden White sin antes esclarecer sus principios básicos con respecto a la *ficción* o a la *imaginación* histórica; y cada una de éstas, a su vez, parece presentar y requerir presupuestos de sus respectivas alternas, complicando así la labor que tenemos por delante. Sin embargo, tendrá que ser resuelta de alguna forma.

La afirmación que tal vez puede parecer más urgente de revisar es una de las que más fácilmente se identifican, o pueden identificarse, con el pensamiento de Hayden White, en una interpretación reduccionista que conduce a reconocer dice algo así, más o menos, como que “lo que los historiadores producen no son reproducciones o representaciones fidedignas del pasado sino ficciones que formalmente tienen más en común con los productos de los literatos que de los científicos.” Si esto fuera así entonces tal vez nos convendría comenzar a abordar nuestro tema por el flanco del concepto de ficción. Sin embargo, debido a que este tema guarda gran relación con el

concepto de verdad, sea científica o absoluta, tal vez nos introduce más ruido del que podemos y debemos, o deberíamos, manejar en este momento. Ciertamente, no es que deseemos rehuir de tan poderosa y polémica –provocadora– embestida, sino que preferimos retrasarla un poco para poder abordarla desde una perspectiva más adecuada. De esta manera habremos de volver sobre este punto cuando sea, a la vez, tan necesario como impostergable.

Tal vez el punto que requiere de menos presupuestos impregnados de polémica sea el de la imaginación histórica, ya que sobre ella existe un consenso más o menos general de su lugar e importancia dentro del discurso histórico. Tan es así que Hayden White retoma de un indiscutible clásico, Robin George Collingwood en su *Idea de la historia*, la noción de la “imaginación constructiva” y lo presenta como un complemento de la “imaginación crítica”; ambos elementos como características de la interpretación histórica. En primer lugar, señala, se encuentra la imaginación crítica que es la que conforma el marco a través del cual los historiadores habrán de sopesar los hechos y decidir si éstos tienen cabida en su narración. Bajo este criterio es que se puede discriminar un fenómeno como no válido o pertinente, a pesar de haber sido atestiguado y registrado como en el caso de un milagro dentro de una crónica. Una vez que este marco ha definido los hechos que pueden y los que no pueden entrar en la narración es que entra en juego la imaginación constructiva, puesto que ésta es la que permite llenar los espacios en blanco dejados por la crítica; siempre de una manera en la que se infiere lo que “debe haber ocurrido”, a partir de los hechos que se conoce que ocurrieron. Por ejemplo, saber que César estuvo en un momento determinado en la Galia y en otro momento determinado posterior en Roma permite inferir, legítimamente,

de ambos hechos, que César tuvo que haberse trasladado, en un momento dado, de un punto a otro.⁴²

Para Hayden White la combinación de ambos tipos de imaginación constituye un nivel de interpretación dentro de la narrativa histórica, ya que tanto el generar una jerarquía de valor de los “datos” a los que tiene alcance del historiador como especular a partir, precisamente, de los que han sido *seleccionados*, implica una decisión subjetiva; una acción y una implementación particular que tienen más que ver con los acuerdos vigentes de la comunidad académica, como pueden ser las reglas de evidencia y el método, que con una cualidad intrínseca de la realidad a la que se está haciendo referencia.

Una vez aclarado esto, quisiéramos volver un poco sobre nuestros pasos y señalar que, de manera extremadamente (casi hiperbólica) general, el objetivo de la investigación y discurso histórico es conocer o comprender el pasado. Y el papel que la imaginación histórica juega en ésta cuestión es de vital importancia. De entrada el término “imaginación” puede resultar enormemente problemático, puesto que no se refiere, como se podría pensar, a una noción fantasiosa o especulativa y carente de límites, sino más bien a una idea de carácter formal o práctica. Borges realiza en el prólogo de *El libro de los seres imaginarios* una aclaración similar a la que aquí buscamos plantear, pero en sentido opuesto. Señala que él va a limitarse a los seres imaginarios en la noción clásica de “fantasía”, y no a la categoría considerablemente más amplia que consistiría en *todos* los posibles seres imaginarios que, básicamente, componen en potencia a todos los entes que conforman la realidad; en tanto que toda representación constituye una *figuración* que hace uso de la imaginación. No sólo lo fantástico, sino también lo real puede ser *imaginado*, esto es, sin que siquiera sea

⁴² Hayden White, “Interpretation in history”, *Tropics of Discourse*, Baltimore, Johns Hopkins University, 1982, p. 59-60

necesaria la ausencia de lo que se busca representar, aunque ciertamente ésta ayuda en la medida en que vuelve más evidente esta función y esta característica de la imaginación, en particular a lo que al conocimiento histórico se refiere.

De esta manera, independientemente de nuestras concepciones de verdad y ficción, podemos comprender que la única manera de asimilar las representaciones que el discurso histórico crea del pasado, es a través de la imaginación.

Es erróneo pensar en una historia como un modelo similar a una réplica a escala de un aeroplano o un barco, un mapa o una fotografía. Porque podemos comprobar la adecuación de este último tipo de modelo observando el original y, a través de la aplicación de reglas necesarias de traducción, viendo en qué aspecto el modelo ha tenido realmente éxito al reproducir el original. Sin embargo, las estructuras y los procesos históricos no son como esos originales; no podemos observarlos con el fin de ver si el historiador los ha reproducido adecuadamente en su narrativa.⁴³

La idea que tenemos del pasado, la idea que el discurso histórico construye, es la de una serie de acontecimientos que en algún momento tuvieron lugar; pero es imperativo considerar que, a pesar de que nos basemos en métodos, testimonios, huellas y evidencia para configurar esa idea, la representación histórica no deja de tener un carácter eminentemente –lamentablemente, no deja de ser necesario aclarar que esto no es una crítica con tintes despectivos o peyorativos– imaginario.

La imaginación histórica se encuentra íntimamente relacionada con la narrativa y la ficción; consideramos, sin embargo, que prioritariamente se encuentra relacionada de manera formal con la narrativa ya que, como señala White, la imaginación histórica consiste en un tipo de interpretación subjetiva acerca del significado de los hechos. Como ya señalamos, White explica que esto ocurre no sólo por el carácter inabarcable

⁴³ White, “El texto histórico como artefacto literario,” *El texto...*, *op. cit.*, p. 119

de la totalidad de los hechos del pasado,⁴⁴ sino por el hecho de discriminar entre diferentes hechos como pertinentes y no pertinentes dentro del discurso que se busca construir; así como por el hecho de la interpretación que conlleva el llenar los vacíos a partir de inferencias y especulaciones. Son todas éstas cuestiones que implican algún nivel de interpretación,⁴⁵ y la manera en que estas diferentes interpretaciones se relacionan con la narrativa, de acuerdo con White, es a través de ese artefacto verbal la imaginación. Las interpretaciones que la conforman dotan de significado y constituyen de manera coherente el discurso histórico que el historiador busca plasmar en su relato. En corto, según White, la interpretación consiste en la dotación de un tramado particular a una serie determinada de acontecimientos del pasado.⁴⁶

Tomemos esto con calma y tratemos de analizar esta aseveración y sus implicaciones detenidamente. De manera general, todo proceso cognitivo consiste en una reducción de algún tipo; metáfora de la forma *esto es eso* en la medida en que comprendemos algo en cuanto volvemos cotidiano lo ajeno a través del discurso y el uso de los tropos.

Un discurso constituye en sí mismo un modelo determinado del proceso de conciencia por el que un área dada de experiencia [...] se asimila por analogía a aquellas áreas de experiencia sentidas como *ya* comprendidas con respecto a sus naturalezas esenciales. [...] Este proceso de comprensión sólo puede ser tropológico en su naturaleza, pues lo que está involucrado en este convertir en familiar lo no familiar es un tropologizar que es generalmente figurativo.⁴⁷

La comprensión histórica funciona de ésta manera. La teoría de los tropos en White tuvo su génesis el día en que escuchó en una conferencia dictada por Geoffrey

⁴⁴ Como ocurre en el cuento *Funes el memorioso* de Borges donde al protagonista, incapaz de olvidar el más mínimo detalle, le lleva un día entero recordar los acontecimientos del día anterior.

⁴⁵ White, "Interpretation...", *op. cit.* p. 51

⁴⁶ *Op. cit.*, p. 58

⁴⁷ White, "Tropología, discurso y modos de conciencia humana," *El texto histórico...*, *op. cit.*, p. 71

Hartman que “escribir una historia significa ubicar un acontecimiento en un contexto, relacionándolo como una parte de alguna totalidad concebible. Agregó que, por lo que sabía, había sólo dos maneras de relacionar las partes con las totalidades: a través de la metonimia y de la sinécdoque.”⁴⁸ Además, el modo de comprender un proceso histórico, entendiendo que toda representación histórica concebible es metafórica en última instancia, se resume en el siguiente extracto de White

La metáfora no *refleja* la cosa que busca caracterizar, *brinda direcciones* para encontrar el conjunto de imágenes que se pretenden asociar con esa cosa. Funciona como un símbolo, más que como un signo; lo que quiere decir que no nos da una *descripción* o un *icono* de la cosa que representa, pero *nos dice* qué imágenes buscar en nuestra experiencia cultural codificada en pos de determinar cómo nos *deberíamos sentir* acerca de esa cosa representada.⁴⁹

Así, podemos comprender el planteamiento de White cuando señala que el dotar de significado a una serie de acontecimientos a través de la imposición de una trama, así como el defender esta elección a través de una argumentación lógica, y el preconcebir de alguna manera ese mismo significado debido a una postura ideológica; además de considerar el papel fundamental que desempeñan los tropos en todo este proceso, constituyen todos, fragmentos estructurales del discurso narrativo, una forma de interpretación que es implementada por la imaginación.

Antes de eso, explica White, sólo existe la crónica; la serie de acontecimientos acaecidos en orden cronológico y recopilados *aparentemente* sin ninguna intencionalidad particular. Cuando el historiador los retoma, analiza, sopesa y discrimina; cuando construye una narrativa a partir de los que le resultan útiles para el análisis del proceso que busca realizar; cuando argumenta y dota de significado y

⁴⁸ White, “El texto histórico...”, *El texto histórico...*, *op. cit.*, p. 131

⁴⁹ *Op. cit.*, p. 126

explica y comprende su objeto de estudio, el pasado, a través de estas series inocuas de acontecimientos, todo a través de la narrativa, es que efectivamente está *haciendo* historia. Pero no sólo eso, está produciendo a la vez *ficción*. En eso consiste básicamente narrar una historia. Tratemos de poner un ejemplo para comprender esto más claramente. Si alguien nos pidiera que contásemos la historia de la conquista de México probablemente comenzaríamos por la salida de la expedición de Hernán Cortés de Cuba el 8 de febrero de 1517 y culminaríamos con la caída de Tenochtitlán el 13 de agosto 1521. De entrada, el elegir ambos acontecimientos como principio y fin de nuestra narración constituye una elección arbitraria (sin embargo, no por eso es inadecuada puesto que podríamos argumentar a favor de esta elección arbitraria arguyendo que es la mejor posible de entre una totalidad compuesta *solamente* de opciones arbitrarias; de acuerdo, al menos, con nuestra intencionalidad particular) ya que hubo una serie de acontecimientos anteriores al primero que elegimos y una serie de acontecimientos posteriores al último que elegimos.

El acto de distinguir ambos acontecimientos como principio y final de nuestra narración no es solamente una interpretación arbitraria del carácter de los hechos,⁵⁰ sino una decisión utilitaria para moldear e imprimir un significado en los acontecimientos; un significado que puede intercalarse con el concepto de tramado y por lo tanto constituir una producción literaria, *ficticia*. Ciertamente es más o menos sencillo explicar la manera en la que dadas ciertas acciones de Cortés y su séquito, como la matanza de Cholula o la del templo mayor, así como otros hechos aparentemente aislados o fortuitos, como la propagación de la epidemia de viruela en toda Mesoamérica o la falta de acuerdo y acciones conjuntas por parte de la resistencia

⁵⁰ Puesto que, al menos en el momento en que ocurrieron, era imposible determinar las consecuencias y el sentido que éstos tendrían. Las cosas simplemente suceden y dentro de la sucesión es imposible determinar su sentido o significado; para esto es imperativo realizar un proceso de observación que, como hemos dicho, Alfonso Mendiola ha señalado como necesariamente parcial, subjetivo, puesto que contiene por naturaleza un *punto ciego*.

mexica y sus aliados, contribuyeron, fueron causa o determinaron el resultado final de la historia que estamos narrando. Sin embargo, es importante señalar aquí el modo en que tanto la imaginación y la ficción se entrelazan dentro de la narración. Retomando a Nicklas Luhmann, puede decirse que la revisión histórica tiende, aparentemente, a volver necesario o posible lo que de otra manera resulta contingente en su momento al no poder ser revisado *a posteriori* dentro de la inmediatez de su acontecer.⁵¹

Finalmente también podemos darnos cuenta de los diferentes significados que podemos otorgarle a nuestra narración a través del tramado. Nosotros dotamos a nuestra historia de tintes trágicos y desesperanzadores al centrarnos al final en la caída de Tenochtitlán. Le ponemos un acento a las consecuencias funestas y nefastas de esta derrota; sin embargo, esto lo hacemos, o lo haríamos, sólo en la medida en que hablásemos desde una perspectiva cuando menos nostálgica o patriótica; si no es que patriotería o incluso xenófoba. No así como lo narra Bernal Díaz del Castillo en su *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, donde esa misma historia es, y no podría ser de otra manera, una historia de triunfo y de victoria; un romance hecho y derecho. Y nosotros mismos podemos darle un *twist* a nuestra propia narrativa si en vez de terminarla ahí hiciésemos caso a Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* y comprendiésemos la mexicanidad a partir de esa fusión que representa la unión, el mestizaje, de esa derrota y victoria de ambos pueblos, y más bien planteásemos la caída de Tenochtitlán como el punto más adverso, la mayor de las pruebas, de donde inevitablemente surgiría glorioso el advenimiento de la mexicanidad; convirtiendo así, nuestra tragedia en romance. Todo esto sustentado por una cierta, y preexistente,

⁵¹ Nicklas Luhmann, "Contingencia y sociedad moderna," *Observaciones de la modernidad*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 88-89. Es imperativo considerar que al darle una interpretación, un significado o sentido único, o por lo menos particular, al pasado se niega la contingencia sólo de manera aparente. Todo en el mundo tiene la opción de existir o no existir. Si existe, lo hace porque *puede* simplemente; nada más, nada menos. Cualquier consideración más allá de esto es contingente, dado que no es posible abarcar todas las posibilidades de causa/efecto y acto/consecuencia de la realidad.

implicación ideológica que nos impele a participar en la conformación del mundo y a actuar de una manera determinada, con una cierta intencionalidad en él; como puede ser intentar dar esperanza y ejemplo a nuestros compatriotas en estos tiempos oscuros en los que nos encontramos, por momentos, sumergidos. La implicación ideológica es un modo de jugar con el futuro que queremos y de lidiar con el carácter contingente del mundo en que vivimos.

Todas estas posibilidades y consideraciones son las que muestran el carácter ficticio de la narrativa histórica y nos permiten abordar, de la triada que nos hemos planteado abordar, nuestro último concepto a tratar: la ficción. Retomando lo que señalábamos hace ya varias líneas, escribir una historia es, según Hayden White y *formalmente* al menos, una producción de ficción. “*Cómo* debe ser configurada una situación histórica dada depende de la sutileza del historiador para relacionar una estructura de trama específica con un conjunto de acontecimientos históricos a los que desea dotar de un tipo especial de significado. Esto es esencialmente una operación literaria, es decir, productora de ficción.”⁵² La razón por la cual hemos rehuído hasta este punto abordar este concepto es la misma por la cual la afirmación anterior suena tan estridente. Sin duda alguna éste es el carácter con el que más se ha estigmatizado la obra y el pensamiento de Hayden White; es por esta clase de afirmaciones que se le ha catalogado como el responsable de “haber borrado la línea divisoria entre verdad y ficción.” Es precisamente por toda esa carga ideológica que se encuentra tan fuertemente arraigada a este debate que resulta tan complejo comenzar a abordar el tema de la ficción sin tener que abordar también el concepto de verdad y, ya de entrada, encontrarnos plenamente sumergidos a la mitad del segundo capítulo.

⁵² White, “El texto histórico...”, *op. cit.*, p. 115

En aras de preservar el orden y claridad de nuestro discurso, trataremos de cometer la paradójica intención de pasar por alto toda la carga ideológica de este debate y referirnos solamente al concepto de ficción, sin hacer referencia a las consideraciones que implican al concepto verdad (con perdón de las imprecisiones que por el momento puedan surgir en nuestra disertación).

Lo que consideramos más importante aclarar en primera instancia es el hecho de que el término ficción se encuentra cargado con esa connotación ruidosa y problemática de constituir un sinónimo de fantasía, en el mejor de los casos, y mentira o falsedad, en el peor. Ese uso del *vox populi* es el que provoca la aversión de los historiadores a todo lo que suene al planteamiento de White, ya que naturalmente consideran que no están inventando nada. Por el momento no es propicio señalar que constituye una imprecisión atribuirle a White ser responsable de haber borrado esa susodicha línea, o cuestionar que de entrada ésta siempre hubiese existido, o que su desaparición es algo necesariamente negativo.

Es imperativo no perder de vista que esta parte del discurso de White se refiere a una cuestión formal; de *forma* y estructura y no de contenido o de significado. Ayuda en este punto comprender que, al decir ficción, White no quiere descalificar la veracidad de las narrativas históricas sino referirse a su carácter literario.⁵³ Como señala Sonia Corcuera, resulta esclarecedor comprender que White quiere decir por ficción más bien *poética*.⁵⁴ Y para entender a lo que nos referimos cuando decimos que él habla de una cuestión de forma y estructura, es imperativo tener en cuenta que independientemente

⁵³ Ciertamente es posible, desde la perspectiva de White, hacer un cuestionamiento de la veracidad o la idea de verdad que respalda la producción historiográfica contemporánea y anterior. No para descalificarla propiamente sino para esclarecer que alguna particular determinada constituye solamente una interpretación entre muchas diversas y posibles que parten de diferentes, pero igualmente válidas, perspectivas. Revisaremos esta cuestión más a fondo en el segundo capítulo donde tendremos que abordar las problemáticas que las implicaciones aparentemente postmodernas de esta afirmación introducen a nuestra disertación.

⁵⁴ Sonia Corcuera de Mancera, *Voces y silencios en la historia, Siglos XIX y XX*. Fondo de Cultura Económica, México, 1997. 414 págs.

de que valga la “antigua distinción entre ficción e historia, en la que la ficción se concibe como la representación de lo imaginable y la historia como la representación de lo real, debe dejar lugar al reconocimiento de que sólo podemos conocer lo *real* contrastándolo o asemejándolo con lo *imaginable*.”⁵⁵ Además es posible señalar que la manera de proceder de un historiador y un literato es fundamentalmente la misma, sin que sea necesario cuestionar las relaciones ficción/imaginación e historia/realidad. Podemos, por el momento, asumir ambas como válidas y no por eso quedar incapacitados de explicar lo que aquí nos interesa. Independientemente de que los novelistas lidien solamente con eventos “imaginados” y los historiadores con eventos “reales”,⁵⁶ es innegable que la forma que tienen los hechos históricos, así sea como la suma de los hechos pasados o su recopilación en forma de crónica, y el modo en que el historiador los selecciona y con ellos conforma un discurso coherente es idéntica al modo y la forma en que un literato ordena los productos de su imaginación que constituirán su narrativa.⁵⁷ Hasta aquí versa la comparación planteada por White. No es su interés desacreditar la posibilidad de hallar o decir verdad dentro del discurso histórico (si acaso busca plantear algún matiz sobre la concepción que se tenga de “verdad”); tampoco busca defender un relativismo rapaz en donde todo vale y puesto que se están lanzando al aire las palabras “ficción” e “imaginación” debe entenderse una falta total de límites y de rigor, tanto formales como de contenido, al discurso (a lo cual cualquier teórico literario objetaría que es, en el mejor de los casos, una imprecisión o una falta grave, en el peor, ya que ni siquiera la literatura más surrealista⁵⁸ se cree exenta de cumplir con convenciones o límites básicos de coherencia y sentido).

⁵⁵ White, “El texto histórico...”, *op. cit.*, p. 137

⁵⁶ Sin considerar, claro está, que la inspiración proviene del mundo y de ningún otro lugar y por lo tanto todos los hechos son, de alguna manera, reales y la verdadera diferencia o distinción entre ellos radica en la cantidad de filtros que la interpretación les va imponiendo al presentarnoslos.

⁵⁷ White, “The fictions of factual representation”, *The Content of the Form*, Baltimore, Johns Hopkins University, 1987 p. 125

⁵⁸ Imagínese el fragmento más deconstruccionista de Ítalo Calvino.

Finalmente, mucho menos busca White negar que existan criterios para distinguir entre un proceder adecuado e inadecuado dentro de la producción del discurso histórico. En sus propias palabras “esto no significa que no podamos distinguir entre la buena y la mala historiografía, dado que siempre podemos acudir a criterios tales como la responsabilidad para con las reglas de la evidencia, la relativa plenitud del detalle narrativo, la coherencia lógica y aspectos similares a la hora de clarificar esta cuestión.”⁵⁹

Hasta aquí hemos descrito de manera general los postulados de Hayden White en lo que concierne a los conceptos de narrativa, ficción e imaginación histórica, conceptos que consideramos fundamentales para entender su obra ya que su desarrollo se encuentra esparcido a lo largo de toda ésta. Sin embargo, hasta este punto consideramos nuestro discurso incompleto. Existe un complemento a estos conceptos que deliberadamente hemos evitado, puesto que sus implicaciones se extienden hasta los temas del siguiente capítulo; donde abordaremos el trío conceptual realismo, verdad y relativismo. La razón de esto se debe a que, pese a que la intención original de White se extendía meramente a los campos del discurso, la teoría literaria y lo que él denomina el *giro discursivo*,⁶⁰ estos postulados originaron una reacción visceral, una convulsión, en el campo académico de la última cuarta parte del siglo XX que hasta hoy nos ha dejado secuelas. Estas reacciones han provenido de fuentes tan variadas como los sentidos que han detentado; algunas han sido adversas u hostiles y otras favorables. Lo que sí es innegable es que White quedó muy lejos de pasar desapercibido, y que estas críticas y aplicaciones de su discurso se han vuelto parte de su obra; no sólo porque de hecho han propiciado una parte de ésta al fomentar respuestas y contestaciones, sino

⁵⁹ White, “El texto histórico...”, *op. cit.*, p. 136

⁶⁰ Entrevista: Koufou, Angelica and Margarita Miliori, “The Ironic Poetics of late Modernity. An Interview with Hayden White”. *Historein, a review of the past and other stories*, Athens, vol. 2, 2000.

porque sirven para sondear hasta qué punto y verdaderamente con qué intensidad es que su discurso ha sido asimilado.

Así pues habremos de abordar esta temática en las páginas de nuestro siguiente capítulo. Pero antes es necesario señalar una pequeña conclusión, para cerrar el análisis *formal* de la obra de White. Como ya hemos señalado, deseamos cerrar este capítulo revisando una conclusión simbólica de la obra de White, encarnada en la conferencia dictada en la Universidad de Columbia en marzo de 2005.

Pero antes quisiéramos, como especie de epílogo al apartado anterior, retomar algunos planteamientos de White a manera de conclusión en lo que respecta al tema general de este primer capítulo.

La intención de White, el motivo de abordar todas estas cuestiones de discurso, lenguaje y narrativa, es y siempre fue hacerle espacio a una alternativa. Defender la pertinencia de una perspectiva disidente del discurso generalizado y dominante; un discurso de tolerancia sustentado desde la perspectiva del escepticismo académico que en este caso particular se refiere al carácter narrativo del discurso histórico y lo que la plena conciencia sobre este carácter podría aportarle al mismo discurso. Simplemente, si uno deja de pensar en el lenguaje como un medio inocuo y se da cuenta de todas las implicaciones que conlleva, así como las propias del elemento ficticio presente en toda narrativa histórica, podría encontrar, como ha hecho White con la teoría de los tropos, elementos en la teoría del lenguaje y la narrativa para sustentar o revitalizar la práctica misma de la escritura de la historia. En palabras de White. “En mi opinión, la historia es una disciplina en mal estado hoy en día porque ha perdido de vista sus orígenes en la imaginación literaria. En aras de *parecer* científica y objetiva, se ha reprimido y se ha negado a sí misma su propia y principal fuente de fuerza y renovación.”⁶¹

⁶¹ White, “El texto histórico...”, *op. cit.*, p. 139

1.4 Conclusión.

Finalmente quisiéramos cerrar este somero análisis de la obra de Hayden White haciendo un pequeño análisis de lo expuesto por él en esa conferencia de la universidad de Columbia en el 2005. Su tema general, que dio título a la conferencia, era “el futuro de la utopía en la historia”, y dentro de su exposición resulta extremadamente interesante observar que retomó varias cuestiones que no sólo lo han acompañado a lo largo de su carrera, sino que éstas siempre estuvieron ahí desde un principio. Si comparamos ambos discursos, el expuesto en *El peso de la historia*, su primer artículo académico, y lo que plantea en esta conferencia, se vuelven evidentes las continuidades de su discurso y de su pensamiento. Desde 1966 a White le inquieta la naturaleza y función del discurso histórico; temas que retoma en la conferencia de 2005. También la consternación ético-política y moral que estos temas implican se encuentra presente en ambas instancias. Si bien es evidente un cierto cambio de actitud en su modo de abordar estas problemáticas, al principio simplemente señala el debate sobre si la historia es un arte o una ciencia, y sin aventurarse a dar una respuesta se limita a manifestar que ahí existe un problema que es más complejo de lo que parece y que merece mucha más atención y discusión de la que se suele asumir y desarrollar. Esta misma cuestión la retoma en la conferencia, momento en el que ya ha internalizado la posibilidad de considerar la tercer opción de *discurso* planteada por Foucault, pero no busca clausurarla a pesar de contar con los elementos para tratar de esbozar una respuesta definitiva; más bien, en sintonía con su postura autodefinida como crítica y académicamente escéptica, abre la necesidad del debate abordándolo desde diferentes ángulos que de manera sólida, pero no intransigente o autoritaria, muestran la necesidad

de discutir estas cuestiones y lo lejos que nos podemos encontrar de una respuesta y de un consenso definitivos.

En la conferencia White vuelve a hablar del carácter necrológico de la historia. Señala que esto no es una crítica y que la necesidad de cada cultura de cuidar y rememorar a sus muertos es, aún hoy, un sustento para la existencia y el desarrollo del discurso histórico. Más que buscar poner en duda la capacidad del historiador para realizar observaciones objetivas o emitir juicios imparciales sobre el pasado señala que el tipo de anomalías con las que lidia la historia (muerte, ausencia, violencia y evento, nosotros añadimos: contingencia) no se prestan por su naturaleza al análisis científico, ya que requieren cuestiones de sensibilidad para su trato y un adecuado manejo conceptual. En este contexto plantea nuevamente el valor del aspecto ficticio del discurso histórico, al señalar la problemática que nos genera el concepto literario de “testimonio” y la oposición entre memoria e historia; debemos tratar de mostrar cómo es que *se sintió* en vez de cómo *fue*.

El tema principal de la conferencia, como ya señalamos, es el utopismo; la crítica que se puede hacer hacia el presente y la realidad desde la otredad, sea espacial o temporal, o muy claramente en palabras de White: “el peso en el futuro de la conciencia histórica.” A White le consterna el uso de la historia; busca que se genere un uso del pasado como pensamiento social responsable y considera que el disciplinar la historia es contrario a esta vertiente. En su conferencia manifiesta de manera muy clara que él no considera a la historia una ciencia “a menos que sea en el sentido más aristotélico del término.”⁶² Con esto se refiere a que “sólo en tal visión cualitativa, que es racional pero no científica, o bien, que es científica pero no empírico-metódica, cabe pensar

⁶² White, “El futuro de la utopía en la historia.” Conferencia. Universidad de Columbia 2005. Con el sentido “aristotélico” puede referirse a la ausencia del método científico, la experimentación y el manejo de los hechos. Cuentan (y si no es cierto al menos es una buena ocurrencia) que Aristóteles “deducía” que las mujeres debían tener menos dientes que los hombres, sin que se le ocurriera sentarse a contar los dientes que tuvieran un hombre y una mujer.

congruentemente la unidad y correlatividad de lo humano y lo no humano, de lo particular y de lo general, de lo natural y lo cultural, del Ser y de la libertad.”⁶³ White aún se encuentra en contra de considerar al discurso histórico como una ciencia objetiva y, finalmente, en la conferencia, habla de la enfermedad del “representacionalismo” y de la crítica postmoderna que cuestiona sobre todo la posibilidad de ser capaces verdaderamente de representar cualquier hecho del todo.

Con esas provocativas ideas White inició una estancia de tres días en la universidad de Columbia y nosotros concluimos este apartado. En suma, la obra de Hayden White concluye como comenzó; buscando hacer espacio a la crítica y al debate, al plantear como legítima la posibilidad del disenso y la manifestación de diversas perspectivas, sean éstas sobre la naturaleza del discurso histórico o sus posibles usos en diferentes planos sociales o culturales.

El siguiente capítulo habremos de revisar la manera en la que los postulados de White, a lo largo de su trayectoria académica, fueron recibidos e implementados por diferentes figuras del ambiente académico e intelectual alrededor del mundo durante la última cuarta parte del siglo XX y principios de éste en el que nos encontramos.

⁶³ Mario Teodoro Ramírez Cobián, *Filosofía y Creación*. México, Driada/UMSNH, 2007, p. 147 “Por otra parte, sólo una visión, una ciencia cualitativa de la naturaleza –como la del pensamiento griego y en particular como la asumida en la filosofía aristotélica– es capaz de proporcionarnos una comprensión integral y a la vez abierta del Ser, donde el ser humano no se encuentra ni ignorado (como en las concepciones positivistas y científicas modernas), ni exiliado (como en las concepciones idealistas y existencialistas tardo-modernas).” *Idem*.

2. Hayden White (en la práctica)

La recepción de la obra de White

“Hasta donde sé, nadie lee toda la obra [*Metahistoria*], es muy extensa.”

—Hayden White, a Alfonso Mendiola.

2.1 La obra de White y su crítica.

Las reacciones que la obra de Hayden White ocasionó en el mundo intelectual de la última cuarta parte del siglo XX fueron tan intensas como diversas. Es difícil discernir exactamente hasta dónde ha llegado el impacto de los postulados de White si tomamos el mundo intelectual como un todo (lo cual, dicho sea de paso, nunca debería hacerse, pues constituye una generalización demasiado obscena.) No es lo mismo hablar del ambiente anglosajón que del hispano, por ejemplo, tampoco podemos decir que hay una homogeneidad de la recepción de White entre Europa y América; ni dentro de cada uno de estos continentes (o los demás). Incluso dentro del ambiente anglosajón hay discrepancias respecto del lugar y la importancia de Hayden White en el mundo académico. Si además tomamos en cuenta los matices que aportan las nociones de periodicidad, el momento particular al que nos referimos, o las diferentes disciplinas desde y hacia las que podríamos abordar el análisis; nos damos cuenta que todas las diversas perspectivas desde las que se podría realizar un estudio de la repercusión de la obra de Hayden White podrían requerir cada una, sin ningún problema y como mínimo, un artículo especializado, propio e independiente.

Aquí, sin embargo, trataremos de dar cuenta de nuestra percepción de este tema y justificar un poco el sobre-generalizar al tratar de concientizar el lugar social, la perspectiva particular, desde donde nos estamos expresando.

Consideramos que uno de los mejores, o al menos más ilustrativos, análisis realizados sobre la obra de Hayden White sería un artículo publicado por Richard Vann en mayo de 1998 titulado “La recepción de Hayden White”.⁶⁴ Si bien el análisis que realiza Vann no analiza ni de cerca la mayoría del total de la obra de White, sino que se limita a analizar *Metahistoria* (en adelante *M*, *Tropics of Discourse TD*, *Contenido de la Forma CF* y *Figural Realism FR*), y dos artículos de *CF* de manera concienzuda. Sin embargo, no por esto resulta un análisis menos profundo de la obra de White o del impacto que tuvo ésta. La razón tiene que ver con el método que implementó.

Richard Vann echó mano de un recurso del que lamentablemente carecemos en el mundo de habla hispana, ya que su análisis tuvo como eje la revisión estadística de las citas de White a lo largo de veinte años.⁶⁵ Estas citas se refieren, natural y principalmente, al mundo anglófono, por lo que sólo ilustran de manera satisfactoria esa perspectiva particular quedando truncada nuestra visión sobre la recepción de White en el mundo de habla hispana.

Sin embargo, la profundidad del análisis que este método estadístico le permite realizar a Vann es meritoria de una mención especial. Él observa que las tres piezas más citadas hasta ese momento son *M* y los ensayos “El valor de la narrativa en la representación de la realidad” y “La política de la interpretación histórica: disciplina y desublimación”; ambos aparecidos en *CF*. Por esa constante que logra observar es que, de toda la obra de White disponible hasta ese momento, es en esas tres piezas donde principalmente concentra su atención. Y es que tanto el tema, como lo verdaderamente interesante del análisis, se concentra en las particularidades que se pueden observar sólo a través de la herramienta de la estadística.

⁶⁴ Richard T. Vann, “The Reception of Hayden White,” *History and Theory*, Vol. 37, No. 2, (May, 1998), pp. 143-161

⁶⁵ Vann revisó *Social Science Citation Index* y *Arts and Humanities Citation Index* para el periodo que comprende los años entre 1973 y 1993

Cabe mencionar que vale la pena mantener alguna reserva con el método elegido por Vann, ya que, como él mismo señala, tiene ventajas pero conlleva riesgos. Lo anterior viene a colación al observar que en ese periodo de veinte años las citas de Hayden White en revistas especializadas, de diversas disciplinas, de Norteamérica y Europa, se extienden a más de mil. La estadística nos hablaría, entonces, de un promedio de cincuenta por año. Sin embargo al principio este número es muy inferior, puesto que para el 74 sólo aparece una, y el número crece a dieciocho en cambio para finales de los 80's; a principios de los 90's aparecen alrededor de cien por año.⁶⁶

A grandes rasgos, Vann nos habla del rechazo que existe en el ámbito histórico a los planteamientos de White. Estos han tenido mucha resonancia entre profesionales de otras disciplinas, al grado de que tal vez podríamos considerar a White como el historiador más citado de nuestro tiempo. Sin embargo, para los historiadores, en especial los de Estados Unidos, el discurso de White ha pasado casi desapercibido, no lo escuchan. Incluso, cuando los historiadores citan a White aún tienden a citar *Metahistoria*, en vez de los ensayos de sus libros posteriores. *TD* y *CF*.⁶⁷

Un detalle curioso que analiza Vann es el de la tendencia que se puede observar entre académicos que citan a White en un momento determinado y que posteriormente “migran” hacia otros departamentos. Particularmente se da este fenómeno en gente que sale de los departamentos de historia, y no de otros, en diferentes universidades,⁶⁸ como si el germen del pensamiento de White provocase insurrectos indeseables para la academia y la disciplina. Valdría entonces una advertencia en la portada para todos los historiadores que se acerquen a esta obra.

⁶⁶ Vann, “The reception...”, *op. cit.*, p. 146

⁶⁷ *Op. cit.*, p. 148, dado que el artículo de Vann sale en 1998 y *FR* en 1999 cabría preguntarnos si esta situación ha cambiado en los últimos 12 años.

⁶⁸ *Ibíd*, p. 146

Por otro lado, White debería considerarse el primero que sufre las consecuencias de la influencia de su pensamiento, al ser considerado por muchos como “externo a la profesión”, o más que historiador como crítico literario. Ya desde 1987 Allan Megill se refirió a White como algo parecido a una *bete noire* dentro de la disciplina histórica.⁶⁹

De manera general, Vann muestra lo que es nuestra intención resaltar como la recepción general de la obra de Hayden White. Ésta ha sido en verdad muy variada. Ha habido quien se encuentra de acuerdo con su postura y planteamientos, los menos, y ha habido quien, por una razón u otra, considera las posturas de White como irreconciliables con su propia idea de lo que es el discurso histórico. White se encuentra, literalmente, en el centro de muchas críticas, ya que desde la perspectiva conservadora se consideran sus postulados como irreverentes y relativistas, mientras que, curiosamente, desde una postura opuesta se ha considerado que la obra de White contiene resabios positivistas. La diversidad de las críticas hacia White es ilustrada por Vann al hablar de argumentos como el de Alfred Louch que defienden la existencia de los “hechos puros” en aparente oposición a White; lo cual podemos contrastar con la crítica de Dominick LaCapra que le reclama a White que su consideración del registro histórico y la crónica constituye una presuposición en *M*, ya que los considera como algo “dado” que debe ser interpretado por el historiador, sin tomar en cuenta, según LaCapra, que el record histórico ya se encuentra procesado y que esto simplemente substituye un evento ideal o mental por uno positivo.⁷⁰ Sin embargo, en el texto “Interpretation in history”, ya citado y que aparece en *TD*, White da cuenta de esto al citar a Lévi-Strauss y señalar que “si los hechos históricos son constituidos antes que

⁶⁹ *Idem*, *Bete Noire* – Bestia Negra.

⁷⁰ *Ibíd*, p. 153 “White’s ‘at times’ lending credence to the idea of an unprocessed historical record presented as ‘an inert object to be animated by the shaping mind of the historian.’ This, he claims, ignores the degree to which the historical record is already processed and simply substitutes an idealistic event for a positive one.” Cita de LaCapra.

dados, también son, por lo tanto, ‘seleccionados’ antes que apodícticamente provistos como elementos de la narrativa.”⁷¹

Aparte de esto podemos observar en el texto de Vann más variedad en lo que respecta a las críticas a White. E. H. Carr y Paul Ricoeur analizan a White desde lo que se podría considerar una perspectiva fenomenológica y autores que revisaron *M* de manera temprana, John Clive y Peter Burke, la acusaron de ser oscura y de difícil comprensión.⁷² Señala Vann que Clive llegó incluso a considerar “ofensivos” los neologismos acuñados constantemente por White. Sin embargo, Clive compensó esta opinión con una valoración muy abierta de la tesis fundamental de *M*; donde Burke resaltó la afirmación de White de que “el trabajo histórico era esencialmente lo mismo que el de ficción ya que es una estructura verbal que representa la realidad”, mientras Clive le dio cabida a la idea de que “lo crucial de ambos, trabajos de ficción e historia, es el modo de tramado que elige el autor.”⁷³

El artículo de Vann muestra de manera clara y evidente esa gran diversidad que caracteriza la recepción de la obra de White. Y concluye con que un efecto innegable de ésta es que el día de hoy nadie puede decir que la labor del historiador consiste simplemente en “averiguar qué pasó” en primer lugar y posteriormente “ir y escribirlo.”⁷⁴

A pesar de que, como ya hemos señalado, un análisis similar es mucho más difícil de realizar en el mundo de habla hispana; consideraríamos que esta diversidad se extendería en cierta medida a cualquier ámbito en el que White pueda ser recibido, aunque tal vez esto sea más difícil de percibir. Por ejemplo, todas las obras de White han sido traducidas al alemán, mientras que en castellano encontramos sólo *M* y *CF*

⁷¹ White, “Interpretation in history”, *Tropics...*, *op. cit.*, p. 55

⁷² Vann, *op. cit.*, p. 150-154

⁷³ *Op. cit.*, p. 150

⁷⁴ *Ibíd*, p. 161

(además de *El texto histórico como artefacto literario* que es una selección de ensayos de TD y FR publicada por Paidós); ambas publicadas en 1992, lo cual significa un transcurso de veinte y diez años respectivamente para su traducción. White mismo ha reconocido que su trabajo ha tenido mayor aceptación en Alemania y (a pesar de las escasas traducciones que existen) en países hispanoparlantes.⁷⁵ Ciertamente Alemania ha tenido una tradición teórico-filosófica bastante fuerte, distinta a la de Estados Unidos e Inglaterra, y esto podría explicar esa mayor apertura hacia la teoría y, por ende, al discurso de White. Igualmente, Latinoamérica se ha caracterizado por una relación de tensión entre la fuerte influencia norteamericana y las ideas europeas⁷⁶ y se ha mostrado proclive a aceptar discursos de carácter crítico hacia el *establishment*; por lo que también se puede entender el por qué de esa mayor aceptación a los postulados de White.⁷⁷ En efecto, la relación de White parece ser mucho más positiva en Latinoamérica con elementos como los análisis de los postulados de White, por ejemplo *Voces y silencios en la historia* de Sonia Corcuera⁷⁸ (entre otros y que habremos de mencionar más adelante), y la relación misma que mantiene con académicos como el Historiador Alfonso Mendiola.⁷⁹ Sin embargo, cabría preguntarnos si la mayor aceptación de White en España y Latinoamérica se debe a una suerte de afinidad con su discurso y postulados, o al hecho de que su impacto no ha sido lo bastante grande, debido quizás a la barrera del idioma, como para provocar el mismo tipo de reacciones viscerales que White provocó en el mundo anglófono. Esta interrogante debe mantenerse en sí como una veta abierta para la investigación; tal vez en condiciones

⁷⁵ Alfonso Mendiola, “Hayden White: la lógica figurativa en el discurso histórico moderno.” (Entrevista con Hayden White), *Historia y Grafía*, UIA, núm. 12, 1999, p. 227

⁷⁶ Esto no sólo en ámbitos teóricos o académicos sino sociales y culturales a lo largo de varios siglos; como por ejemplo la influencia de los ideales de la revolución francesa en los movimientos independentistas latinoamericanos y el choque con la doctrina del destino manifiesto norteamericana.

⁷⁷ Considerando que muchos críticos y analistas de White han resaltado el aspecto político idealista/utópico y anti-academicista de su pensamiento.

⁷⁸ Sonia Corcuera de Mancera, *Voces y silencios en la historia*, México, FCE, 2005, 412 pp.

⁷⁹ Doctor y profesor de la Universidad Iberoamericana ciudad de México.

más propicias, como las que caracterizaron el análisis de Richard Vann, podría darse una respuesta más satisfactoria.

Una vez reconocida esta situación adversa quisiéramos tratar de ampliar un poco nuestro análisis de la recepción de Hayden White, en la misma dirección que hemos mantenido hasta el momento y hablar un poco más de las diferentes críticas que White ha recibido a lo largo de su carrera.

Consideramos que para este punto la importancia de la obra de Hayden White se encuentra más allá de toda posible negación; pero no de cuestionamiento. Y deseamos analizar el acontecimiento (o lo que quisiéramos aquí constituir como acontecimiento) de la publicación de *Metahistory: six critiques*.⁸⁰ Este fue un *dossier* especial dedicado a la revisión de *M*; apareció siete años después de su publicación y contó con participaciones de académicos destacados en el campo de la historia y la teoría de la historia. Deseamos a continuación ahondar un poco en estas consideraciones. Al revisar el *dossier* podemos observar la misma tendencia que hemos tratado de resaltar a lo largo de este apartado. La gran diversidad que impregna la recepción de White. Algunas consideraciones son afines y algunas contrarias. Sin embargo el sólo hecho de la existencia de este número especial de la revista *History and Theory* nos habla del reconocimiento de la obra de White, pues esta es una de las revistas especializadas más importantes que versan sobre estos temas. El hecho de que se le haya dedicado un número especial a *M* es, en sí, bastante ilustrativo. Pero si nos adentramos en su contenido podemos encontrar aspectos muy interesantes con respecto a uno de los primeros momentos de recepción de Hayden White.

⁸⁰ "Metahistory: Six Critiques." *History and Theory*. Beiheft 19. vol. 19, no 4, 1980.

Eugene O. Golob analiza *M* en un texto titulado *The irony of nihilism*,⁸¹ en la que mantiene una postura bastante reacia hacia los postulados de Hayden White. Golob los considera de corte, paradójicamente, tanto relativista (con la noción de verdad) como determinista (con la noción de lenguaje). Considera que White niega la posibilidad de decir verdad y que “erró al presuponer presuposiciones positivistas en el campo de estudio del historiador.”⁸² Esa contradicción latente resulta muy interesante. Golob admiraba el pensamiento de R.G. Collingwood y mantenía afinidad con los postulados de Louis Mink. Ambas características comunes, en cierta medida, con el pensamiento de Hayden White. En el texto, Golob presenta presupuestos idealistas con los que White no estaría en desacuerdo y, por otro lado, cae en contradicción en sus acusaciones hacia White si consideramos que éstas podrían revertírsele sin ningún problema, puesto que defiende tanto una idea un tanto positivista, al señalar que “la verdad es indiferente del modo de tramado elegido por el historiador,”⁸³ como relativista, al señalar que la razón de que puedan haber diferentes tramados de los mismos hechos históricos se determina por el uso de diferentes marcos teóricos y que por lo tanto “cada edad reescribirá la historia para que se ajuste a sus necesidades, sus preguntas, hechas por mentes que difieren a través del mismo proceso histórico de aquellas que les precedieron.”⁸⁴ Consideramos que este desacuerdo constituye más bien un “encuentro desafortunado;” una postura más abierta, similar a la sostenida por Clive, le habría permitido a Golob darse cuenta del gran nivel de afinidad que mantenía el pensamiento de White con el suyo propio. Lamentablemente, no sería esta la última vez en que se hará esta

⁸¹ Eugene O. Golob, “The irony of nihilism”, *History and Theory*. Beiheft 19. vol. 19, no 4, 1980. pp. 55-65

⁸² Golob, “The irony...”, *op. cit.*, p. 60. “White erred by presupposing positivist presuppositions in the historian’s field of study.”

⁸³ Golob, *op. cit.*, p. 61

⁸⁴ *Op. cit.* p. 60

interpretación de los postulados de White, y las acusaciones que Golob le profirió llegarían a convertirse casi en sinónimos de su pensamiento.

Otro autor, Maurice Mandelbaum, miembro del comité editorial de *History and Theory*, también mantiene una actitud crítica hacia White, aunque de manera más mesurada que la confrontación directa que hace Golob. Mandelbaum cuestiona a White y considera que él se “predispone” al relativismo epistemológico y se pregunta si es posible que la yuxtaposición que constituye posicionar a los cuatro filósofos de la historia y a los cuatro historiadores que presenta White en *M* puede sentar las condiciones para mantener el relativismo epistemológico que defiende en la introducción. Mandelbaum señala que el argumento de White de que sólo es posible diferenciar entre distintas interpretaciones históricas sobre bases estéticas o morales se presenta aparentemente como más necesario dadas las circunstancias en las que estructura su argumento la citada yuxtaposición, pues alega que, si bien la noción de “estilo historiográfico” presentada por White como compuesto por el tramado, la argumentación formal y la implicación ideológica puede ser válida, la diversidad de procedencia de los elementos del análisis, los ocho individuos, es tan variada que predispone el resultado de que no se pueden invalidar unas a otras. Esto es, dado que los componentes del estilo historiográfico de cada uno son tan distintos entre sí, es obvio que no tenían los mismos intereses. Mandelbaum plantea la posibilidad de analizar la obra de dos historiadores (o tal vez un historiador y un filósofo de la historia) que coincidieran en cada una de las instancias del estilo historiográfico, en vez de diferir, y se pregunta si dos narrativas que versasen sobre, por ejemplo, la revolución francesa, ambas con un tramado de romance, con una argumentación contextualista y una implicación ideológica radical, no obligarían prácticamente a recurrir al criterio

epistémico para realizar una valoración diferenciada.⁸⁵ Esto es, la crítica señala que la forma de *M* de alguna manera predispone la conclusión a la que habrá de llegar White al afirmar que dos narrativas históricas no tienen que ser, necesariamente, mutuamente excluyentes a pesar de sus diferencias, incluso aunque puedan llegar a ser diametralmente opuestas.

El argumento de Mandelbaum es interesante; sin embargo, cabría preguntarnos si es pertinente. Posiblemente White no estaría en desacuerdo la crítica de Mandelbaum. Pero esto no significaría alegar simplemente que nunca fue su intención manifiesta en *M* el comparar, o contrastar, a dos “maestros de la historiografía” con estilos historiográficos similares, sino que lo que Mandelbaum no alcanzaría a percibir es que la intención de White nunca fue negar el componente epistémico,⁸⁶ ya que éste se encuentra presupuesto en lo que podríamos considerar el nivel *histórico*, el de los hechos o la crónica, donde, en teoría (si dejamos por un momento fuera las críticas al estilo de LaCapra), no hay cabida para los componentes morales o estéticos, éstos pertenecen al nivel *metahistórico*, donde se constituye el tramado de la historia, donde hay un gran rol del lenguaje y el discurso y donde era la intención de White poner el acento, llamar la atención o despertar conciencia sobre el modo de trabajo que hay dentro de tal nivel.

Una interpretación más afín que apareció en la revista fue la de Hans Kellner en su texto *A bedrock of order: Hayden White's linguistic humanism*⁸⁷ donde Kellner muestra bastante familiaridad con la figura de White, ya que analiza *M* dentro de un

⁸⁵ Maurice Mandelbaum, “The presuppositions of Metahistory,” *History and Theory*, Beiheft 19. vol. 19, no 4, 1980, p. 39-54

⁸⁶ Ya que, si bien White señala en *M* que no es posible aplicar más que valores morales o estéticos en el modo de tramar una historia, en la nota #5 de *M* (desde entonces) reconoce que la diferencia entre los hechos con los que traman sus relatos el historiador y el literato es que los primeros provienen de la realidad y los segundos de la imaginación del escritor. Cf. Hayden White, “La poética de la historia”, *Metahistoria*, op. cit., p. 17. Aunque esto puede problematizarse sencillamente si consideramos que esta distinción constituye sólo una diferencia de intensidad con respecto al nivel de referencialidad de la realidad que se está manejando. Habremos de ahondar sobre este punto en el tercer capítulo.

⁸⁷ Un fundamento básico de orden: el humanismo lingüístico de Hayden White.

contexto. Kellner tiene el precedente del primer artículo de White, “El peso de la historia”, para redimensionar los postulados de White en *M* y afirmar que el papel de éste, tanto como historiador y crítico cultural, se ha referido a las cuestiones de la política cultural. Por tanto el historiador analizando la obra debe considerarla como un “evento político y su escritura como un acto político.”⁸⁸ Para Kellner es evidente que el planteamiento de White es de corte humanista, pues mantiene un interés ético en combatir el “peso de la tradición”, acentuando el papel de la *elección humana* con bases humanistas e idealistas, ya que la base de su filosofía de la historia consiste en valorar todo aquello que impele al ser humano a la acción. La crítica de los conservadores, dice Kellner, es genuina en la medida en que debido a su perspectiva tienden a prever las consecuencias del cambio antes que los demás. La problemática de éstos para entender la “cuestión del lenguaje” consiste en un miedo genuino a perder la cómoda, aunque pesada, carga de la Historia que nos ha dicho a los occidentales quienes somos por ya bastante tiempo.⁸⁹

Por el momento deseamos seguir hablando de la apreciación de Kellner, pero a través de la visión de Ewa Domanska, profesora de la Universidad de Berkeley, quien ha mostrado un gran interés en los planteamientos de White. Domanska mantiene muchos puntos en común con la apreciación de Kellner; lo cual se puede constatar en las citas que toma de él en varios lugares para realizar su propio análisis de White, titulado “Más allá de la ironía.” Domanska trata de ocuparse de las críticas más recurrentes a White y enderezar un poco el esquema. A ella le interesa resaltar la importancia del rol moral para sustentar el relativismo responsable de White y este último para, a su vez, sustentar la tradición anti-positivista también presente en su pensamiento. Ella está de acuerdo con Kellner en señalar que *M* es un texto “moral que

⁸⁸ Hans Kellner, “A bedrock of order: Hayden White’s linguistic humanism”, *History and Theory*, Beiheft 19. vol. 19, no 4, 1980, p. 1

⁸⁹ Kellner, “A bedrock...”, *op. cit.*, p. 4-13

lida con el problema de la elección moral. Ésa es una de las razones por las cuales Croce es tan importante para el pensamiento de White. Para Croce, y añadiría que también para White, la verdadera investigación histórica siempre está inspirada en razones morales. (Y añade que incluso) También para Collingwood, la Historia era pre-eminentemente una disciplina moral.”⁹⁰ Es el gran peso y acentuación en la elección humana, la noción de libertad proveniente sin duda de Sartre, lo que, según Domanska, delimita las nociones del relativismo epistémico de White. Se necesita una noción muy fuerte de ética y responsabilidad para actuar en el mundo. Y el tipo de acción que Domanska ve incitada por White es una de corte radical anti-positivista y anti-academicista, pues señala que “elegir una tradición es pertenecer a ella (...) la única tradición que White abrazó fue la trazada por intelectuales y pensadores anti-cientificistas y anti-positivistas (...) por ende, White lanzó una rebelión contra una noción positiva de la Historia.”⁹¹

Con todas estas revisiones deseamos mostrar de manera general la recepción que la obra de White ha tenido en los últimos años. Consideramos que la complejidad y diversidad que caracteriza a ésta debe ser evidente en este momento. Debido a esto, podemos proceder en los siguientes apartados a tratar de abordar de formas más particulares las diferentes reacciones que ha habido ante los postulados y la figura de Hayden White.

2.2. Discusiones.

Tres son los debates, que pueden ser rastreados en revistas especializadas, que mantuvo White con diferentes teóricos y especialistas en el ámbito de la historia. Arthur

⁹⁰ Ewa Domanska, “Hayden White, beyond irony”, *History and Theory*, Vol. 37, No. 2, (May, 1998), pp. 176

⁹¹ Domanska, “Hayden White...”, *op. cit.*, p. 179

Marwick, Roger Chartier y Georg Iggers. Cada uno habla desde una perspectiva diferente. Marwick realizó una crítica bastante severa y antagónica de los postulados de White. Chartier mantuvo una perspectiva bastante abierta y a la vez escéptica. Finalmente Iggers se concibe receptivo a los postulados de White, puesto que éstos resultaban supuestamente acordes con sus propios intereses. Todos mantienen consideraciones diferentes y a la vez similares hacia Hayden White. Resulta sencillo demarcar la aproximación de Marwick de las otras dos, dado su carácter antagónico y de confrontación. Sin embargo, aunque las diferencias entre las observaciones de Chartier e Iggers son más sutiles y, por tanto, más difíciles de identificar, no resultan menos divergentes. Estos últimos parecen a primera vista más afables con los postulados de White que lo que hemos visto hasta el momento; si bien uno resulta más de hecho y el otro más de dicho. Chartier se afirma o concibe menos afín con los postulados de White que como lo hace Iggers y, paradójicamente, resulta, tanto en el comentario y crítica que hacen a White como en la respuesta que de él reciben, que el primero alcanza un mayor nivel de asimiento de lo que son los puntos esenciales de los postulados de White. Sin embargo ninguno oculta la crítica que mantiene hacia el pensamiento de White, y al final es en ese punto donde sus diversas consideraciones resultan coincidentes, pues la opinión general que mantienen sobre White no es muy diferente de otras que hemos visto hasta el momento. Tratemos ahora de analizarlas más a detalle.

De estos debates, dos fueron traducidos al español y aparecieron en revistas especializadas. El de Marwick fue publicado por la revista *Historia Social*⁹² y el de Chartier fue publicado por *Historia y Grafía*.⁹³ El tercero fue publicado por la revista

⁹² Arthur Marwick, “Dos enfoques en el estudio de la historia: el metafísico y el histórico”, *Historia Social*, 2004, #50, pp. 59-82

⁹³ Roger Chartier, “Cuatro preguntas a Hayden White”, *Historia y grafía*, UIA, núm. 3, 1994, pp. 231-246.

Rethinking History.⁹⁴ De todos estos debates fue el de Marwick el que causó más conmoción. Originalmente fue publicado por la revista *Journal of Contemporary History* y una edición posterior fue prácticamente dedicada a él. Varios especialistas comentaron la discusión entre White y Marwick y dieron su opinión a favor de uno, de otro o de manera general. Es más difícil medir el impacto de los otros dos debates. Sin embargo, no por esto merecen menos consideración.

Comenzando con Chartier debemos señalar que él concibe interesante la perspectiva de White; en especial tomando en consideración la fallida posibilidad de diálogo. Comenta Chartier que es una lástima que *M* no hubiese sido traducida al francés en la década en que fue publicada, ya que igualmente, a principios de los 70, Michel de Certeau se encontraba trabajando temas similares a los de White y debatiéndolos con Paul Veyne. Menciona que si la perspectiva de White hubiera podido posicionarse dentro de ese debate habría resultado enriquecedor para todas las perspectivas involucradas.⁹⁵ Procede a analizar los postulados de White y realiza una valoración de estos, terminando por plantear la misma crítica al supuesto relativismo que ya hemos encontrado en otros comentaristas de White. Chartier se pregunta: si todo es cuestión de moral o estética, para qué molestarnos con lo engorroso de la investigación histórica. Esta pregunta pretende llevar al absurdo la proposición de White para tratar de volver la evidente necesidad de un criterio de verdad que se encuentre en la investigación de los hechos.⁹⁶ La respuesta de White que para este momento se percibe con un dejo de cansancio, se podría resumir en que Chartier debió contextualizar la producción de *M* en su momento y lugar específicos, y entenderla como una obra de carácter eminentemente estructuralista. Y que todo el proceso de

⁹⁴ Georg G. Iggers, "Historical scholarship and poetry: Reflections on Hayden White's Approach to Historiography", *Rethinking History*, 4:3, December 2000, pp. 373-390

⁹⁵ Chartier, "Cuatro preguntas...", *op. cit.* p. 231-233.

⁹⁶ *Op. cit.* p. 242

investigación, por largo y tedioso que pueda llegar a ser, es totalmente indispensable, legítimo, y al que simplemente no era su intención cuestionar sino que más bien dio por supuesto.⁹⁷

Otra pregunta relevante que le plantea Chartier a White se encuentra en sintonía con otras críticas que ya se han planteado; le cuestiona la aparente contradicción que implica sostener, por un lado, un determinismo del lenguaje y, por el otro, la posición idealista de la libertad última de elección que tiene todo ser humano;⁹⁸ en lo que respecta a lo que se puede decir de la historia en ambas instancias. La respuesta de White consiste en señalar que mantener ambas posturas resulta contradictorio si son reducidas a sus expresiones extremas, puesto que él no ve “ninguna contradicción entre la idea de que los códigos (lingüísticos y de cualquier otro tipo) en circulación en una cultura dada *ponen límites* a lo que uno puede decir y la idea de que las *opciones* entre los códigos pueden hacerse con más o menos libertad, con más o menos plena conciencia.”⁹⁹

Otra de las preguntas resulta un tanto técnica, puesto que plantea una duda sobre la tropología como una pertinente teoría del discurso. White expone su respuesta y, en general, este punto del debate se torna muy circunscrito a los postulados específicos de *M*, más que a la postura general de White (por lo que consideramos que no resulta tan relevante por ahora). Asimismo nos abstendremos en este apartado de abordar la cuarta y última de las preguntas que le planteó Chartier a White, puesto que va más allá de una simple crítica al supuesto relativismo presente en la obra de White y aborda directamente los peligros específicos que éste puede presentar. Consideramos que esta parte del debate resulta más propicia para comprender los temas que habremos de

⁹⁷ Hayden White, “Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Chartier”, *Historia y Grafía*, UIA, núm. 4, 1995 p. 320-321

⁹⁸ Chartier, “Cuatro preguntas...”, *op. cit.* p. 234-237

⁹⁹ White, “Respuesta...”, *op. cit.* p 317

analizar en el tercer capítulo. Por lo pronto habremos de volver nuestra atención hacia las otras figuras que protagonizaron a su vez discusiones con Hayden White.

El debate con Mawrick, como ya hemos señalado, fue el que causó mayor revuelo y conmoción e incluso fue llamado “el punto más bajo en el debate entre historia y teoría.”¹⁰⁰ Ciertamente, los comentarios y tono general de Marwick fueron bastante encarnizados. Pero vale la pena analizar un poco la discusión y la percepción que de ésta hubo.

Marwick acusa a White de ser un “metafísico.” Este carácter se resume, básicamente, con las críticas que ya habíamos analizado previamente sobre White. Según Marwick, White (o los metafísicos que básicamente es lo mismo) no le da importancia a los “hechos” ni hace referencia a las “fuentes primarias.” La negación de la posibilidad de decir algo con verdad acerca del pasado y el espectro del relativismo son, según Marwick, implicaciones de los postulados de White. Marwick señala que “el único modo que los historiadores tienen de estudiar las sociedades pasadas, salvo que deseen hacer mera especulación sobre ellas (el enfoque metafísico), es analizar los vestigios y rastros que dejaron (las fuentes primarias)”.¹⁰¹ Marwick no aclara exactamente a quién se refiere con esta idea del “enfoque metafísico” y ciertamente, como lo señalan tanto Marwick como White, la idea de una producción pretendidamente académica que no tuviera un sustento referencial resultaría ridícula. Tal producción no tendría lugar en el mundo intelectual de la academia; donde ambos autores en diálogo reconocen que se da un escrutinio y revisión de todas las obras que lo componen y se introducen en él paulatinamente. Sin embargo, esa producción “metafísica” parece no existir, o al menos no ser referida por los participantes de este debate. Al referirse a las conclusiones de White sobre el aspecto ficticio presente en

¹⁰⁰ Frank. R. Ankersmith, “Hayden White appeal’s to the historians”, *History and Theory*, Vol. 37, No. 2, (May, 1998), p. 158

¹⁰¹ Arthur Marwick, “Dos enfoques...” *op. cit.*, p. 64

toda narrativa histórica, si Marwick considera que las afirmaciones de White, que fueron producidas a partir de un análisis del discurso de algunos historiadores y teóricos de la historia, no se refieren directamente a “hechos” o “fuentes primarias” y por lo tanto son “metafísicas” y de veracidad o valor cuestionable, se debe a un problema de enfoque en la perspectiva de Marwick. Para él, el concepto de “discurso,” para referirse al producto del quehacer de los historiadores (las narrativas sobre el pasado), debe entenderse como un producto de “la propaganda izquierdista sobre el carácter inevitablemente ‘burgués’ de todo discurso actual.”¹⁰² Esta consideración de Marwick es cuando menos cerrada si no falaz. De entrada, descarta la posibilidad de centrar nuestra atención en el discurso de los historiadores, lo cual no tiene ningún sustento lógico. Al analizar el discurso, las obras de los historiadores se vuelven fuentes primarias. Cuando queremos conocer lo que dijeron a través del cómo lo dijeron, no queda otro recurso que sus mismas obras. Pero esto no significa que se esté haciendo “metafísica” como señala Marwick. El discurso se vuelve el hecho y el análisis que sobre éste se hace es sometido igualmente a todo el rigor de la constatación y de la referencia al mundo de la academia.

La respuesta de White resulta mucho menos encarnizada que el ataque de Marwick. White muestra los puntos que considera coincidentes entre su pensamiento y el de su interlocutor. De entrada señala que

En opinión de Marwick hay límites en lo que puede pensarse sobre la historia y, por lo tanto, en lo que se pueda decir sobre ella. A pesar de que éste sea un juicio manifiestamente “metahistórico”, lo comparto totalmente, aunque difiramos sobre la naturaleza de dichos límites. Los límites que Marwick impondría sobre lo que se puede decir sobre la historia no son de tipo

¹⁰² *Op. cit.* p. 79

sistémico sino institucional: son impuestos por las convenciones y avalados por la autoridad de “la profesión”.¹⁰³

Ahí se resume la crítica de White al planteamiento de Marwick. A este último se le escapa la idea de que el discurso histórico es un *constructo*, a pesar de manejar y tener presentes todos los elementos para llegar a inferirlo, y al final resulta más metafísico que muchos, pues es incapaz de diferenciar, cualitativamente, las narrativas sobre el pasado del pasado mismo; es debido a la valoración institucional y absoluta del discurso histórico por lo que esta distinción tiende a quedar latente.

Sobre esta cuestión, plantea White que está de acuerdo con Marwick en que la historia es un *constructo*, pero que es necesario entender la manera como el lenguaje modifica los hechos en la medida en que los vuelve sus “objetos” de estudio. Y para esto aclara White su afirmación de que los hechos “sólo tienen una existencia lingüística”, al señalar que debe entenderse que son entidades lingüísticas en la medida en que “son acontecimientos sujetos a una descripción”.¹⁰⁴ De esta manera, “las cosas que pasaron” serían entonces acontecimientos, pero el referirnos a ellas es lo que las convertiría en hechos. Los hechos tendrían entonces una raíz en la realidad que los salvaría de ser fantasía, pero ello no les quita el elemento discursivo de su existencia. White no niega los hechos, pero nos presenta de ellos un matiz importante.

A pesar de que en este momento correspondería abordar el debate que mantuvieron los profesores Iggers y White, desearíamos abstenernos de analizarlo muy a fondo pues el tema central, acerca del lugar de la historia entre la disyuntiva arte o ciencia, resulta más ilustrativo desarrollarlo en el siguiente capítulo. Baste señalar que Iggers expresa su interés en la obra de White en la medida en que ésta ha servido a

¹⁰³ Hayden White, “Respuesta a Arthur Marwick”, *Historia Social*, 2004, #50, p. 85

¹⁰⁴ White, “Respuesta...”, *op. cit.*, p. 88-92

Iggers para abordar una historia intelectual o “escolástica” de la escritura de la historia desde el siglo dieciocho.¹⁰⁵

Sin embargo, a pesar de esta aparente sintonía, la interpretación de Iggers no resulta muy diferente en última instancia de lo que hemos visto hasta el momento. Para él también hay en White un dejo irreductible de relativismo, sobre el valor de las diferentes apreciaciones históricas. La lectura de Iggers también parece entrever una negación de la noción de verdad en el discurso de White. La crítica de Iggers busca, pues, resaltar la noción de consenso que alcanzan los historiadores para contrarrestar este aparente relativismo.¹⁰⁶ La respuesta de White resulta por demás interesante, sin embargo, más que interesante nos resultará ilustrativa en los dos apartados principales del tercer capítulo. Sobre todas estas nociones acerca del aparente relativismo de White nos ocuparemos, por lo pronto, en el siguiente apartado.

2.3 La figura de White.

Ciertamente, no todas las perspectivas sobre White han sido tan reacias como lo que hasta ahora hemos mostrado. Tres teóricos importantes, en particular, han dedicado su atención y le han dado cabida en parte de su obra a las ideas y postulados de Hayden White y más aún, a la figura que representa. Frank Ankersmith, Keith Jenkins y Alun Munslow se diferencian de otros autores que, hasta ahora, hemos revisado en la medida en que sus consideraciones sobre White no son en puntos particulares de su obra o pensamiento, sino en un sentido general. Contextualizan el planteamiento de White dentro de una larga tradición intelectual de la historia de las ideas. Jenkins lo hace

¹⁰⁵ Iggers, “Historical Scholarship...”, *op. cit.*, p. 373-374

¹⁰⁶ *Op. cit.*, p. 386

profusamente en dos de sus obras, *On What is history* y *Por qué la historia*¹⁰⁷ mientras que Munslow lo hace en su *Deconstructing history*.¹⁰⁸ Ankersmith lo hace de manera un tanto más reservada, menos extensa (pues se ocupa de White sólo específicamente en un artículo) pero con la misma visión, él también lo concibe en su totalidad.

Ahora, era de esperarse que teóricos que lidian de esta manera con Hayden White mantendrían cierta afinidad con su pensamiento. No sólo son menos reacios que otros autores que hemos visto y sus reacciones van más allá de la mera tolerancia hacia los planteamientos de White, ya que de hecho los comparten y hasta se podría decir que la visión general de Jenkins, Munslow y Ankersmith es que White no cuestiona la noción de verdad. Y esto último podría constituir una contradicción.

De hecho, estos autores no conciben a White esencialmente de manera muy diferente a la mayoría de los teóricos que hemos revisado hasta este momento. Estos autores se asumen en cierta forma, o tal vez en cierta intensidad, como postmodernistas. Ellos reconocen que el planteamiento de White puede dar pie a la negación de la posibilidad de enunciar verdad por parte del discurso histórico. Reconocen, también, el espectro del relativismo que persigue a la figura de Hayden White. La razón de que no se comporten tan reacios a estas implicaciones es que fundamentalmente las comparten, las valoran y, más importante aún, las *exaltan*. Jenkins defiende de manera ferviente la extinción de las metanarrativas, incluida la noción de una verdad absoluta, y defiende la posibilidad de un mundo sin ética o historia. Munslow, por su parte, no es tan extremo ya que simplemente reconoce en el deconstruccionismo un elemento irremediamente postmodernista. Al rastrear su origen hasta los postulados de Ferdinand de Saussure sobre la arbitrariedad de la relación entre significante y significado, y al analizar las

¹⁰⁷ Keith Jenkins, *On "what is history?": from Carr and Elton to Rorty and White*, London, Routledge, 1995, vii, 200 p.

Traducido al español en: Keith Jenkins, *¿Por qué la historia?*, México, FCE, 2006, pp. 384

¹⁰⁸ Alun Munslow, *Deconstructing history*, London, Routledge, 1997, 226 p.

implicaciones de las ideas de Derrida y Foucault, donde se dificulta la posibilidad de enunciar verdad en la medida en que no existe una correspondencia intrínseca entre palabra y mundo, y por lo tanto todo discurso debe ser de-construido hasta sus elementos más básicos (el lenguaje) para analizar la “producción de verdad” que presenta (dado la idea, que habíamos señalado anteriormente, de R. G. Collingwood, de que todo discurso implica una pretensión de verdad). Ankersmith también está en sintonía con este punto y no tiene ningún problema con negar la idea de verdad, sin embargo, por el momento conviene no abundar más en estas cuestiones ya que habremos de ahondar en ellas en el último apartado de este capítulo cuando revisemos el eje conceptual aquí correspondiente de Realismo, Verdad y Relativismo. Por el momento debemos volver nuestra atención a la manera en que estos autores conciben la obra y figura de Hayden White.

Tratamos de establecer que los tres autores que estamos revisando en este momento mantienen afinidad con el discurso de White y, sin embargo, realizan una lectura aparentemente similar a la que han hecho críticos más reacios a sus postulados. Consideramos que ésta no es una diferencia meramente de opinión, sino que consiste en una distinción sutil a la vez que fundamental. Ésta es la que buscamos aquí establecer entre relativismo y relatividad, más adelante ahondaremos en las implicaciones de esta distinción, que introduce un matiz leve pero muy importante. Por el momento debemos señalar que estos autores, de manera bastante congruente ya que nadie conoce los riesgos del relativismo como quienes se asumen abiertamente postmodernistas, reconocen en White, o más bien no niegan, la posibilidad de enunciar verdad dentro del discurso histórico; ciertamente no una verdad absoluta o *aleteia*, pero reconocen algún nivel impostergable de anclaje en la realidad. No pueden evitarlo, no deberían evitarlo y, probablemente, tampoco desearían hacerlo. Simplemente es una cuestión de énfasis.

Ellos consideran que el planteamiento de White niega la posibilidad de un discurso histórico con pretensiones de verdad de corte científicista, implementan ese planteamiento como vanguardia para el suyo propio y resaltan y ponen de manifiesto el acento en la parte del discurso de White en sintonía con esta postura; pero no dejan fuera, alcanzan a entrever lo que se le escapó a varios autores que aquí hemos revisado, una parte que para White nunca dejó de ser importante (aunque su interés se encontraba en otro lugar) que es la idea de que se puede encontrar algo de Verdad en el conocimiento histórico.

Esta afinidad con el discurso de White se materializa en la valoración que hacen de un concepto de vital importancia para el planteamiento de White, lo sublime. Aunque estos tres autores lo retoman, valoran y desarrollan, es Richard Vann quien nos aporta una definición esclarecedora al señalar que el planteamiento de White, citando un artículo aparecido en *CF* titulado “The politics of historical interpretation: discipline and de-sublimation”, es mostrar como a fines del siglo XVIII se dio un cambio de lo sublime a lo bello. Ambos conceptos, tanto en el plano estético como historiográfico, se refieren a las concepciones del mundo. Lo sublime, la visión anterior a la “disciplinización” de la historia, consideraba lo inaprensible del pasado. Lo bello, en cambio, constituye la construcción de historias tan bien tramadas que brindan satisfacción intelectual y placer estético a sus lectores.¹⁰⁹ De manera que esta conceptualización que busca resaltar el aporte del elemento de ficción presente en toda narrativa histórica conlleva implícita la negación de la posibilidad de encontrar el verdadero sentido de la historia. Su significado total y completo.

De manera general los tres autores con los que hemos estado lidiando en este apartado aprecian la introducción del elemento de lo sublime que permite el

¹⁰⁹ Vann, “The reception...”, *op. cit.*, p. 158

planteamiento de White. Todos lo resaltan y valoran las implicaciones que trae consigo; sin embargo, en cada una de las visiones que mantienen hay un elemento al que no se le da el mismo énfasis, debido, básicamente, a la intención de los autores, y es el de la existencia de un *nivel*, no total pero si particular y muy “real”, en el que cabe la idea de verdad.

Delimitando un poco y volviendo a remitirnos solamente a la concepción que tienen estos autores sobre White, podemos observar la idea manifiesta que de él mantienen. Jenkins en primer lugar resume claramente su consideración de lo que es el pensamiento de White cuando señala que

lo que White piensa que la historia/historiografía *debería* ser, es una serie de historias discontinuas cuyo contenido es tanto imaginado/inventado como **encontrado**, pero que reconoce la presencia de lo sublime como una “ficción útil” en la cual “basar” movimientos hacia mayores niveles de emancipación y empoderamiento que los que existen actualmente para poder realizar una liberal y radical – aunque no muy detallada – utopía.¹¹⁰

Con eso respondería White, según Jenkins, a la pregunta de “¿Qué es la historia?”. Nosotros queremos señalar la manera como la idea de White de llamar la atención sobre el elemento ficticio que hay en toda narrativa histórica, se encuentran presentes, junto con el elemento de lo sublime, las consideraciones ético-políticas (que, señala Jenkins, se encuentran fuertemente arraigadas en el pensamiento de White), que son resaltadas en el párrafo. Aquí, irónicamente, trataremos de resaltar el aspecto opuesto, que White no tuvo mucho interés, ni Jenkins intención, de resaltar. En la manera de producir el discurso histórico, Jenkins reconoce un rasgo que escapa al relativismo, ya que, según Jenkins, el punto es que el modo de dar sentido a la serie de

¹¹⁰ Jenkins, *¿Por qué...?*, op. cit., p. 145. Las negrillas son nuestras.

hechos es fundamentalmente la misma en Historia que en literatura. Por lo que el acento no se pone en los hechos mismos (que sí son diferentes) sino en el modo de lidiar con ellos.¹¹¹ Esa diferencia intrínseca entre los hechos históricos y literarios reconoce una diferencia entre la intensidad del nivel de referencia que implican respecto a la realidad y, por lo tanto, reconoce que, no todo da lo mismo y que hay límites al relativismo.

Munslow, por otra parte y como ya señalamos, es menos extremo en sus postulados que Jenkins, y está más dispuesto a admitir la idea que acabamos de señalar más abiertamente. Munslow se asume como un deconstruccionista y debemos entender que ésta es una condición importante para entender su afinidad con el pensamiento de White. El deconstruccionismo no busca negar la posibilidad de conocer directamente, sino que busca señalar la dificultad de hacerlo. Busca crear un nivel más elevado de conciencia donde se pueda entender que el “el énfasis se encuentra en el procedimiento de crear conocimiento histórico cuando lidiamos con la evidencia. Somos conscientes de que tomamos afirmaciones verificables simples y con las que componemos una narrativa para que se vuelvan significativas.”¹¹² Respecto a la evidencia, podemos observar la consideración que hace de White revisando un pasaje en que señala que ésta

existe en un estado previo a lo que podríamos considerar meras piezas de rompecabezas, y esto requiere que el historiador la recorte y moldeé para convertirla en una explicación narrativa. Los hechos históricos no ordenan interpretaciones, sólo las estructuras de tramado lo hacen. Por lo tanto, desde la perspectiva de White, la evidencia no es inherentemente trágica, cómica, satírica o romántica, [...] la historia es escrita por seres humanos, y el acto de hacer interpretaciones narrativas toma a la historia desde una realidad pasada incognoscible y la traslada hacia el

¹¹¹ *Op. cit.*, p. 177

¹¹² Munslow, *Deconstructing...*, *op. cit.*, p. 149

presente, antes que transportarnos a nosotros de vuelta al pasado. Este acto de creación – literal y metafóricamente – constituye *un* texto histórico plausible antes que *el* pasado mismo.¹¹³

De manera que podemos entender que Munslow ve en White a alguien en su misma cruzada. Ambas perspectivas plantean como su objetivo el elevar el nivel de conciencia del modo en que se realizan ciertas prácticas, antes que directamente cuestionarlas, en el entendido de que esto afectará positivamente la manera en que ellas son realizadas.

Sin embargo, a pesar de la perspectiva desde la que habla Munslow tampoco puede evitar reconocer directamente que “el modelo formal de White no nos impide estudiar el contenido del pasado, de qué trató, pero nos impele a lidiar con ese estudio bajo una luz radicalmente diferente. Abre una nueva visión de cómo tratar el pasado en su nivel cultural más básico, el nivel de la narrativa.”¹¹⁴

Finalmente, Frank Ankersmith realiza igualmente un análisis de la figura de White, de forma más somera, pero no con menor alcance o profundidad. Ankersmith también reconoce la importancia del valor de lo sublime y vemos cómo, igual que sus aquí contrapartes, infiere la negación de la posibilidad de decir Verdad del discurso de White al señalar que “el debate histórico no es, como a los historiadores les gustaría creer, un debate sobre la forma en que el pasado realmente era, sino esencialmente un debate lingüístico sobre los beneficios y perjuicios de cada uno de los cuatro tropos aplicados a diferentes situaciones.”¹¹⁵ Claramente se ve que Ankersmith no pierde el sueño por la posibilidad de llegar a conocer el pasado como “realmente fue” y, sin embargo, cabe resaltar que él mismo manifiesta que es White en realidad, el realista que nos señala la diferencia entre el pasado en sí y lo que son meras construcciones

¹¹³ *Op. cit.*, p. 149

¹¹⁴ *Op. cit.*, p. 145

¹¹⁵ Ankersmith, "Hayden White's..." *op. cit.*, p. 186

intelectuales al atraer la atención al tramado y los tropos. Ya que es cierto que hay una realidad histórica que, en principio, es accesible al historiador, pero los historiadores se han olvidado de esto y han confundido el producto de sus tramados con el pasado mismo.¹¹⁶ Ese reconocimiento de una “realidad histórica” independiente del historiador y común a sus congéneres, o sea, igualmente accesible para ellos, es el punto de anclaje que el pensamiento de White nunca deja de tener presente y cuya existencia resulta innegable, si observamos la manera en que estas consideraciones generales de la figura de White coinciden en no dejarla fuera, incluso cuando su objetivo con tintes postmodernistas puede parecer por momentos contradictorio con la idea misma de hablar de una realidad en sí.

Ciertamente, las valoraciones que Jenkins, Munslow y Ankersmith hacen de White son tan atinadas como ilustrativas para comprender matices y malos entendidos presentes en muchas interpretaciones de diferentes historiadores y teóricos de la historia. Sin embargo, y tratando de contextualizar un poco, estas consideraciones pertenecen a un momento particular. Si las que hemos revisado desde un principio, mucho más adversas, ocurrieron, de manera general, a partir y durante la década de los 70 y 80 como una primera respuesta, las que hemos considerado en este apartado corresponden, igualmente de forma general, a la década de los 90 y podrían considerarse como una segunda ola con un sentido de contrarréplica a esa primera y donde puede verse cómo se da una revaloración de los postulados de White, sin olvidar, claro está, que aquí tratamos de sistematizar tendencias, sin olvidar, ni mucho menos negar, la existencia de excepciones particulares y recurrentes dentro de toda esta generalización. Sin embargo esa segunda ola aun presenta, como hemos tratado de señalar, como escandalosas las consecuencias de los postulados de Hayden White. Esa

¹¹⁶ *Op. cit.*, p. 187

revaloración muestra el momento en que apenas van permeando estas consideraciones; hay un tercer momento en el que ya se encuentran plenamente asimiladas, donde su manejo pleno y cabal no parece requerir un gran conglomerado de justificaciones ni tomas de postura, sino que se presenta como natural y evidente. En este tercer momento, acaecido más o menos durante la última década; primera del siglo XXI, existen planteamientos hechos a partir de White en un sentido distinto del que hemos visto hasta el momento. Estos planteamientos ya no se centran en la figura, postura o postulados del autor sino que, manteniendo estos últimos bajo supuesto, desarrollan temas e inquietudes propias. Son esos desarrollos los que habremos de abordar inmediatamente, en el siguiente apartado.

2.4 El modo de implementar a White.

En este apartado deseamos centrarnos en el análisis de obras donde la figura de White no se encuentra en una posición frontal sino más bien en la espalda. Ciertamente la pretensión de un análisis de tal magnitud resulta de extrema dificultad no sólo por las problemáticas típicas, por decirles de alguna manera, como son las fuentes y los datos, idioma y ubicación espacial.¹¹⁷ Sino que además la forma de “medir” el impacto de la obra de White se extiende a un territorio que no es verdaderamente cuantificable y por lo tanto incurre en subjetividades, y cómo no hacerlo, si las citas y referencias no alcanzan a mostrar verdaderamente hasta qué punto una idea expuesta por White, que a su vez tiene su génesis en algún otro lugar dado el sistema de referencia que el saber en

¹¹⁷ La página especializada de Google: Académico registra 1774 citas de *M*, 1244 de *TD*, 1328 de *CF* en inglés mientras que en español sólo aparecen 117 citas de *M* y 112 de *CF*. (112 citas de *M* es el número que aparece en portugués). La discrepancia de estos números podría ser causada por la falta de práctica de digitalización de documentos en países de habla hispana antes que por verdadera falta de interés o rigor académico. Sin embargo, no deja de ser complicado el cuantificar este fenómeno.
<http://scholar.google.com.mx/scholar?q=Hayden+White&hl=es&btnG=Buscar&> citado en 7/02/2010

general y la academia en particular imponen, puede llegar a hacer mella en la psique de un estudiante cuando es expuesta durante una conferencia determinada, o más aún, durante una clase cualquiera.

Sin embargo, no por esto debemos abandonar la pretensión aquí expuesta. Si aceptamos el riesgo de caer en sobre-generalizaciones, y nos mantenemos conscientes de las limitantes que esto le impone a nuestro análisis, no perdemos la capacidad de realizar consideraciones valiosas sobre la cuestión que nos ocupa en el momento. Así pues, procedamos.

Solía decirse, en un sentido deliciosamente metonímico, que para muestra basta un botón. Consideramos que el libro, editado por Kuisma Korhonen, titulado *Tropes for the Past*¹¹⁸ es un claro ejemplo de esto. El libro recopila doce ensayos de diferentes autores que se dividen entre los apartados de textualidad, narratividad, historia como literatura y literatura como historia. La gran diversidad de la procedencia de cada autor y cada tema en particular es la cualidad que consideramos representativa de lo que en este apartado nos atañe y es en esa misma medida que ponderamos el análisis de este libro como ilustrativo para nuestros fines. Daremos cuenta de esto al analizar algunos de estos artículos y hablar brevemente de sus autores.

En el primer apartado se encuentra un texto escrito conjuntamente por Stanley Corkin y Phyllis Frus y que lleva por título “History and Textuality: Film and the Modernist Event.”¹¹⁹ Corkin es profesor y director del Departamento de Inglés en la Universidad de Cincinnati mientras que Frus es profesora de Inglés en la Universidad del Pacífico de Hawái. Él y ella se han ocupado de temas que se relacionan con la representación no verídica y a veces histórica en el cine y los medios masivos de

¹¹⁸ Kuisma Korhonen (ed.), *Tropes for the Past. Hayden White and the History / Literature Debate*, Amsterdam-New York, Rodopi, 2006, 175 pp.

¹¹⁹ Stanley Corkin y Phyllis Frus, “History and Textuality: Film and the Modernist Event”, en Korhonen, *Tropes for...*, op. cit., pp 45-55

comunicación. En este ensayo comienzan hablando de manera general sobre las problemáticas e implicaciones que la imagen y la transmisión masiva y automática presentan para la representación histórica y la comprensión del fenómeno. Sus referencias al trabajo de White son conscientes y constantes, más no problemáticas, lo citan sin empacho ni cuestionamiento para ejemplificar las problemáticas que les atañen. Mencionan, citando a White, que las causas de la “innarrabilidad” de algunos eventos del siglo XX no solo obedecen a su naturaleza ominosa sino a la fragmentación de la representación que de esos eventos generan los medios masivos de comunicación.¹²⁰ Una consideración importante que hacen los autores es que las “imágenes reemplazan al entendimiento, aunque si éstas fueran concebidas como construcciones, podrían revelar explicaciones más complejas sobre su génesis y significado.”¹²¹ Y tratan de llevar esto a la práctica. Proceden entonces a analizar el film *JFK* de Oliver Stone. Manifiestamente se plantean demostrar la manera en que es posible leer un filme, en tanto que narrativa, a través de su proceso de producción. Y es ahí que hacen una clara implementación de los postulados de Hayden White al señalar que les interesa “cambiar las bases de la conversación acerca de *JFK* desde las del *objeto* hacia las del *método*, desde las de expresión hacia unas sobre cómo los espectadores aprehenden esa versión (del asesinato de Kennedy).”¹²² En el cuerpo del texto realizan, entonces, un análisis de la forma del film. Hacen constante referencia a comentarios del mismo Stone acerca de la ficcionalidad manifiesta y presente dentro de la misma película. E incluso, en una nota al pie, discuten un hecho que consideramos demostrativo de una de las tesis fundamentales de White en lo que respecta al contenido de la forma; puesto que, señalan, el poder de la forma del film de Stone radica en que “menos espectadores habrían sido amenazados por la fantasía de Stone si ésta hubiera

¹²⁰ *Op. cit.*, p. 45

¹²¹ *Ibíd.*, p. 47

¹²² *Ibíd.*, p. 49. Las cursivas son nuestras.

sido ineffectivamente dramatizada.”¹²³ La “amenaza” a la que se refieren proviene de varias críticas de historiadores al poco rigor y apego a la realidad que, en su opinión, presentaba la película; pues consideraban que las generaciones jóvenes terminarían por creer que la versión planteada por la película de una conspiración y golpe de estado era lo que había sucedido en realidad. Esta exigencia de apego a los hechos y veracidad, confundiéndose aquí por verosimilitud, hacia las producciones del llamado séptimo arte resulta problemática en el mejor de los casos, puesto que ciertamente nada le impide al cine poseer esas cualidades; y falaz en el peor, ya que nada verdaderamente le requiere hacerlo. Una crítica parecida acaeció en tiempos recientes cuando se estrenó la última película de Quentin Tarantino, *Inglorious Basterds*, basada, o más técnicamente correcto, inspirada, en temas de la Segunda Guerra Mundial. El hecho de que no hubiese aparecido un pequeño *disclaimer* haciendo esta aclaración al inicio de la película provocó la ira de un crítico en particular que al verla se quejó de que no era “histórica.” Ante tal reacción cualquiera se sentiría agradecido de no haber estado presente cuando ese mismo crítico presencié *Shrek* pues las objeciones en contra de la existencia de ogros y burros parlantes debieron ser, sin lugar a dudas, en el sentido de que “¡Eso es irreal!”.

Aun queda mucho por reflexionar sobre la cuestión de la representación realista y sus “riesgos” e implicaciones. Sin embargo, éste no es el momento, y ahora sólo desearíamos secundar la petición de Corkin y Frus de que “como el profesor White insta a sus estudiantes a leer con precisión analítica, nosotros le pedimos a nuestros consumidores de imágenes producidas-en-masa que las integren en diálogo con otros textos históricos.”¹²⁴

¹²³ *Ibíd.*, p. 59, nota al pie #11

¹²⁴ *Ibíd.*, p. 53

Otro de los artículos que aparecen en el libro es el de Matti Hyvärinen, “Life as a Sequence and Narrative: Hayden White Meets Paul Auster.”¹²⁵ Hyvärinen es un profesor en la universidad de Helsinki en Finlandia y realiza estudios sobre teoría política y teoría narrativa. El texto resulta por demás interesante. En él, Hyvärinen se pregunta por una problemática presente en el discurso de White; hace referencia a él, pero aborda la cuestión desde una perspectiva muy original, a través de la obra del autor norteamericano de ficción, Paul Auster.

White distingue entre narrativa, por un lado, y “narrativización,” por el otro, y define la primera como un modo de hablar sobre el mundo que es fundamentalmente diferente del modo denominado descripción. El segundo término se refiere a un modo de representar el mundo y sus procesos como si éstos poseyeran la estructura y significado de una historia.¹²⁶ Tanto White como sus críticos (véase a fondo la revisión de Alun Munslow) se han preguntado por esta cuestión. ¿Hay un tramado particular inherente a la realidad que es posible recuperar? O por el contrario, ¿la realidad se compone de una serie de eventos y circunstancias caóticas y arbitrarias sin ningún sentido verdadero que aprehender? Habremos de plantear nuestra propia consideración, donde manifiestamente pretendemos realizarlo a través de la obra de White como uno de los objetivos principales de este proyecto, más adelante.

Por su parte, el texto de Hyvärinen busca hacer una aproximación a esta problemática. Hace un análisis de tres personajes en tres novelas diferentes de Auster, todas traducidas al español,¹²⁷ resaltando el aspecto común que tienen cada uno de ellos. Privar a la vida de una narrativa. El ensayo muestra cómo cada uno de los personajes,

¹²⁵ Matti Hyvärinen, “Life as a Sequence and Narrative: Hayden White Meets Paul Auster,” en: *Tropes for...*, *op. cit.*, p. 83-94

¹²⁶ Hayden White, “An Old Question Raised Again: Is Historiography Art or Science. (Response to Iggers)”, *Rethinking History*, 4:3, 2000, p. 399

¹²⁷ *La invención de la soledad, La trilogía de Nueva York y El país de las últimas cosas*. Todas publicadas por editorial Anagrama.

por diferente motivo y de manera distinta, se ve en la necesidad de buscar una existencia sin ningún tipo de narrativa, desprovista totalmente de tramado e intencionalidad, y lo increíblemente complejo de realizar esta intención. La razón de hacer este vínculo entre la narrativa de Auster y la teoría de White se sustenta en que el mismo Auster se refiere a la problemática de White. Hyvärinen cita un ensayo de Auster donde reflexiona sobre el poder de la contingencia al señalar que “nuestras vidas no nos pertenecen verdaderamente, verás – ellas pertenecen al mundo, y a pesar de nuestros esfuerzos por darle sentido, el mundo es un lugar más allá de nuestra comprensión.”¹²⁸ De esta manera muestra que el problema le inquieta a Auster tanto como a White, y que la recurrencia del tema de personajes que intentan lidiar con la trama y autoría de su vida es una forma de expresarse sobre esta misma cuestión. La conclusión a la que llega Hyvärinen, concebida como opuesta a White, es que no podemos dejar fuera la narrativización de la realidad. En sintonía con Paul Ricoeur señala que las “historias son decisivas para la acción, y que ellas de hecho han estado presentes desde antes que cualquier historiógrafo comience su trabajo. ‘Estamos justificados de hablar de la vida como una historia en su estado naciente, y también de la vida como una *actividad y pasión en búsqueda de una narrativa*.’”¹²⁹

Andrew Burrell es un escritor interdisciplinario, escultor y artista de audio residente en Sydney. Su ensayo, presentado en el apartado sobre historia como literatura, versa sobre cuestiones de ficción y no ficción además de la memoria y la percepción. Se titula “Narratives of the Fake: The Collected Object, Personal Histories and Constructed Memory.”¹³⁰ Ahí Burrell aborda, desde una perspectiva bastante heterogénea, las cuestiones de representación y memoria, ficción, falsedad y verdad.

¹²⁸ Hyvärinen, “Life as Sequence...”, *op. cit.*, p. 84

¹²⁹ *Op. cit.*, p. 94

¹³⁰ Andrew Burrell, “Narratives of the Fake: The Collected Object, Personal Histories and Constructed Memory”, *Tropes for...*, *op. cit.* pp. 99-107

Varios de estos temas serán mejor desarrollados en otros apartados de nuestro trabajo, así que en vez de una revisión cualitativa o muy profunda sobre el contenido de este ensayo, por el momento, desearíamos concentrarnos en comentar sobre su forma y lo que ésta nos pueda decir.

La inclusión de este ensayo, único en toda la compilación que no hace referencia ni indirectamente a Hayden White, resulta intrigante. Y es en el análisis de su forma que podemos concebir la relación que pudiera haber. Llamamos heterogénea la perspectiva de Burrell pues no es particularmente académica. Contiene bastantes elementos literarios combinados con un aparato crítico impecable. En ocasiones cita a Piaget y a Russell lo mismo que las obras de literatura de Umberto Eco. Habla de la memoria y su problemática paradójica de la autorreferencia como único criterio de constatación y verificación.¹³¹ Maneja narrativas de recuerdos personales que ilustran estos problemas de la representación, la memoria y la verdad; al recordar que de pequeño, al divisar un tren a la distancia lo percibió lleno de monstruos.

“El contenido de la forma” es una frase que se refiere al tanto que la forma y estructura de una cosa contribuyen a su significado o contenido. Las cosas, los textos y discursos, tienen una cierta forma que suele depender del contexto particular en que son producidas o que refleja la intencionalidad de quien las construye o emite. Y por consiguiente representa siempre alguna contribución al significado de lo que pueden transmitir. La forma nunca es, pues, irrelevante. Si Albert Einstein hubiese formulado su teoría de la relatividad en verso ciertamente no habría resultado menos *cierta*; pero tampoco es concebible que habría tenido el mismo valor. De la misma manera que las rimas de Quevedo le dieron un sentido de pertinencia a una sátira en forma de soneto que, según se dice, dedicó a su acérrimo enemigo Luis de Góngora y que de otra *forma*

¹³¹ Burrell, “Narratives of the Fake...”, *op. cit.*

no habría resultado ser más que un vulgar señalamiento o acusación (quizás hasta algo injustificada) a un hombre narizón. En el soneto titulado “A un hombre de gran nariz,” Quevedo rima en la primera estrofa “Érase un hombre a una nariz pegado [...] Érase un peje espada mal barbado.”¹³² Y es por el soneto, por la rima, por la hipérbole, y, en suma, por la forma en sí que se nos ha legado esta incisiva sátira.

La forma que es la ficción del texto de Burrell (esto es, la manera en que se puede hablar con verdad acerca del concepto de lo “falso”) ilustra varios puntos de la teoría de Hayden White. La naturaleza de la verdad y los lugares, a veces insospechados, desde donde puede emitirse son puntos que tienen en común las obras de Burrell y White; como dijera el padre de (la personaje de ficción) Evey Hammond en la película *V for Vendetta* “los artistas usan mentiras para decir la verdad, mientras que los políticos las usan para encubrirla.” En el desarrollo del artículo de Burrell podemos encontrar varias referencias y coincidencias, aunque no sean muy explícitas, entre su pensamiento y el de White.

Lara Okihiro ha estudiado literatura y psicoanálisis y se especializa en el tema de la representación del trauma además de la situación de canadienses descendientes de japoneses durante la segunda guerra mundial. Su ensayo, “Divergence and Confluence, Mapping the Streams of Hiroshima,”¹³³ pertenece al último apartado del libro, literatura como historia. Okihiro analiza en su texto dos representaciones artísticas, una de dramaturgia y otra de cinema y las problemáticas que se encuentran presentes en ambas. La obra de teatro *The Seven Streams of the River Ota*, junto con la película, *Hiroshima mon amour* son dos obras que buscan representar la destrucción de la ciudad de Hiroshima a causa del ataque con la bomba atómica.

¹³² <http://www.la2revelacion.com/?p=19> citado en 28/06/2010

¹³³ Lara Okihiro, “Divergence and Confluence...”, *Tropes for...*, op. cit., pp. 161-172

Cuando Okihiro analiza la manera en que hacen cada una la representación resalta el hecho de que ambas lo hacen de forma bastante indirecta. En la película no se menciona literalmente el bombardeo en ningún momento mientras que en la obra de teatro un monólogo, única parte que expresamente se refiere al bombardeo, es reservado hasta el final y detenta una duración bastante corta. Sin embargo esto no es visto como una crítica sino que al contrario, expuesto como resultado de la naturaleza misma de la labor de representación. Similar al planteamiento de Corkin y Frus, Okihiro nos habla de la problemática de la representación pictórica e icónica del suceso al señalar que es la famosa imagen del hongo atómico lo que una aplastante mayoría de personas respondió recordar al ser preguntadas sobre todo el suceso.

La metonímica reducción es, sin lugar a dudas, problemática en el sentido que expresa la autora del texto al señalar que

la imagen icónica o narrativa, como algo singular o completo, destila la destrucción y horror que se supone debe representar y vuelve difuso cualquier sentido que apunte hacia una comprensión más compleja del bombardeo de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. En efecto, la imagen icónica o narrativa y nuestra dependencia en ella completamente reemplaza nuestra comprensión del aspecto traumático en el evento.¹³⁴

La relación que guarda con la obra de White, expresada en una analogía con un postulado de él donde señala que sí existe una diferencia entre la buena y mala teoría y que Okihiro lleva a su propio plano al afirmar que también existe una diferencia entre la buena y mala representación artística de un evento o suceso histórico cuando la primera

¹³⁴ Okihiro, “Divergence...”, *op. cit.*, p. 163

nos insta a interpretar su significado más allá de sí misma mientras que la segunda reduce esta posibilidad en igual medida.¹³⁵

Dos últimas consideraciones vale la pena hacer sobre este tema en particular. Una de la autora y otra nuestra. Un comentario que hace ella acerca de dos formas de referirse al evento que implican diferentes niveles de representación del mismo, una de parte las víctimas y otra de parte de la milicia norteamericana, la correspondencia se la dejamos al lector, pues una señala que fue la primera vez que la bomba fue utilizada en periodo de guerra y la otra manifiesta que fue la primera vez que fue utilizada contra población civil.¹³⁶

La otra consideración queremos presentarla en sintonía con la dinámica de la representación y consiste en hacer manifiesto un detalle que de otra manera quedaría perdido para el lector de esta obra. A pesar de que ambos acontecimientos, Hiroshima y Nagasaki, presentan los mismos problemas de representación por constituir abstractamente “el mismo” tipo de evento, al grado de haberse convertido prácticamente en una especie de binomio conceptual inseparable, el corrector de ortografía del procesador de textos en el que estas líneas son escritas en este momento resalta el nombre de la segunda ciudad, Nagasaki, como un posible error, dejando intacto el nombre de la primera, Hiroshima, (debido sin duda a que la primera no fue incluida en el diccionario del procesador de textos, no así la segunda) dando entrada a la posibilidad de preguntarnos sobre las implicaciones que esta leve e inocua representación pueda significar.

La diversidad de estas diferentes aproximaciones representa la manera, y la extensión, como la obra de White ha permeado en diferentes ámbitos del estudio histórico, de las ciencias sociales y del ámbito académico en general sin olvidarnos de

¹³⁵ *Op. cit.*, p. 162

¹³⁶ *Ibíd.*, pp. 161-172

cuestiones como el arte y la estética. Sin embargo, cabe señalar que aun hace falta estudiar seriamente los postulados e implicaciones de la obra de White en diferentes ámbitos sociales. En general, un nivel más elevado de conciencia acerca de las implicaciones que tiene la forma de nuestro discurso dentro de él mismo, algo por lo que siempre ha abogado Hayden White, aun es necesario de alcanzar y lo que aquí hemos reseñado brevemente no es más que la punta del iceberg de lo que podemos y debemos, o al menos deberíamos, tratar de conseguir.

2.5 Realismo, Verdad y Relativismo.

Para este momento se ha vuelto más que indispensable abordar el eje conceptual propuesto para este capítulo. Ya mucho hemos insinuado cuando menos en referencia a los tres conceptos que dan título al presente apartado. A diferencia del eje abordado en el capítulo anterior, cuya pertinencia se fundamentaba en la importancia que para White tenían los tres conceptos ahí abordados, en este apartado debemos referirnos a los conceptos de Realismo, Verdad y Relativismo no porque sean o hayan sido de gran importancia para Hayden White, sino porque resultan imprescindibles, como hemos visto, para comprender la crítica que White ha recibido a lo largo de los años; simplemente no es posible entenderla sin una referencia clara a estos conceptos.

Sin embargo, nuevamente nos encontramos con problemas para abordar los conceptos, puesto que cada concepto, respecto a lo que aquí nos atañe, se encuentra interrelacionado con los otros dos y por lo tanto conlleva fuertes implicaciones en estos mismos.

Desde el primer capítulo venimos arrastrando una deuda con el concepto de verdad (debido a su oposición, conscientemente ignorada en su momento, al concepto

de ficción), por lo que tal vez sería adecuado comenzar a abordar el eje respectivo a este momento con ese concepto. Para este momento consideramos que hemos establecido que la idea de la negación del concepto verdad es un punto nodal en la crítica a Hayden White a través de los años. Ciertamente los historiadores han mantenido desde siempre una pretensión de certeza en alguna medida. Esta pretensión de que lo que dicen es “cierto” y no lo están “inventando” se ha asociado con el método desde que Heródoto decidió referirse solamente al testimonio de testigos hasta nuestro tiempo.

En los últimos tiempos la pretensión de verdad objetiva o científica para la historia ha sido cuestionada desde diferentes frentes, sea desde el deconstruccionismo y con la teoría del giro lingüístico o desde el relativismo metafísico o epistemológico del posmodernismo. Y hay quien considera personalmente a Hayden White como el responsable de haber borrado la línea entre verdad y ficción, entendiendo ficción como falsedad. Ésa es una acusación muy fuerte. Tan fuerte como inadecuada. Independientemente del debate sobre la pretensión de verdad y de objetividad en la historia, en el que muchos teóricos de diferentes disciplinas han participado, la verdad es (aclarando que no se nos escapa la ironía de esta situación) que White nunca intentó cuestionar esa pretensión, esa posibilidad del discurso histórico de ser un medio adecuado para emitir juicios de verdad y crear conocimiento legítimamente. Lo único que White quiso demostrar en *M* fue que el equiparar ficción a falsedad o error es algo inadecuado. En especial cuando, como en su caso, su verdadero interés era analizar las maneras como los elementos ficticios afectan al discurso histórico. White ha señalado que la oposición clásica solía ser, hasta el siglo XVIII, entre “verdad” y “error” más que entre “hecho” y “ficción.” De hecho, los teóricos de la antigüedad clásica y el Renacimiento aceptaban que para decir la verdad, la historia debía recurrir a artefactos

verbales que usaban técnicas ficcionales de representación.¹³⁷ Y su interés era básicamente analizar esas “técnicas ficcionales de representación” y las implicaciones que conllevan para el discurso histórico.

Ya hemos señalado en apartados anteriores ejemplos de cómo White reconoce el valor de la investigación y la referencia para aportar certeza y certidumbre al discurso histórico. Sin embargo, es claro que lo que White sí deseaba cuestionar era nuestra ingenuidad respecto a la creencia de que el lenguaje puede ser un medio inocente para transmitir significados. Dicha creencia resulta problemática, pues tiende a volver latente un gran cúmulo de cuestiones y problemáticas que sólo siendo conscientes de las implicaciones de nuestro discurso podemos evitar o, por lo menos, de alguna forma enfrentar: “lidiar con”.

La idea de que existe una realidad que nos es común a todos y a la que, en principio, podemos hacer referencia ha sustentado las ideas de veracidad, certeza e incluso de objetividad para varios discursos con los que los humanos nos hemos manejado a lo largo del tiempo. El problema comienza a generarse al tomar en cuenta la noción de representación. Cuando uno comienza a preguntarse por la medida en que una representación puede ser verdaderamente fidedigna, hacer justicia a la cosa que supuestamente representa, nos vamos encontrando con varias dificultades. Toda representación tiene que tener límites, ya que si una representación dada abarcara la totalidad del objeto representado constituiría una reproducción idéntica de él mismo. Jorge Luis Borges ha explorado en algunos de sus cuentos estas implicaciones. Desde *Funes el memorioso*, donde habla de un hombre con una memoria perfecta y cuya remembranza de un día le toma otro día, y *Tlön, Uqbar, Orbis tertius*, donde se habla de mapas que ocupan un espacio igual al que representan, hasta *Pierre Menard, autor del*

¹³⁷ White, “The fictions of factual representation”, *Tropics...*, op. cit., p. 123

Quijote, historia de un hombre que se propone escribir nuevamente el *Quijote* de Cervantes y que lo hace de manera verdaderamente fidedigna al reproducirlo (que no meramente reescribirlo, aclara Borges) palabra por palabra. En la medida en que la representación histórica se encuentra llena de límites, tanto objetivos como subjetivos, ya que ninguno de los dos tipos ostenta mayor pertinencia que el otro, debemos cuidarnos de los elementos latentes que nos llevan a creer que podemos trascender inocuamente estos límites o, peor aún, que de entrada carecemos de ellos.

Sobre esta cuestión es que queremos analizar la problemática, muy cercana a la cuestión de verdad, del Realismo, y entender que el efecto de realidad que produce este género literario para el discurso histórico puede resultar, y tal vez lo ha hecho, más nocivo que benéfico para la producción legítima de conocimiento. Existen varias convenciones de lo que constituye una historia realista; en la medida en que incurrimos en ellas sin darnos cuenta y confiamos en el lenguaje como un medio inocente para transmitir significado, comprometemos todo nuestro discurso en el proceso de emitirlo. Alun Munslow, en explícita referencia a Barthes, señala que “la Historia está realizando un truco epistemológico a través del cual el referente es posicionado en un mundo de lo real privilegiado más allá de la significación arbitraria.”¹³⁸ El realismo, como género literario, no es una posición ilegítima desde la cual abordar el pasado a través del discurso histórico, pero de ahí a creer, y esto ya lo ha señalado White en algún momento, que la novela romántica característica del siglo XIX es la única forma posible de narrar la historia constituye un gran, y bastante menos legítimo, salto. Y más aún cuando consideramos que varias de sus convenciones, como el manejo de los detalles o el narrador omnisciente, contribuyeron a crear la impresión de objetividad que legitimó la pretensión de cientificidad del discurso histórico desde el siglo XIX y la primera

¹³⁸ Alun Munslow, “Reality/realistic effect”, *The Routledge Companion to Historical Studies*, Routledge, 2000, p. 194

mitad del XX. Tan es así que la problemática dicotomía entre Verdad y Ficción vuelve aquí a hacerse presente en la dificultad patente para distinguir entre una obra histórica y una novela de ficción.

El problema presente que tenemos es la dificultad de distinguir entre una obra con pretensiones manifiestas de veracidad –hablar con verdad– y una con pretensiones manifiestas de verosimilitud –que sea creíble, que parezca verdad– (considerando que ambas siempre detentan la otra pretensión, al menos, en cierto grado). White se ha expresado sobre esto al señalar que la distinción entre una novela y una obra histórica no es la de “un conflicto entre dos tipos de verdad, un conflicto entre la verdad de correspondencia, de un lado, y la verdad de coherencia, en el otro... [Y explica, de hecho, que ambas verdades son tan necesarias para ambos tipos de obras que en realidad] ...todo discurso escrito es cognitivo en sus objetivos y mimético en sus medios.”¹³⁹ Si la exigencia de verosimilitud, característica del realismo, de la que apenas está escapando la literatura y en la que recientemente está siendo atrapado el cine, es tan fácilmente confundible con la exigencia de veracidad, debemos ser precavidos sobre las implicaciones que confiar irreflexivamente en un modo del lenguaje que tanto nos atañe.

Las problemáticas y consecuencias de esta cuestión ya las ha resumido magistralmente Frank Ankersmit (referencia que nosotros ya hemos citado en un apartado anterior de este mismo capítulo, sin embargo vale la pena analizarlo nuevamente, pues nuestro objetivo a demostrar es ahora diferente y no menos importante.)

Surely there is a historical reality which is, in principle, accessible to the historian. But historians have forgotten about this historical reality and mistaken the product of their tropological

¹³⁹ White, “The fictions...”, *op. cit.* p. 122

encoding of the past for the past itself. Within this reading, White, rather than the practicing historian criticizing White, is the realist who reminds us of the difference between reality itself and what is mere intellectual construction.¹⁴⁰

Como historiadores, el peligro de no ver qué tanto el uso de un género, de un tramado, de un tropo, altera nuestro discurso y nos lleva a creer que podemos trascender límites más allá de nuestra capacidad, es un riesgo siempre latente y del que debemos cuidarnos en todo momento a la manera por la que aboga Hayden White, desarrollando un nivel más elevado de conciencia.

Respecto a esta cuestión, y dado que estamos hablando de límites, podemos introducir el tema del relativismo. Es éste un concepto que generalmente tienden a reafirmar y sustentar quienes se asumen abiertamente como posmodernos, o posmodernistas. De manera general se le podría considerar como una perspectiva que niega la posibilidad de referirse al mundo con verdad, pues plantea que toda verdad es relativa; lo que mantiene cierta afinidad con la negación de Lyotard acerca de los discursos concebidos como saberes, definidos por él como metarrelatos. Generalmente se remonta su origen al historicismo de Hegel y Marx que planteaban que la verdad es relativa al tiempo y al lugar desde el que es emitida.

Sea como fuere, el relativismo es una perspectiva un tanto problemática para todo discurso con pretensión de veracidad y objetividad; como en el caso de la historia, o al menos la pretendidamente científica. Sin embargo, el relativismo puede ser descartado con un simple ademán pues contiene una contradicción inherente: afirmar que es verdad que toda verdad es relativa significa reconocer que esta misma afirmación

¹⁴⁰ Ankersmit, "Hayden White appeal's...", *op. cit.* p. 187. "Verdaderamente hay una realidad histórica que es, en principio, accesible al historiador. Pero los historiadores se han olvidado de esta realidad histórica y confundido el producto de su codificación tropológica del pasado con el pasado mismo. Dentro de esta lectura, White, antes que el historiador practicante criticando a White, es el realista que nos recuerda la diferencia entre la realidad misma y lo que es una mera construcción intelectual."

también lo es y, por lo tanto, debe haber alguna verdad que no lo sea (No necesariamente, esto último). O sea, debe existir algún límite para el relativismo. Collingwood señalaba este razonamiento como el modo de librar por la tangente la problemática que el relativismo presenta. En efecto, si lo analizamos seriamente el relativismo plantea problemáticas que merecen nuestra consideración y el argumento que acabamos de señalar sólo debería esgrimirse para conservar la calma y no permitir que el relativismo nos arroje al abismo del nihilismo. Debemos comprender entonces que el relativismo debe entenderse correctamente como una perspectiva válida que no se niega a sí misma a partir de esta contradicción inherente sino que el reconocimiento del carácter relativo de las verdades y concepciones humanas no implica una negación absoluta de la verdad. Se puede mantener la afirmación, aparentemente ambivalente, de que todo es relativo pero que existen límites, de la manera en que hace White defendiendo un “relativismo responsable.” En última instancia esta problemática se origina cuando nos planteamos la falaz pretensión de lidiar con absolutos; esto no es, simplemente, necesario ni posible.

Para lo que aquí nos atañe, White ha sido catalogado innumerables veces como un relativista atroz y sin límites. Esto resulta bastante curioso si consideramos que la otra característica a la que ha sido reducido su pensamiento es la del determinismo del lenguaje. Considerar, por un lado, que el lenguaje determina la realidad y a la vez plantear que no existen ningún tipo de límites parece una contradicción. Tal vez la crítica a White sería menos difusa si se dijera que los códigos lingüísticos de una cultura determinada ponen límites (antes que *determinar*) a lo que es posible expresar, pero que dentro de esos códigos todo vale. Así quedaría más claro y no podría encontrarse más alejado de la verdad.

Como ya hemos señalado, White ha sido criticado en varias instancias y un posible límite que se ha planteado para su relativismo sería la noción de consenso de Maurice Mendelbaum, quien afirma que las controversias y los desacuerdos entre historiadores es algo normal, ante lo que de hecho suele imponerse el consenso; y por lo cual el relativismo académico de White es inaceptable.¹⁴¹ White ha buscado una alternativa menos autoritaria y ha respondido a esto planteando varias veces la idea de un relativismo responsable. Ewa Domanska señala que el planteamiento es bastante antropocéntrico

Él siempre busca una referencia a la elección humana en los humanos mismos. No hay nada más allá (o por encima) que pueda legitimar (y explicar) el comportamiento humano. Este punto es importante para entender a White. Un relativista consciente o responsable, como White, puede sólo ser una persona con fundamentos éticos muy fuertes, una persona que es perfectamente consciente de las dificultades de mantener vivos los valores y principios en situaciones cargadas de contradicciones que presentan la necesidad de la elección.¹⁴²

Ciertamente, el lenguaje no determina la realidad, sólo lo que podemos *decir* sobre ella. Y dentro de esos límites, la idea de la responsabilidad de White constituye el modo correcto de abordar las problemáticas que el relativismo nos presenta, puesto que constituye un relativismo tanto con *límites* como con plena conciencia de la situación en que se encuentra. En última instancia, White mismo ha defendido su perspectiva alegando que es una postura irónica, en el sentido de que es auto-consciente de su propia negación, y que por lo tanto es escéptica, la mejor forma de respetar la diversidad cultural e intelectual y no incurrir en autoritarismo.

¹⁴¹ Mendelbaum, "The presuppositions...", *op. cit.*, p. 52

¹⁴² Domanska, "Hayden White, beyond...", *op. cit.*, p. 179

3. Los dos debates primordiales de la obra de Hayden White

Ya hemos analizado de manera general la obra y postulados primordiales de White. También hemos hecho una revisión general de la recepción, crítica y desarrollo de esa misma obra. Ahora podemos comenzar a analizar más específicamente estas mismas cuestiones: los que serían los dos debates más importantes para la obra de Hayden White. El debate sobre el status de la disciplina histórica, si corresponde al de las ciencias o al de las artes, sería el primero. Esta cuestión siempre fue de gran interés para White. El segundo debate sería uno que, según nuestra lectura, nunca fue de interés particular para él; sin embargo, llegaría a ser uno de los más importantes, pues es ahí donde White pudo aclarar varias interpretaciones erróneas que ha recibido su obra al cabo de los años. Éste sería el debate sobre el elemento relativista en sus postulados; más específicamente, sobre la posible negación del Holocausto¹⁴³ que podría tratar de justificarse a partir de sus tesis.

Estos debates contienen todo lo que en esencia nos ha motivado para realizar este proyecto de investigación. Ilustran de manera sobresaliente las ideas centrales de White y la crítica que ha recibido. Con el precedente de los dos capítulos anteriores podremos ahora abordar estos debates imprescindibles y comprender cabalmente su significación y pertinencia para la cuestión historiográfica en particular y para la problemática del discurso histórico en general.

¹⁴³ Esta será la última vez que nos habremos de referir a este evento con ese nombre. En adelante nos referiremos a él con el término hebreo Shoah, que es el correcto, pues el término Holocausto conlleva la connotación religiosa de “sacrificio.”

3.1 Historia. ¿Ciencia o Arte? Una problemática primigenia para Hayden White.

“Es un error capital teorizar antes de tener datos. Sin darse cuenta, uno empieza a deformar los hechos para que se ajusten a las teorías en lugar de ajustar las teorías a los hechos”
–Sherlock Holmes.

3.1.1 Chalmers y la ciencia.

(3.1.1.1 Ranke y la cientificidad. El historismo.)

Nada podría ser más evidente que el hecho de que Hayden White nunca ha considerado a la historia como una ciencia. La delimitación de nuestro análisis de su obra parte del ensayo teórico “El peso de la historia” y culmina con la conferencia dictada en Columbia “El futuro de la utopía en la historia.” Ya hemos señalado que, de principio a fin, White mantuvo, primero, dudas sobre la naturaleza científica de la historia y finalmente certidumbre acerca de la negación de ese carácter. Y esto no debería ser demasiado discutido.

Una noción básica y general que podemos aceptar sin demasiadas complicaciones sería que la ciencia es una práctica de generación de conocimiento que se basa en un método de observación y experimentación de los hechos. Independientemente de que infinidad de debates y problemáticas se encuentren presentes en la actualidad en torno a esta definición general, no podemos estar en desacuerdo que esa visión era la imperante, al menos, durante el periodo en que la historia obtuvo el status de ciencia en el siglo XIX. La remoción a los hechos fue una característica esencial del método de la ciencia moderna. Alan Chalmers cita un

comentario donde señala que “los hechos observacionales podían encajar o no en un esquema admitido del universo, pero lo importante, en opinión de Galileo, era aceptar los hechos y construir una teoría que se ajustara a ellos.”¹⁴⁴ Esta concepción se consolidó en los siglos XVII y XVIII con los movimientos del empirismo y el positivismo. Ambas posiciones guardan sus claras diferencias pero comparten la idea de que el conocimiento científico debe derivarse de los hechos de la experiencia.¹⁴⁵ Esta noción conlleva la primera objeción de White a la concepción científica de la historia.

Cuando se afirma que la ciencia es especial porque se basa en los hechos, se supone que los hechos son afirmaciones acerca del mundo que pueden ser verificadas directamente por un uso cuidadoso y desprejuiciado de los sentidos. La ciencia ha de basarse en lo que pudimos ver, oír y tocar y no en opiniones personales o en la imaginación especulativa. Si se lleva a cabo la observación del mundo de un modo cuidadoso y desprejuiciado, los hechos establecidos de tal manera constituirán una base segura y objetiva de la ciencia.¹⁴⁶

El problema aquí son las nociones de observación y verificación como pilares de la científicidad, puesto que la historia no habla meramente de “hechos” sino de la estructura general del pasado en que esos hechos constituyen interacciones. Tenemos que considerar, como nos ha mostrado White, que los hechos históricos no son directamente accesibles a partir de la experiencia, pues ellos “sólo tienen una existencia lingüística” White se refiere con esto a que son constituidos como “un acontecimiento ligado a una descripción.”¹⁴⁷ Los procesos históricos, cuya constitución conlleva una interpretación, y por lo tanto sería menos problemático referirse al pasado en general, ya no existe(n). Lo que nos queda son huellas que nos sirven para *construir*, antes que

¹⁴⁴ Alan F. Chalmers, *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, España, Siglo XXI, 2003, p. 2

¹⁴⁵ Chalmers, *¿Qué es esa cosa...?*, *op. cit.* p. 4

¹⁴⁶ *Op. cit.*, p. 2

¹⁴⁷ Hayden White, “Respuesta a Arthur Marwick”, *Historia Social*, *op. cit.* p. 88

descubrir, el hecho histórico. Entonces no hay forma de comparar y verificar la adecuación de los modelos de representación que la historia crea acerca del pasado pues éste ya no existe, las estructuras y procesos históricos, “no son como esos originales; no podemos observarlos con el fin de ver si el historiador los ha reproducido adecuadamente en su narrativa. Tampoco deberíamos hacerlo, aunque pudiéramos; porque, después de todo, fue el mismo carácter extraño del original tal como aparecía en los documentos el que inspiró los esfuerzos del historiador a la hora de elaborar un modelo.”¹⁴⁸

Hayden White ha sostenido en varios momentos que uno puede considerar el advenimiento de la historia como ciencia en el siglo XIX como un producto histórico. Tanto en “El peso de la historia” como en “The fictions of factual representation” nos habla de cómo la historia generó un antagonismo nunca antes visto con la noción de ficción al posicionarse del lado de la verdad.¹⁴⁹ Cuando Leopold von Ranke, considerado como el padre del historicismo (más propiamente *historismo*), popularizó su método crítico ampliamente identificado con la idea de mostrar *wie es eigentlich gewesen* (las cosas como realmente sucedieron) se le dio cabida a la historia dentro de las universidades y fue posible la profesionalización de la historia.¹⁵⁰ La idea del método de Ranke, que proveyó de científicidad a la historia, brindaba la posibilidad de hablar con verdad científica y objetiva del pasado; lo cual era, durante ese periodo, la única forma legítima de plantear conocimiento. Todo se originó a partir del desencanto de Ranke para con Walter Scott. White ha señalado que Ranke “manifestó un prejuicio compartido por varios de sus contemporáneos cuando definió a la historia como el

¹⁴⁸ Hayden White, *El texto histórico...*, op. cit., p. 119

¹⁴⁹ White, *Tropics of Discourse*, op. cit., pp. 27-50 y 121-134

¹⁵⁰ Sobre el método crítico de Ranke y el aparato crítico de las notas al pie de página recomendamos revisar el texto de Anthony Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, Argentina, FCE, 1998, 178 pp.

estudio de lo real y a la novela como la representación de lo imaginario.”¹⁵¹ Sin embargo añade que no pasó desapercibido, aunque sólo para unos pocos, que el historiador no podía, en efecto, narrar la historia sin recurrir a las herramientas del literato y del poeta.¹⁵² Que el elemento ficticio jugaba un papel importantísimo en la narrativa histórica es algo que nunca fue cuestionado. Y esto no debería sorprendernos, pues desde Aristóteles, o la concepción clásica, se creía que la historia era un “arte” menor, opuesto a la poesía, pues hablaba de lo particular en oposición a lo general, pero no por esto se creía que poseía menor capacidad de decir verdad. Ya hemos señalado que White ha afirmado que la oposición clásica solía ser la de verdad/error antes que hecho/ficción.¹⁵³ El prejuicio, tan fuertemente arraigado en nosotros, de que las técnicas ficcionales de representación no pueden implementarse para un discurso con pretensión de veracidad es algo relativamente nuevo.

Aquí hemos entrado ya completamente en la problemática central de este capítulo. Conforme más avanzamos, y en general conforme más revisamos a White, parece que nos encontramos ante la idea de que, al menos para él, la Historia es más una forma de Arte que una forma de Ciencia. Sin embargo estamos dispuestos a afirmar que esto no es así.

Desde el principio y hasta el final (o sea lo que *nosotros* definimos como principio y final), White dudaba del carácter científico de la historia. No así, al menos no en el mismo grado, con el carácter artístico de la historia. Siempre fue más cauto con respecto a esto y si bien también mantenía cierto escepticismo¹⁵⁴ no es fácil encontrar una negación literal sobre este punto; lo cual no implica de ninguna manera una afirmación. Sin embargo, la complejidad de esta cuestión radica en que White ha

¹⁵¹ White, *Tropics...*, *op. cit.*, p. 124

¹⁵² *Op. cit.*, p. 124, Añade que entre esos pocos se encontraba Droysen.

¹⁵³ *Ibíd.*, p. 123

¹⁵⁴ White, “El peso de la historia”, *Nexos*, *op. cit.*, pp. 27-50

dedicado una parte importante de su obra a exaltar las *cualidades* artísticas del discurso histórico. Tal vez él se encontraría más de acuerdo, básicamente preferiría, concebir a la historia como un tipo de arte antes que como un tipo de ciencia. Pero esto no significa que considere que sea esa su naturaleza.

3.1.2 Ankersmit y la representación.

Tal vez el problema en general sean las presuposiciones esencialistas. De entrada, considerar que alguien podría ser capaz de conocer la naturaleza de la historia es problemático. Entonces es muy difícil no darle cabida, en cierta medida, a un cierto relativismo en la forma de un convencionalismo pragmático. Debe quedar claro que no es nuestra intención afirmar, en última instancia, que las cosas son lo que la mayoría, o un número (o sector) *suficiente*, de la gente cree que son, al menos por motivos prácticos. Sin embargo y por otra parte, también resulta problemático considerar que podemos llegar a comprender (desde el sentido más simplistamente derrideano en que se concibe el sentido original de cualquier texto como simplemente irrecuperable) verdaderamente lo que alguien puede llegar a considerar. Así pues resultan problemáticas tanto las presuposiciones esencialistas metafísicas como las presuposiciones esencialistas relativistas en la medida en que ambas dan una visión muy rígida de la realidad. Pero esto no significa que sea imposible o carezca por completo de sentido el tratar de abordar estas cuestiones de cualquier forma.

(Al menos de algún modo) Conscientes de estas problemáticas, deseamos avanzar en lo que aquí nos hemos propuesto con la esperanza de que no pueda llegar a resultar fútil en última instancia.

La historia ha perdido bastante al tratar de acoplarse al paradigma patriarcal de la cientificidad. White ha demostrado que, de igual manera, haría bastante bien en recuperar un lugar (junto a la pretensión de veracidad, objetividad e imparcialidad) para la creatividad, la sensibilidad y la subjetividad generalmente asociadas con la producción artística en general (y la feminidad, también en general.)

Sin embargo, esto no significa constituir, ser subsumida por ninguna de estas dos concepciones de representar, o al menos de lidiar con la realidad. Básicamente porque no es *necesario*. La historia ha demostrado poder implementar ideas o dinámicas de ambas concepciones, al grado de prácticamente poder generar la ilusión/debate de constituir uno o lo otro. Pero el querer cerrarse a la posibilidad de que podría ser algo más, empeñarse en reducir el debate a una concepción dicotómica característicamente occidental, no sólo no tiene ningún fundamento, sino que de entrada pre-establece o condiciona las posibles respuestas que podríamos obtener a un más bien limitado rango de posibilidades.

A pesar de que, como lo ha señalado Álvaro Matute, en la tradición anglosajona ha habido siempre mayor grado de afinidad con este debate, considerando desde Droysen, que en la de las lenguas romance, ya empiezan a aparecer signos de agotamiento. Peter Burke comenzó algún ensayo con la frase “no me voy a detener ahora en la aburrida pregunta de si la historia es un arte o una ciencia,” y Frank Ankersmit ha señalado que el “una vez acaloradamente debatido problema de si la historia era una ciencia (aplicada) se abandonó a favor de los problemas más existenciales de la relación entre texto y lector, que surgió de la obra de autores influyentes como Gadamer y Derrida.”¹⁵⁵ Por otro lado, la respuesta que White dio al

¹⁵⁵ Frank Ankersmit, *Historia y topología*, México, FCE, 2004, p. 195

artículo del profesor Iggers se titulaba literalmente “Una vieja pregunta que vuelve a aparecer: ¿Es la historiografía arte o ciencia?”¹⁵⁶

Consideramos que no resultan impertinentes las consideraciones que aquí estamos haciendo. Para White es claro que la historia no es propiamente una ciencia en la medida en que carece de un paradigma unificado (en un momento abordaremos esto) y que por tanto consiste un error considerarla como tal.¹⁵⁷ Sin embargo, ha tenido siempre pretensiones de veracidad en su discurso que, primero que nada, podrían considerarse como el factor primordial para haberla considerado ciencia y que son de igual manera el obstáculo esencial para no poder considerarla como un arte propiamente. De cualquier forma esto no significa que estas pretensiones sean incompatibles con las demás características del discurso histórico que sí presentan mucha mayor afinidad con el arte.

Esto lo parece pensar White y también Frank Ankersmit, quien claramente, a partir de los postulados del mismo White, ha desarrollado toda una aproximación teórica a la similitud entre la representación artística y la representación historiográfica. Es necesario aclarar que, tanto para White como para Ankersmit, esta similitud se presenta siempre como una suerte de simetría o paralelismo antes que como una equivalencia directa e indiscernible. Esto es, resulta evidente que la historia tiene que encontrarse claramente diferenciada del arte y contener al menos un elemento propio y particular (como puede serlo con la ciencia) sin importar lo mucho que sus procedimientos puedan parecerse a los de este otro. En corto, la historia es básicamente irreductible a la noción de arte tanto como a la de ciencia, y no puede ser subsumida en una u otra.

¹⁵⁶ White, “An old question...”, *Rethinking...*, *op. cit.*, pp. 391-406

¹⁵⁷ White, *Tropics...*, *op. cit.*, p. 71

Plenamente conscientes de esto, sin embargo, debemos explorar las implicaciones que este paralelismo nos presentan para el desarrollo del discurso histórico. La comparación que plantea Ankersmit radica en señalar que “como el pintor, el historiador representa la realidad (histórica) al darle un significado, mediante el significado de su texto, que la realidad no tiene por sí misma.”¹⁵⁸ Con esta metáfora Ankersmit postula una solución a uno de los problemas más recurrentes de la concepción, o lo que él denomina como “vocabulario,” de la historia como una interpretación; que es la posible falta de sentido de los hechos del pasado, el elemento de lo *sublime*, ni más ni menos. Cabe llamar la atención sobre el cambio evidente que presenta aquí Ankersmit respecto al objeto de la comparación con el que White y varios de sus críticos se manejaban; antes que con el literato, Ankersmit postula la similitud del historiador con el pintor. Lo más loable de este cambio radica en la posibilidad de ilustrar más claramente la distancia, principal función de la representación, que el acto de representar impone hacia la realidad. La materialidad o la *presencia* del acto de representar es un punto muy importante (sobre el que, independientemente de lo que aquí habremos de señalar, tendremos que volver) pues le permite a Ankersmit manifestar que, citando a Danto, “la representación artística se enlaza por lógica con el acto de *distanciar la realidad*’ [las cursivas son de Ankersmit]. La idea parece ser que la representación nos coloca frente a una realidad *opuesta*, y sólo de esta manera cobramos conciencia de ella como tal.”¹⁵⁹

En lo que respecta a la representación historiográfica como tal, cabe señalar un pequeño matiz que nos presenta Ankersmit y resaltar una semejanza de éste con una idea de White que ya hemos abordado anteriormente. Explica Ankersmit que la relación entre la representación y lo que se representa es mucho más frágil en la historiografía

¹⁵⁸ Ankersmit, *Historia...*, op. cit. p. 210

¹⁵⁹ Op. cit. p. 222

que en el arte. Esto es, “más que por la representación artística, el pasado se determina por la manera en que lo representamos [...] la realidad histórica en sí no contradice tanto a las representaciones históricas, sino que otras representaciones históricas lo hacen; apelar a cómo es la realidad tiene mucho más fuerza en el arte que en la historia”,¹⁶⁰ de la misma manera que lo tiene en la ciencia debido a la ausencia de modelos claros y preestablecidos que ya hemos señalado.

Tal vez sea conveniente complementar la explicación de esto último con un ejemplo que plantea Ankersmit acerca de la representación propiamente histórica. “En la historia, es como si tuviéramos que reconocer un conejo o un pato en algún dibujo bien conocido de un conejo o un pato sin haber visto jamás un conejo ni un pato.”¹⁶¹

Antes de dejar en paz a Ankersmit y continuar con otras cuestiones que aquí debemos revisar, quisiéramos realizar una breve consideración y crítica de su concepción, sobre el valor de la representación por encima de la epistemología. En opinión de Ankersmit

la historiografía se ajusta de manera óptima al debate sobre realismo e idealismo porque es la disciplina de la representación *par excellence*, incluso más que la representación artística. [...] Quién emplee el vocabulario de la epistemología seguirá vacilando entre realismo e idealismo; sólo el vocabulario de la representación nos permite restar al debate toda significación y, por ende, de alguna manera, llevarlo a una conclusión satisfactoria.¹⁶²

Varias problemáticas se vuelven muy evidentes a este respecto. Ciertamente, el debate entre realismo e idealismo no presenta una perspectiva muy alentadora. Pero la “solución” que plantea Ankersmit dista mucho de ser satisfactoria. Al menos no sin un

¹⁶⁰ *Ibíd.*, p. 229

¹⁶¹ *Ibíd.*, p. 231

¹⁶² *Ibíd.*, p. 232-234

claro sentido de resignación que, sentimos, será muchas cosas, pero no necesariamente *necesario*.

Ciertamente, el realismo tiende a volverse cerradamente determinista y el idealismo a volverse desmedidamente relativista. Contemplando tales perspectivas, y dado un lapso de tiempo suficiente, resulta nada menos que comprensible el ver favorable a una postura que desprovee a ambos de toda significación. Sin embargo, consideramos que esta solución resulta un poco tangencial en la medida en que es una evasión de carácter formalista con respecto a dos terminologías distintas; o para ponerlo en términos de Ankersmit, “vocabularios distintos.” Antes de finalmente darnos por vencidos y abrazar plenamente las implicaciones que el tomar a la representación por sobre la epistemología implica, y proceder con los desarrollos teórico/prácticos, sin duda necesarios y pertinentes, que tal elección presentaría, es posible, y tal vez deseable, tratar de darle una última oportunidad a la epistemología, sin que esto tenga que significar necesariamente rechazar los postulados de la tesis de la representación. Esta sugerencia, sin embargo, puede constituir una abominación teórico-conceptual, en el peor de los casos, o, por lo menos, una necedad académica (en un, no muy favorable, mejor de los casos). No obstante, puede no hacerlo. Y es a esa esperanza a la que nos aferramos.

Las consideraciones hechas por Ankersmit, respecto a la representación, aplicadas específicamente al discurso histórico, en tanto se mantenga firmemente delimitada la distinción con la práctica artística, resultan extremadamente útiles para trabajar las nociones de significación e interpretación, todavía en su relación con la posibilidad cognitiva en sí. Sin embargo, continuar el desarrollo de esta idea nos desvía de lo que aquí específicamente nos ocupa. Sin duda es necesario más desarrollo, tanto teórico como práctico, sobre todas estas cuestiones. No obstante, éste no es el momento

ni lugar apropiado para hacerlo pues debemos retomar nuestro objetivo y continuar hablando del lugar de la historia respecto a la ciencia y el arte, y la percepción de Hayden White sobre este punto. Debemos aproximarnos nuevamente a la noción de ciencia y revisar algunas concepciones del filósofo de la ciencia Thomas Kuhn, acerca de su teoría de los paradigmas y el modo de proceder de la ciencia.

3.1.3 Thomas Kuhn, los paradigmas y la noción de consenso en la práctica científica.

Antes de comenzar a hablar de los postulados de Kuhn, y de la forma en que aquí nos afectan, es necesario reflexionar un poco sobre sus implicaciones. Remitirnos a la obra de Kuhn para hablar sobre la concepción de Hayden White acerca del status de la disciplina histórica respecto al debate arte o ciencia resulta prácticamente inevitable. Para la década de los 70 el libro *La estructura de las revoluciones científicas*¹⁶³ ya comenzaba a sedimentarse como un clásico en la literatura sobre filosofía de la ciencia. Por ende no es de sorprender que White lo tuviera muy en cuenta durante esos mismos años en que se dedicaba a lidiar con la problemática antes señalada. Sin embargo, la utilidad del discurso de Kuhn no termina simplemente ahí. El status de clásico que posee su obra, que se sustenta en las numerosa cantidad de impresiones que ha tenido a lo largo de los años así como en la gran cantidad de citas y referencias en textos especializados, hace que, independientemente de las críticas y del sometimiento a debate que haya tenido, sigue constituyendo un elemento esencial para el desarrollo teórico sobre las cuestiones a las que aquí hacemos referencia.

White se ha expresado ya a este respecto,

¹⁶³ Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 2000, 319 pp.

Nuestro conocimiento del pasado puede incrementarse, pero nuestro entendimiento no. Nuestro entendimiento del pasado tampoco progresa gracias al tipo de avances revolucionarios que asociamos con el desarrollo de las ciencias físicas. Como la literatura, la historia progresa a través de la producción de clásicos, cuya naturaleza impide que sean desautorizados o invalidados como lo son los principales esquemas conceptuales de la ciencia. Y es su no disconfirmabilidad la que testifica sobre la naturaleza esencialmente literaria de los clásicos históricos. Hay algo en una obra maestra histórica que no puede ser invalidado, y este elemento no invalidable es su forma, la forma que es su ficción.¹⁶⁴

Tomando en cuenta esto, deseamos revisar algunos postulados de Kuhn para hablar de las consecuencias que aquí tienen y confiamos en que aun constituyen una base firme para posibles desarrollos teóricos que se sustenten en algunos de sus elementos, sin ignorar los desarrollos y matices que hay y ha habido sobre su discurso. Dicho de otra forma, confiamos en que la referencia a Kuhn no puede resultar anticuada para lo que aquí, por el momento, nos interesa plantear.

No deseamos, ni tenemos en realidad por qué, detenernos demasiado en la definición de paradigma de Kuhn. Baste fijarlo en general como un modelo rector y explicativo para la actividad científica, sus métodos, prácticas y objetivos, que es determinado por los miembros de una cierta comunidad científica. Hayden White utilizó esta noción para defender la falta de verdadera científicidad para la historia. Alegando que a diferencia de “la física después de Newton o la química después de Lavoisier, la historia permanece como un campo de estudio sin una imagen generalizada de la forma que sus análisis deben tomar, del lenguaje en que sus descubrimientos deben ser comunicados y de las técnicas de generalización y verificación que deben ser usadas para establecer la verdad de sus descubrimientos.”¹⁶⁵ Sin ese paradigma unificado para

¹⁶⁴ White, *El texto histórico...*, op. cit., p. 122

¹⁶⁵ White, *Tropics...*, op. cit., p. 71

la historia, nunca se le podrá, ni debería, considerar una verdadera ciencia. Y ésta sea, tal vez, la condición más afortunada que podría haber ocurrido.

En el último apartado de su libro, Kuhn indaga acerca de la naturaleza del progreso científico y su aparente, al menos en comparación, vertiginosa velocidad. Literalmente se pregunta “¿Progresan un campo debido a que es una ciencia o es una ciencia debido a que progresa?” Si bien la pregunta queda explícitamente sin respuesta, consideramos que la opinión general de Kuhn sería inclinarse por la segunda posibilidad, pues señala que “parte de la respuesta al problema del progreso se encuentra simplemente *en el ojo del espectador*, el progreso científico no es de un tipo diferente al progreso en otros campos; pero la ausencia [...] de escuelas competidoras que se cuestionen recíprocamente propósitos y normas, hace que el progreso de una comunidad científica normal, se perciba en mayor facilidad.”¹⁶⁶ Entendemos, pues, que es debido a que hay una cantidad considerable de presupuestos comunes para los miembros de una comunidad científica lo que les permite “avanzar” más eficientemente. Deseamos explícitamente resaltar aquí la importancia cardinal de la noción de *consenso* para a) sustentar la noción de científicidad de un campo dado y b) sustentar la noción de progreso para los desarrollos dentro de un campo particular. Desde esta perspectiva, en que la objetividad y la veracidad del discurso científico se exhiben en su carácter jerárquico-patriarcal (arbitrario y autoritario), nos damos cuenta que el status de científicidad no tiene mucho de envidiable y, por lo que respecta a la posibilidad de generar conocimiento, tampoco de *imprescindible*.

Sobre esta cuestión es necesario realizar una aclaración. Ciertamente no negamos que la verdad que puede producir el discurso científico tiene férreos y, más importante aún, valiosos fundamentos que la sustentan. Pero queremos llamar la

¹⁶⁶ Kuhn, *La estructura...*, op. cit. p. 252. Las cursivas son nuestras.

atención a los mecanismos con que esta verdad es producida, los discursos de los que se apropia, las perspectivas que excluye. Para comenzar a abordar el siguiente apartado debemos revisar una afirmación de Michel Foucault sobre esta cuestión.

Si uno se sitúa al nivel de una proposición, en el interior de un discurso, la separación entre lo verdadero y lo falso no es ni arbitraria, ni modificable, ni institucional, ni violenta. Pero si uno se sitúa en otra escala, si se plantea la cuestión de saber cuál ha sido y cuál es constantemente, a través de nuestros discursos, esa voluntad de verdad que ha atravesado tantos siglos de nuestra historia, o cuál es en su forma general el tipo de separación que rige nuestra voluntad de saber, es entonces, quizás, cuando se ve dibujarse algo así como un sistema de exclusión (sistema histórico, modificable, institucionalmente coactivo).¹⁶⁷

Y así demostró qué sucede Thomas Kuhn. Lo valioso de su aporte y revolucionario de su teoría era la historización que realizó de la praxis científica.

3.1.4 Michel Foucault y la noción de discurso.

(3.1.4.1 Luis Villoro y Enrique Florescano en *Historia, ¿para qué?*)

Introducir a Foucault y la noción de discurso se vuelve imprescindible para lo que aquí nos atañe, pues nos encontramos ante una disyuntiva problemática. Por un lado, decir que el discurso histórico es un discurso puede sonar un poco redundante o, por el otro, peor aún, simplista. Por lo que entiende específicamente Foucault por discurso se podría señalar que casi todo es un discurso, y que tratar de definir así a la historia resulta demasiado vago y muy poco ilustrativo. Pero nosotros afirmamos que no es así.

¹⁶⁷ Michel Foucault, *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1980, 15-16.

El discurso histórico es, y ha sido siempre, un doble discurso; (o más claramente) esto es, ha sido siempre un discurso, a la vez, en dos sentidos distintos. Por un lado, de manera general (y excluyendo la sustitución popular de Historia por pasado), nadie puede discutir que la Historia es, y ha sido siempre, una práctica discursiva que busca producir enunciados veraces acerca del pasado, del ser humano y del mundo. Por otro lado también es innegable (a menos que se argumente contra un cínico, o un ingenuo) que la Historia es, y ha sido siempre, un discurso en el sentido expresado por Foucault, en el entendido de que “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse.”¹⁶⁸

Sin embargo, esta aclaración no deja de ser problemática pues pareciera que no podemos abstenernos de enunciar una definición extremadamente general de la Historia. Queremos, en especial, abstenernos de “reducir” la historia al status de disciplina; por más conveniente que esto pudiera resultar, pues nos ayudaría a concretar y especificar nuestra definición. Estamos renuentes a hacerlo porque esto conlleva más problemas de los que resuelve. El término disciplina tiene el inconveniente de contener una fuerte carga ideológica dentro del debate que hemos estado analizando, pero en el sentido opuesto a lo que aquí hemos tratado de señalar. Esto es, hablar de disciplina generalmente nos remite a una actividad de carácter menor o de grado inferior (con respecto a la ciencia). Es un término problemático por la carga despectiva que conlleva y ha sido tradicionalmente implementado en lo que sería lo opuesto a nuestros objetivos presentes, pues generalmente se habla, respecto a la “cientifización” de la Historia, de que ésta se había “elevado” de su estatuto de disciplina para convertirse en una verdadera ciencia.

¹⁶⁸ Foucault, *El orden...*, op. cit., p. 12

Nuevamente, sin embargo, esto no tendría por qué ser así. De entrada Michel Foucault no define a las ciencias de otra manera que como disciplinas (en el sentido de que estas últimas son mecanismos de control del discurso), ya que con ese término designa tanto a la medicina como a la botánica,¹⁶⁹ ambas *disciplinas* tradicionalmente poseedoras del carácter incuestionable de cientificidad. Es así que debemos entender que no es *más* una ciencia que una disciplina y que el prestigio de ese status se remite, antes que a una cualidad intrínseca, a la noción de consenso que ya habíamos señalado con anterioridad; en la medida en que afecta la praxis humana, en la medida en que ostenta el poder que le brinda el orden del discurso.

Pero aún debemos defender que la implementación del término discurso para definir a la disciplina histórica no es, como ya hemos dicho, demasiado general y difusa. No deseamos afirmar que la disciplina histórica sea el único discurso posible o legítimo, o que sea más discurso que otras disciplinas o prácticas humanas (como la economía, la política o la religión); tampoco queremos alegar que la concepción de discurso sea omniabarcante e invalide la veracidad de las aseveraciones del discurso histórico. Lo que intentamos manifestar mediante el uso del término es que el carácter *discursivo* del discurso histórico es especial en lo que respecta a su relación con el poder y el deseo; ambas características esenciales de la noción de discurso.

Regresando a un nivel general, antes que disciplina el discurso histórico podría considerarse una actividad humana (lo mismo que la ciencia o el arte, pero también la política, la filosofía o la religión) que de manera especial y específica posee este carácter eminentemente discursivo. El recordar y el narrar son parte de la naturaleza humana (y toda la “disciplinización” del mundo no va a cambiar eso, si acaso, va a delimitarlo). Son la manifestación latente del deseo y patente del poder. La memoria y

¹⁶⁹ *Op. cit.*, p. 28

la historia; el deseo de escapar del olvido, es un tema importante pero sobre el que no podemos permitirnos profundizar ahora, habrá que conformarse con señalarlo por el momento. La relación de la historia con el poder, sin embargo, merece aquí un espacio particular puesto que las consideraciones pertinentes nos permiten entender por qué la historia debe considerarse específicamente como un discurso.

La relación que mencionamos es de vital importancia por dos razones, una de carácter formal y la otra de carácter práctico. A diferencia de muchas otras prácticas humanas que igualmente pueden considerarse legítimamente como discurso, la historia ostenta además un carácter magistral. Esto es notable, ya que la disciplina histórica, en su papel didáctico de enseñanza, y en la medida en que éste es implementado sistemáticamente por los gobiernos, resulta de gran relevancia (y de carácter formal) para sustentar su adecuación específica a la noción de discurso, puesto que incluye, más que otros posibles discursos, todos los diferentes tipos de exclusión que enumera Foucault al preguntarse “¿Qué es, después de todo, un sistema de enseñanza, sino una ritualización del habla; sino una cualificación y una fijación de las funciones para los sujetos que hablan; sino la constitución de un grupo doctrinal cuando menos difuso; sino una distribución y una adecuación del discurso con sus poderes y saberes?”¹⁷⁰ Y la respuesta nos la adelanta, pues desde antes ya había señalado que “todo sistema de educación es una forma política de mantener o de modificar la adecuación de los discursos, con los saberes y los poderes que implican.”¹⁷¹

Para evidenciar ese carácter práctico del discurso histórico basta observar un libro de historiografía general... para luego contrastarlo con la historia de las prácticas sociales del uso de tal discurso. Cuando uno revisa un libro de historiografía general se encuentra con una historia de la escritura de la historia y no sólo con un tratado sobre

¹⁷⁰ *Ibíd.*, p. 38

¹⁷¹ *Ibíd.*, p. 37

este mismo tema, no deja de ser un libro de historia aunque su objetivo no sea contar la historia de los pueblos, gobiernos, etc., pues versa sobre la historia de la escritura de la historia, sus “grandes hombres” y “grandes acontecimientos” no son aquellos de la política, la economía, la religión, etc., sino personas que son identificadas con corrientes y conceptos (como San Agustín y la idea de tiempo o Ranke y el historicismo); con diferentes definiciones del hecho histórico a través del tiempo. Pese al auge en los últimos años de historias subalternas que cuestionan ese viejo paradigma que acabamos de señalar, aun falta que en la historiografía se adopte una postura similar. Todavía los libros y los cursos de historiografía llegan a presentar un sentido teleológico, tal vez como resabio de esa pretensión de cientificidad a la que nos hemos estado refiriendo. Sea cual fuere el caso, la verdad es que si comparamos, como hemos sugerido, toda la teoría o la autoconciencia que la historia ha tenido a lo largo del tiempo y a lo ancho del espacio para definirse a sí misma, su objeto de estudio y los medios para alcanzar sus objetivos, con los usos sociales y políticos que simultáneamente a ese desarrollo teórico han acaecido en las sociedades humanas, nos damos cuenta que uno ha cambiado mucho, siempre mutable y a veces presentado como reacción a lo previamente establecido, mientras que el otro ha permanecido básicamente igual, constante e inmutable a lo largo del tiempo.

La Historia sirve, ha servido, al poder. Eso ya a nadie debería sorprenderle partiendo, por lo menos, de lo que hemos revisado hasta ahora de Foucault. Dos prominentes teóricos mexicanos, Luis Villoro y Enrique Florescano, se preguntaron acerca de esta función en los ensayos aparecidos en el libro *Historia ¿Para qué?*¹⁷² Ahí Florescano afirma que “en todo tiempo y lugar la recuperación del pasado, antes que científica, ha sido primordialmente política: una incorporación intencionada y selectiva

¹⁷² Carlos Pereyra, Luis Villoro, et al., *Historia ¿Para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, 254 pp.

del pasado lejano e inmediato, adecuada a los intereses del presente para juntos modelarlo y obrar sobre el porvenir.”¹⁷³ Mientras Villoro, por su parte, habla del uso de la historia con un ejemplo concreto y señala que “al hacer comprensibles los lazos que unen a una colectividad, la historia promueve actitudes positivas hacia ella y ayuda a consolidarlas. La historia ha sido, de hecho, después del mito, una de las formas culturales que más se han utilizado para justificar instituciones, creencias y propósitos comunitarios que prestan cohesión a grupos, clases, nacionalidades, imperios.”¹⁷⁴ En sus ensayos ambos autores tratan de indagar la razón por la cual el conocer el precedente del presente parece siempre legitimarlo, por qué el proceso de explicar parece siempre justificar. Ambos dan sus respuestas. Florescano afirma que la solución radica en una confrontación ideológica explícita dentro del campo histórico, pues “organizar científicamente el trabajo del historiador quiere decir también dominar el sistema productivo que lo hace posible [...] politizar la investigación a través de la participación representativa y democrática de quienes la realizan es pues un requisito indispensable para el desarrollo de una ciencia social verdaderamente integrada en la pluralidad social que la produce.”¹⁷⁵ Villoro va un paso más adelante y señala que si bien la ilusión de justificación que aporta el dilucidar el devenir debe siempre mostrarnos que las cosas llegaron a ser como son debido a actos y sucesos particulares, antes que dados, esto lógicamente implica que siempre podemos cambiar las cosas que vemos presentes en nuestra realidad social.¹⁷⁶ De manera que el discurso histórico puede ser concebido como una *espada de doble filo* (para usar una metáfora) en forma de discurso al servicio del poder, incluso cuando éste está en contienda. La posición de Villoro se adelanta a la de Florescano en la medida en que insta a una actitud crítica,

¹⁷³ Enrique Florescano, “De la memoria del poder a la historia como explicación”, *Historia...*, *op. cit.* p. 93

¹⁷⁴ Luis Villoro, “El sentido de la historia,” *Historia...*, *op. cit.* p. 44

¹⁷⁵ Florescano, “De la memoria...”, *op. cit.* p. 127

¹⁷⁶ Villoro, “El sentido...”, *op. cit.* p. 35-52

realmente crítica, pues no está restringida al ejercicio del poder vigente. No presupone grupos preestablecidos sino que deja abierta la posibilidad para que de donde quiera que pueda provenir la crítica ésta *pueda* verdaderamente advenir.

3.1.5 Conclusión.

Estas son las consideraciones que nos han llevado a afirmar que la historia es un doble discurso, antes que una ciencia o un arte, y un discurso que sólo puede ser concebido a partir de la auto-referencia. No puede ser subsumido en ninguna de las otras dos prácticas que, en sí, también se conciben a partir de la auto-referencia. La Historia es sencillamente Historia; no puede ser simplemente una ciencia, en la misma medida en que no puede ser simplemente un arte, sólo por compartir características particulares con una y otra como son tanto el proceder mimético del arte como la pretensión de verdad –correspondencia con la realidad– de la ciencia (y debemos aprovechar para aclarar que la pretensión de verdad es una pretensión de carácter epistemológico mientras que las pretensiones de veracidad y de verosimilitud tienen un carácter ético/moral y retórico, respectivamente.)

Esto nos deja en el principio. Contemplando ese “lugar neutral” entre ciencia y arte que Hayden White cuestiona desde muy al inicio. Sin embargo consideramos que la noción de discurso, al final, enunciada por White,¹⁷⁷ nos permite hacer justicia a ese reclamo de responsabilidad para ocupar ese lugar que le corresponde a la historia de manera legítima y necesaria, pero asimismo irrenunciable.

La noción de discurso nos permite, también y finalmente, mantener una actitud crítica y responsable hacia la pretensión de verdad señalada por Foucault; la cual

¹⁷⁷ Hayden White, conferencia Columbia 2005

sin embargo, es de [...] la que menos se habla. Como si para nosotros la voluntad de verdad y sus peripecias estuviesen enmascaradas por la verdad misma en su necesario despliegue. Y la razón puede que sea ésta: que si el discurso verdadero no es ya más, en efecto, desde los griegos, el que responde al deseo o el que ejerce el poder; en la voluntad de verdad, en la voluntad de decir, ese discurso verdadero ¿qué es por tanto lo que está en juego sino el deseo y el poder? El discurso verdadero, que la necesidad de su forma exime del deseo y libera del poder, no puede reconocer la voluntad de verdad que le atraviesa; y la voluntad, ésa que se nos ha impuesto desde hace mucho tiempo, es de tal manera que la verdad que quiere no puede no enmascararla.

Comprender esta noción de discurso, de doble discurso, nos permite estar siempre alertas y en plena sintonía con Hayden White, pues en sí misma constituye simplemente algo por lo que él siempre ha abogado: un nivel más elevado de conciencia.

3.2 Sobre el relativismo y de la posible negación de la Shoah.

“Just when I thought I was out, they pulled me back in”

—Michael Corleone.

Las consideraciones del debate anterior pueden tomarse como las causas del debate que abordaremos en este apartado. Hemos visto que una de las mayores críticas que White ha recibido a lo largo de su carrera ha sido respecto a su supuesto relativismo. White ha defendido que su relativismo es de carácter responsable y que mantiene una actitud irónica que sustenta y postula al escepticismo académico como la actitud más adecuada para enfrentarse a la diversidad y pluralidad de las diferentes perspectivas acerca del pasado. White afirmó en algún momento que sólo un criterio moral o estético permitiría

distinguir entre *diferentes* narrativas que versasen sobre *los mismos* hechos. A él le interesaba resaltar la parte de ficción que tiene todo discurso histórico; buscar qué nos podía decir la forma de los discursos sobre el contenido que podían presentar. Para esto buscó negar el carácter de cientificidad del discurso histórico y así fue que lo acusaron de haber sido quien formalmente (o al menos, más eficientemente) borró la línea entre verdad y ficción. Con estas implicaciones, numerosos autores presentaron críticas y objeciones; en especial en lo que respecta a acontecimientos “en el límite” (tanto de nociones como de explicación, comprensión o representación), cuya naturaleza de carácter extremo e implicaciones polémicas vuelven, aparentemente, muy problemática la perspectiva de White cuando es aplicada a ellas. A continuación trataremos de abordar estas cuestiones.

3.2.1 Relativismo, Representación y Trauma.

La noción de “acontecimiento en el límite” nos refiere a eventos de naturaleza ignominiosa que presentan dificultades para su asimilación, independientemente del carácter de ésta (sea científico, hermenéutico, etc.) La razón por la que esto se vuelve problemático tiene que ver con la pretensión de verdad y objetividad que tiene el discurso histórico. El contar las cosas “como realmente sucedieron” se vuelve problemático cuando se habla de aquello que no puede ser nombrado. Al menos no sin temor de perder algo en el proceso.

Un hombre adulto sufrió una experiencia traumática. De niño presencié cómo su padre fue quemado vivo. Ahora el hombre es incapaz de articular palabra al respecto. Pese a que el hecho en sí mismo se resume sencillamente como acabamos de hacerlo, es necesario preguntarse hasta qué punto la objetividad que pudiésemos alcanzar

verdaderamente nos permite explicar o comprender o representar, hacer justicia, a la cosa “como realmente sucedió.”

Aparentemente muchas problemáticas se desatan cuando se le da cabida al relativismo. Por un lado, cuando se habla de crimen e injusticia, se vuelve imperativo mantener la esperanza de que exista la posibilidad de verdad objetiva o, mejor aún, absoluta. Sin embargo, cuando la naturaleza del hecho dificulta, al grado prácticamente de anular la empatía, sea por su carácter ajeno y terrible o por que confronta dos perspectivas irreconciliables, como víctima/perpetrador, tal pretensión se vuelve problemática.

Lara Okihiro, a quien ya revisamos en el capítulo anterior, explora la naturaleza del trauma y la dificultad que conlleva para la representación histórica. Partiendo de la noción de Freud de que la “experiencia traumática se encuentra ligada directamente con la incapacidad de la persona para registrar el evento,”¹⁷⁸ señala con respecto a la representación histórica del bombardeo de las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki: “representar lo que sucedió es difícil porque la experiencia y destrucción que resultó de las bombas desafía la comprensión misma. [...] el evento estaba tan alejado de las maneras habituales de comprender el mundo y las propias experiencias que eludió los medios de recepción y comprensión disponibles para los sobrevivientes.”¹⁷⁹

En general cualquier construcción (o incluso re-construcción) histórica implica un filtro. Ya hemos visto que para White la interpretación no es un componente que se pueda eliminar del discurso histórico, ya que se encuentra incluso en dos niveles; pues tanto entra en juego para definir y constituir la noción de hecho, como para posteriormente, de una serie de hechos elegir los que son más relevantes para narrar una historia. Todos estos procesos implican un distanciamiento entre el hecho y la

¹⁷⁸ Okihiro, “Divergence and Confluence...”, *Tropes...*, *op. cit.*, p. 169

¹⁷⁹ *Op. cit.*, p. 168-169

representación que de él construimos, y entre mayor sea la distancia más problemas habrá para la transmisión de significado. Okihiro ofrece la metáfora de la traductora para ilustrar esta cuestión. “La traductora, como cualquiera que está involucrado en hacer cosas extrañas (otros lenguajes u otras experiencias) claras y evidentes a su audiencia, asigna a una cosa rasgos y características que tienen sentido para su audiencia pero que fallan en revelar o contener la realidad de un evento en su totalidad.”¹⁸⁰

La puerta para la diversidad y la pluralidad de interpretaciones posibles parece, entonces, irremediabilmente abierta; y entre estas posibilidades se abre paso, por alguna razón, la del espectro del negacionismo. La idea de que se puede sostener, desde la perspectiva de que dos narrativas sobre el mismo evento no tienen que ser, necesariamente, mutuamente excluyentes; o que ningún acontecimiento es intrínsecamente trágico, cómico, etc.; que el Holocausto o, más adecuadamente, la Shoah¹⁸¹ nunca tuvo lugar, parece tener entonces un vínculo con las ideas expresadas por White.

Un debate en particular ilustra esta cuestión. El libro *Probing the limits of representation* de Saul Friedlander contiene dos textos que corresponden a una discusión (que posteriormente daría pie al libro mismo) que hubo entre Hayden White y Carlo Ginzburg durante el debate sobre “Historia, Evento y Discurso”, en un congreso de 1989. En el siguiente apartado revisaremos este debate y exploraremos algunas de sus implicaciones.

¹⁸⁰ *Ibíd.*, p. 168

¹⁸¹ Holocausto significando literalmente “sacrificio” se ha vuelto un término inapropiado para referirse a la exterminación de seis millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial en los campos de concentración creados por la Alemania nazi.

3.2.2 Debate: Hayden White vs. Carlo Ginzburg.

(Respuesta de Martin Jay.)

En su texto titulado “Historical Emplotment and the Problem of Truth”, White aborda el problema del tramado de la verdad histórica. White ya había señalado que ningún hecho o acontecimiento es intrínsecamente trágico. En este ensayo se pregunta si se puede decir que el tramado particular de una representación dada puede dar constancia de su precisión factual,¹⁸² en otras palabras, si podemos hablar de un tramado que fuese más eficiente que otro para representar la realidad de los hechos.

A este respecto, White hace un comentario bastante provocativo con la intención aparente de dejar abierta la posibilidad de consideraciones posteriores. Señala que “podemos creer con seguridad que los hechos de la cuestión marcan límites en los tipos de relatos que pueden ser propiamente (tanto veraz como apropiadamente) contados sobre ellos solamente si creemos que los eventos mismos poseen una forma como de ‘relato’ y un significado como de ‘trama’.”¹⁸³ De manera que insinúa que la aceptación de un relato como *verdadero* tendría que necesariamente implicar una valoración o toma de postura respecto a la noción de narrativa y narrativización. Queda latente por tanto la cuestión de la relación entre el tramado y la verdad.

Posteriormente White dirige su atención a otras cuestiones. Comienza a tratar de esbozar la posibilidad de un diferente discurso o voz narrativa que no sea ni subjetiva ni objetiva. Para esto se remite a los planteamientos de Berel Lang y Roland Barthes, y esboza la posibilidad de una suerte de “escritura intransitiva”, que no sea una “voz activa” o “voz pasiva” sino algo así como una “voz media,” que no permita el

¹⁸² Hayden White, “Historical emplotment and the problem of truth”, Saul Friedlander, *Probing the limits of representation*, Harvard University Press, 1992, p. 38

¹⁸³ White, “Historical emplotment...”, *op. cit.*, p. 39

distanciamiento que tanto la visión objetivista como la subjetivista imponen y con el que distorsionan el discurso histórico.¹⁸⁴

Lo anterior es planteado por White con miras a hablar de la posibilidad de una representación verdaderamente “realista” de la realidad. Plantea introducir el recurso modernista de la escritura intransitiva para señalar la inadecuación del realismo para representar acontecimientos como la Shoah. La propuesta de White es aquí, en esencia, lo mismo que le plantearía a Arthur Marwick al señalar que el estilo literario romántico o el realista son insuficientes para narrar los hechos límite que hay en la modernidad, como el Holocausto, y que requiere un tipo de escritura literaria modernista, como el estilo de Proust, Woolf o Joyce, llamada “intransitiva,” que implica un proceso de identificación del autor con su obra en vez de considerarse externo.¹⁸⁵ Señala finalmente, volviendo a la discusión con Ginzburg, que sería necesario “no renunciar al esfuerzo de representar de manera realista el Holocausto, sino revisar nuestra noción de lo que constituye una representación realista para que pueda tomar en consideración experiencias que son únicas de nuestro siglo y para las cuales viejas formas de representación se han probado inadecuadas.”¹⁸⁶

El texto de Carlo Ginzburg, “Just One Witness,” es la contraparte del debate que aquí estamos analizando. En él, Ginzburg comienza hablando de una tradición jurídica que requiere a un testimonio ser respaldado por otro similar para tener validez; en la formulación “*testis unus, testis nullus*.” Posteriormente relaciona este caso con la problemática que hemos visto sobre el problema de la historia y la verdad.

Este es un tema importante para Ginzburg debido a que él también concibe al Holocausto como un acontecimiento en los límites. Para hablar de esto cita un ensayo de Pierre Vidal-Naquet donde se critica la tesis revisionista de Robert Faurisson con la

¹⁸⁴ *Op. cit.*, p. 43-49

¹⁸⁵ White, “Response to Marwick...”, *op. cit.*, p. 89-91

¹⁸⁶ White, “Historical Emplotment...”, *op. cit.*, p. 52

que niega la existencia de los campos de concentración. La intención de Ginzburg es reclamar la existencia de una realidad intrínseca a la que debe ser posible hacer referencia; pues si no, se pregunta, “¿cómo podríamos marcar la diferencia entre ficción y realidad?”¹⁸⁷ Posteriormente dirige su planteamiento a una crítica a Hayden White en la medida en que lo reconoce como una de las figuras que han contribuido a “borrar” esta distinción.

Para hacer esta crítica Ginzburg realiza un análisis del desarrollo intelectual de White y rastrea el origen de la supuesta negación de los hechos “reales” en la influencia de la tradición neo-idealista italiana con Croce y Gentile. Es curioso el hecho de que Ginzburg señale la influencia de Gentile y la consecuencia de arbitrariedad del fascismo que ésta tiene para la obra de White cuando, por otro lado, señala también que son precisamente las tendencias liberales de White las que hacen que éste rechace la idea de realidad al considerarla como un concepto conservador.¹⁸⁸ Añade a la crítica el comentario de que el escepticismo responsable que White defiende como una fuente de tolerancia es inadecuado, pues afirma que cuando “las diferencias morales y teóricas no se encuentran en última instancia relacionadas con la verdad, no hay nada que tolerar”.¹⁸⁹

Es necesario señalar que White en ningún momento ha citado textualmente a Gentile. La insinuación de Ginzburg de que ahí se encuentra parte de la génesis de su pensamiento se siente un tanto subjetiva y forzada; como alimentada por el prejuicio. En general consideramos que Ginzburg no alcanza, como muchos otros, a comprender que White no es su enemigo. De hecho, creemos que White mismo estaría de acuerdo con la última cita que tomamos de Ginzburg, pues ahí radica la cuestión de la responsabilidad del relativismo de White. Sus planteamientos no dan entrada a la negación de la Shoah,

¹⁸⁷ Carlo Ginzburg, “Just one witness”, en Saul Friedlander, *Probing the limits...*, op. cit., p. 86

¹⁸⁸ Op. cit., p. 91

¹⁸⁹ *Ibíd.*, p. 93-94

puesto que presupone que toda narrativa histórica, y toda diferencia entre ésta y otras igualmente legítimas, se encuentran en última instancia relacionadas, precisamente, con la verdad.

En el libro de Friedlander existe, además, un texto titulado “Of Plots, Witnesses, and Judgments,” cuyo autor es Martin Jay. Su tema central son los postulados de los textos de White y Ginzburg. Realiza una crítica tanto de los planteamientos de ambos y posteriormente añade una propuesta para resolver el problema.

Después de hacer una breve revisión del planteamiento de White sobre el lugar de la interpretación en la narrativa histórica, cuando señala el significado que tienen los hechos critica la concepción de White de que las series de hechos carecen de una interpretación en sí mismas. Además, critica a White la salida que da en su ensayo al buscar esa “voz media” y evadir la problemática en general. Paradójicamente señala Jay que su crítica a White no es por haber ido demasiado lejos, sino por no ir tan lejos como debería.

Por otro lado, varias y variadas son las críticas que Jay hace al planteamiento de Ginzburg. En primer lugar se pregunta acerca de la forma en que Ginzburg pretendería “salvar la distancia entre las narrativas remembradas y preservadas de los testigos y las reconstrucciones históricas que creamos nosotros a partir de ellas.”¹⁹⁰ También habla acerca de la cuestión de los hechos particulares e innegables, que se complica cuando uno pretende moverse del nivel micro al macro en cuestiones históricas (o como diría White, la interpretación forzosa que implica el hablar de un sentido general del acontecimiento sin negar sus aspectos particulares). Básicamente Jay pretende mostrar que la crítica de Ginzburg no logra, al menos epistemológicamente, resolver la

¹⁹⁰ Martin Jay, “Of Plots, Witnesses, and Judgments”, en Saul Friedlander, *Probing the limits...*, op. cit., p. 103

problemática de la verdad y la narrativa histórica, sino más bien afianzarla como un problema cuya complejidad es proporcional a la necesidad que existe de resolverlo.

Finalmente la propuesta de Jay resulta por demás interesante. Señala el autor que uno no debe enfocarse y llevar al extremo ninguna de las dos posturas planteadas por White y Ginzburg, sino más bien centrarse en la tensión latente que existe entre ambas; ya que “siempre habrá una inevitable tensión entre el primer orden de narrativas de las víctimas, que se presenta de forma un tanto incoherente debido a la ininteligibilidad fundamental de lo que les sucedió, y el segundo orden narrativo del historiador que trata, pese a todo, de sacar sentido de la experiencia de las víctimas y las estructuras ocultas bajo ésta.”¹⁹¹

Un cuestionamiento importante que plantea Jay a Ginzburg ocurre cuando se pregunta qué ocurriría si el único testigo que se tomase en cuenta (ante la pretensión de Ginzburg de justicia y respeto a la verdad en que, así quede sólo una víctima, el testimonio merece ser escuchado y recordado) fuese algún miembro del partido nazi. Incluso si esto fuera así, estaría señalando Jay, si los nazis hubieran tenido éxito, si se hubiera aniquilado completamente todo rastro del crimen y las víctimas, la pretensión de verdad y de justicia no sería menos legítima y pertinente, sino más aún. Con esto Jay nos insta a reflexionar que “la ‘Historia’ no se constituye por un solo historiador tramando el pasado; sino por la institución de diversos historiadores tratando de convencerse unos a otros de la plausibilidad de sus reconstrucciones. No es tanto una imposición subjetiva de significado; sino un juicio intersubjetivo de los significados que importan.”¹⁹²

Aquí se encuentra presente la tensión que señalaba Jay, y se encuentra también resumida su propuesta, pues el discurso histórico no es, o por lo menos no puede ni

¹⁹¹ *Op. cit.*, p. 104

¹⁹² *Ibíd.*, p. 105

debe ser, ni una imposición objetiva autoritaria ni un consenso subjetivo arbitrario. Ahí entre esos dos puntos extremos, entre conocer las cosas tal y como fueron y llegar a un acuerdo entre los participantes del debate, es que se encuentra contenida la tarea del discurso histórico.

Esto es lo que tendría que tener presente, según Jay, tanto Ginzburg como White. La objetividad total y absoluta es imposible, la subjetividad impresa en el discurso histórico es inevitable, pero no carece de límites. Es en la intersubjetividad que esto se resuelve. Jay introduce aquí, y nosotros buscamos resaltar nuevamente la noción de consenso para resolver esta problemática, en un consenso respetuoso de la intersubjetividad es que se debe librar la batalla por que prevalezca la justicia y la verdad. Es así que debemos comprender el carácter inagotable de la empresa histórica. Nunca podemos bajar la guardia.

3.2.3 Revisionismo histórico.

(Revisionismo mexicano, el caso de Iturbide.)

Antes de continuar con este desarrollo debemos detenernos un poco para tratar de poner las cosas en perspectiva. Nos encontramos ahora a la mitad de un debate mucho más grande y complejo del cual la discusión White/Ginzburg no es más que una pequeña parte. Deseamos resaltar y reflexionar sobre algunas posturas que surgen a raíz del relativismo y el postmodernismo.

Una es el revisionismo y la otra el negacionismo. En general, el concepto de revisionismo se refiere a toda revaloración o reinterpretación de las consideraciones generales en un ámbito particular acerca de un tema en particular. Existen movimientos que buscan cuestionar, matizar o corregir el significado asociado a eventos y hechos

históricos como puede ser la revolución francesa o la conquista de México. Este tipo de revisión ha existido, además, a lo largo del tiempo en diferentes lugares. El régimen del México independiente re-significó, respecto del previo régimen virreinal, todo el proceso de colonia y re-valorizó y exaltó al México prehispánico, al menos en el discurso, como su génesis legitimadora y justificadora.

Más allá de este caso, en los últimos años ha surgido un tipo especial de revisionismo sobre la Shoah, a la par de un revisionismo más *standard*. Estamos hablando del negacionismo. Este tipo de postura es la que originó la reacción tan exaltada y visceral que hemos visto en Ginzburg. Pier Paolo Poggio señala que

El negacionismo entra en escena a partir de finales de la década de 1970, en el marco del revisionismo histórico. Crece con él, se nutre del mismo patrimonio político-cultural, exalta el revisionismo como consigna y lo lleva al extremo: ya no hay hechos evidentes, todo es construido y artificial, una mistificación. Pero mientras el deconstruccionismo mantiene una actitud irónica con respecto al descubrimiento de la verdad histórica, el revisionismo negacionista, fundamentalmente gnóstico, está seguro de poseerla: por lo tanto, puede divulgarla a sus seguidores imitando el método clásico de investigación empírica.¹⁹³

La problemática básica consiste en la disyuntiva en la que se encuentra el discurso histórico ante la necesidad de, por un lado, historizar la Shoah corriendo el riesgo de relativizarla y banalizar todo el evento reduciéndolo a uno más en la larga lista de las atrocidades cometidas por el hombre y, por el otro, reconocer su unicidad absoluta y, por ende, la incapacidad de comprensión y asimilación; dando pie, paradójicamente, a la relativización e incluso la posible negación del evento en su totalidad.

¹⁹³ Pier Paolo Poggio, *Nazismo y revisionismo histórico*, Madrid, Akal, 2006, p. 89

La posible negación de la Shoah no obedece simplemente a intereses particulares sino que puede ser desarrollada como una manera de lidiar con el trauma provocado por el suceso a escala global en un sentido pragmático-político como explica Poggio al señalar que “la amplitud del trauma ha alimentado, no sólo en Alemania, varias estrategias de remoción, a partir de la desarrollada por el revisionismo negacionista, que creer poder resolver el problema de raíz haciendo desaparecer el exterminio y, sobre todo, el denominado Holocausto de los judíos.”¹⁹⁴ La problemática para lidiar y resolver la cuestión que representa Auschwitz en tanto que acontecimiento en el límite no es fácil de resolver.

Una dimensión que no es posible ignorar acerca del surgimiento del negacionismo, sin embargo, es la del carácter político-ideológico. El papel que el antisemitismo y el antisionismo juegan en la búsqueda de la negación de la Shoah cobra importancia cuando se analizan los discursos en los que se considera al sionismo, y su agenda de la creación y legitimación del estado de Israel, como una síntesis del nacionalismo, colonialismo y racismo de occidente. “Los negacionistas de derechas y de izquierdas encuentran en el antisemitismo la única forma permanente de anticapitalismo, [...] los judíos son el capitalismo y el nazismo fue el único que intentó combatirlo de verdad, atacando a quienes difundían su espíritu; en cambio la izquierda ha llegado a acuerdos y ha abandonado la lucha.”¹⁹⁵

Esta dimensión política tiene que recibir especial atención considerando que el revisionismo de la Shoah es el único donde se da el caso en que la discusión se centra en negar la existencia de los hechos, en la versión más extrema del negacionismo, en vez de dirigirse a discutir el significado que estos tuvieron. Como ejemplo podemos observar el señalamiento de Okihiro que ya hemos revisado en el capítulo anterior

¹⁹⁴ Poggio, *Nazismo...*, *op. cit.* p. 23

¹⁹⁵ *Op. cit.* p. 84

acerca de las dos versiones sobre el bombardeo de Hiroshima en las que una señala que fue la primera vez que la bomba se usó en periodo de guerra y la otra afirma que fue la primera vez que la bomba fue utilizada contra población civil. Ninguno de los dos planteamientos busca negar la existencia del hecho, pero es clara la manera en que uno trata de desviar la atención de las consecuencias nefastas del hecho y banalizarlo de alguna manera. El movimiento revisionista de la revolución francesa no busca negar que la Bastilla haya sido tomada o que Robespierre hizo decapitar a muchísimas personas, sino que busca re-significar el sentido que se le ha dado tradicionalmente a todo el movimiento revolucionario. Otro ejemplo podría ser con la figura de Agustín de Iturbide en el caso mexicano. Tradicionalmente la historiografía mexicana le ha negado un lugar entre los héroes de la revolución de independencia pero siempre ha habido un sector de la población, de corte ideológico de derecha, que ha resentido esto como una injusticia y ha abogado por una revisión de ese sentido. Ahora, con el advenimiento de un gobierno de derecha al poder cada vez son más constantes las instancias en que se busca re-significar la figura de Iturbide, sin embargo, nadie en realidad busca negar que Iturbide fue quien técnicamente consumó la independencia con el plan de Iguala y que además pretendió oportunistamente coronarse emperador de México. La diferencia en todos estos planteamientos radica sobre cuestiones estéticas o morales antes que sobre cuestiones verídicas, pues ninguno, a diferencia del revisionismo negacionista de la Shoah, niega la existencia de los hechos sobre los cuales hace una interpretación.

Tomando lo que hemos visto en este apartado queremos concluir que el planteamiento de Hayden White no puede legítimamente ser concebido como un planteamiento que permite o da cabida a la posibilidad de negación del genocidio de judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en el siguiente apartado habremos de finalizar estas consideraciones desarrollando un poco más en este sentido.

3.2.4 Conclusión.

Hasta aquí hemos revisado algunos puntos con respecto al debate general sobre la forma en que el relativismo puede permitir la negación de la Shoah y el papel de Hayden White dentro de ese debate. Confiamos en que sea evidente que éste es un debate cuya resolución no deja de ser compleja y que requiere pensamiento más allá del que podemos dedicarle aquí. Ciertamente, no podemos pretender llegar a una conclusión definitiva pero consideramos que, sí hay algunas reflexiones que podemos aquí plantear que se sustentan en el *corpus* del trabajo presente.

No resulta disparatado considerar que la participación de Hayden White en el debate fue algo menos que fortuita pero no en razón de su intención particular. Aquel que deseó introducir a White en el debate como un oponente que estaba en contra de la posibilidad de verdad, objetividad y certidumbre sólo pudo hacerlo a partir de una interpretación errada de sus postulados. Ciertamente Hayden White dijo algo en las líneas de que sólo podemos distinguir entre dos narrativas históricas que versan sobre *los mismos* hechos a partir de criterios estéticos o morales, pero esto no quiere decir que no apliquen los criterios epistémicos, esto quiere decir simple y sencillamente (al grado de que uno no puede evitar cuestionarse sobre la pertinencia, dada la simplicidad, de esta afirmación) que *presuponiendo* esos criterios epistémicos, es decir que el historiador realizó una investigación honesta, etc., como una base común, las diferentes interpretaciones de esos hechos necesariamente tienen que diferenciarse sólo a partir de criterios estéticos y morales. De esta manera, un planteamiento que busca negar la Shoah de haber ocurrido jamás, no se encuentra en el mismo orden del discurso, pues no comparte la noción de hecho sino que anteponiéndose al hecho busca señalar su inexistencia, negar la existencia del hecho. La afirmación de White es falseada desde el

momento en que se concibe que hablar de un hecho, en oposición a un “anti-hecho,” es hablar “de los *mismos* hechos.” Y esto no implica una relativización de todo el proceso ni tampoco del debate. Simplemente estamos señalando que no es posible negar el genocidio judío a partir de los postulados de White.

Sin embargo el resto del debate sigue abierto. Se puede señalar que la problemática que presenta el negacionismo revisionista pertenece al orden de lo político antes, mucho antes, que las cuestiones asociadas con White de la estética, la moral y la verdad. Pero esto no significa que el problema, sólo por pertenecer al ámbito de lo político antes que al de lo histórico, no nos concierne, desaparece o desmerece solución, o intento de solución, al menos desde nuestra perspectiva.

Ciertamente la problemática se presenta como grande y adversa, pero existen muchas perspectivas actualmente que resultan bastante alentadoras. No podemos abandonar a la Shoah y Auschwitz en el plano de la ininteligibilidad que conlleva su singularidad absoluta (la unicidad). Pero tampoco podemos permitir que se normalice al grado de perder toda significación. Un camino hacia la solución a esta problemática, señala Poggio, ya lo viene trazando Jean-Michel Chaumont (y desde antes, Hannah Arendt) cuando nos damos cuenta que “la comparación entre Auschwitz y otros crímenes militares y civiles puede tener el efecto, no de equiparar los crímenes nazis a los demás crímenes, sino de resaltar los otros crímenes.”¹⁹⁶ De esta manera podemos historizar la Shoah sin temor a banalizarla; respetando su unicidad sin menoscabo de la comprensión, pues es justamente en función del criterio de unicidad que podemos verdaderamente comprenderla.

No debemos temer comprender la Shoah en su aspecto verdaderamente único. Agnes Heller, retomando el concepto de Hannah Arendt, definía al “mal radical” como

¹⁹⁶ *Ibíd.*, p. 96

una inversión de los valores. El proceso por el cual, un anti-valor se convertía en un valor.¹⁹⁷ Se puede señalar que campos de concentración hubo también en Siberia, pero a diferencia de los campos nazis los rusos trataron de destruir toda evidencia de su existencia. Los rusos sabían que estaban haciendo mal independientemente de que lo consideraran un mal “menor” para conseguir un fin “superior”. Para los nazis erradicar a la población judía era bueno en sí, un valor o una virtud porque “en la concepción nazi, los judíos no son una raza inferior [...] constituyen la encarnación de la alteridad absoluta: no son una raza desde el punto de vista genético, sino una antirraza [...] un principio espiritual irreductible que no es posible someter, sino sólo destruir.”¹⁹⁸ Así pues, debemos *soportar*, por más difícil que pueda ser, mirar al mal radical a los ojos, y no temer comprender, pues hay que tener presente, como tenía Arendt, que es posible comprender sin justificar e incluso perdonar sin olvidar.

Auschwitz ocurrió y se encuentra más allá de toda posible negación. Pero a la vez no puede estar más allá de toda posible comprensión. Ya que es sólo con la comprensión que podemos juzgar. Pues, como señala Isaiah Berlin, “entender no quiere decir aceptar. [...], podemos rechazar una cultura porque la hallamos moral o estéticamente repelente, pero sólo si podemos entender cómo y por qué pudo, sin embargo, ser aceptable para una sociedad humana dada.”¹⁹⁹ Simplemente debemos aceptar que no siempre comprender significa justificar sino que, como diría Villoro, hay cosas que no se pueden comprender sin juzgar.

Finalmente queremos evocar aquí otro planteamiento que aporta un haz de esperanza sobre la lúgubre situación ante la que nos encontramos. El libro *Lo que queda*

¹⁹⁷ Agnes Heller, citado en: V Ciclo della Scuola di Alta Formazione Filosofica a Torino dal 17 al 21 novembre 2008.

¹⁹⁸ Poggio, *Nazismo...*, op. cit. p. 87

¹⁹⁹ Isaiah Berlin, *Arbol que crece torcido*, México, Vuelta, 1992, p. 114

de Auschwitz. *El archivo y el testigo* de Giorgio Agamben²⁰⁰ da fe de la imposibilidad absoluta de la negación de la Shoah a través de un planteamiento filosófico bastante complejo respecto de la paradoja del testigo cuyo testimonio no tiene valor.

Si el testigo testimonia por el musulmán, si consigue llevar a la palabra la imposibilidad de hablar –es decir, si el musulmán se constituye como testigo integral– el negacionismo queda refutado en su propio fundamento. En el musulmán, la imposibilidad de testimoniar no es ya, en rigor, una simple privación, sino que se ha convertido en real, existe como tal. Si el superviviente da testimonio no de las cámaras de gas o de Auschwitz, sino por el musulmán; si habla sólo a partir de una imposibilidad de hablar, en ese caso su testimonio no puede ser negado. Auschwitz –aquello de lo que no es posible testimoniar– queda probado de forma irrefutable y absoluta.²⁰¹

Auschwitz, en tanto que representa de lo que no se puede hablar, donde sólo resta callar, demuestra entonces el hecho debido a su indecibilidad. El silencio ante el hecho no representa, entonces, la imposibilidad de dar fe del hecho, sino por el contrario, el silencio ante el hecho es la condición que lo fundamenta más allá de toda posible negación.

Bajo esta perspectiva es que queremos volver a presentar a White y, particularmente, centrarnos en su propuesta (y en contra de la crítica de Jay) sobre la “voz media” y la escritura intransitiva, ya que ambas cuestiones se relacionan intrínsecamente con la noción de testimonio que maneja Agamben en la medida en que constituyen, mediante la identificación con el sujeto, un “hacer hablar” (enunciar) ante la imposibilidad de hablar que otras perspectivas han demostrado tener presente. Un ejemplo claro de esto ya lo había señalado White cuando resaltó el valor de la novela

²⁰⁰ Giorgio Agamben, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, España, pre-textos, 2005, 188 pp.

²⁰¹ Agamben, *Lo que queda...*, op. cit. p. 172. El “musulmán” es un término que fue utilizado para referirse a aquellos judíos en los campos de concentración que actuaban como autómatas, verdaderos muertos en vida, una vez que habían abandonado completamente toda esperanza. Esta condición deshumanizada fundamenta la desvaloración del testimonio del que pudieran dar fe estas personas.

gráfica de Art Spiegelman *Maus. Historia de un sobreviviente*.²⁰² Finalmente, no deseamos más que, a manera de metáfora, señalar esa misma afirmación con la esperanza de que pueda resultar más ilustrativa que cualquier otra cosa que aquí podamos decir.

3.3 Conclusión o El significado de la Historia.

3.3.1 Conclusión Particular.

Tratando de aclarar algunas de las problemáticas que presenta la obra, y la recepción, de Hayden White queremos aquí exponer, a manera de conclusión, algunas ideas planteadas, según nuestra consideración, a través de la perspectiva de él mismo (nuestra interpretación de sus postulados) y asumiendo que ayudan a dilucidar de alguna forma esta cuestión. Estas conclusiones son de carácter provisional pues deben ser concebidas como un medio de instigar el debate y la reflexión teórico-historiográfica.

En primer lugar queremos comenzar a esbozar una definición del discurso histórico que ayude a aclarar la visión de White y el problema de su crítica. Planteamos que se podría afirmar que el discurso histórico se compone de algo así como dos niveles. El propiamente histórico y el metahistórico. Ciertamente, si ante la situación hipotética de reunir a diez historiadores, todos de diferente credo, se les preguntara acerca de un hecho cualquiera, el lugar en que se encontraba César en un momento determinado, y se les diera una semana de lapso para averiguarlo se puede confiar en que al cabo de la semana todos volverían con la misma respuesta o, en su defecto, al cabo de un cierto tiempo llegarían a un acuerdo general haciéndole mostrar su error al

²⁰² Art Spiegelman, *Maus. Relato de un sobreviviente*, España, Reservoir Bboosk, 2008, pp. 296

disidente o mostrando éste un dato que había escapado hasta entonces a la consideración de los demás. He ahí, en el primer nivel (el histórico), donde queda evidenciada la objetividad del discurso histórico. Sin embargo, cabría señalar que el discurso histórico no se contenta simplemente en ubicar espacio-temporalmente personas y sucesos, ya que, como ha dicho White, “es una ilusión pensar que los historiadores buscan solamente decir la verdad acerca del pasado, ellos también quieren, independientemente de que sean conscientes o no, pero en cualquier caso deberían querer, dotar al pasado de significado.”²⁰³ Ese dotar al pasado de significado se ilustra y complementa bastante bien con la idea, que ya hemos revisado, de Ankersmit y la noción de representación (antes que reproducción o reconstrucción). De esta manera, si posteriormente volviésemos con nuestros diez historiadores y les preguntásemos qué significado tuvo el hecho (cómo fue el mundo uno y no otro a raíz de él) nos encontraríamos con que la objetividad alcanzada parecería comenzar a derrumbarse. Es en ese segundo nivel, el que denominamos metahistórico, en donde se ubica la afirmación de White de que “entre dos narrativas distintas que versan sobre los mismos hechos sólo podemos diferenciar en base a criterios estéticos o morales.” Así pues, queda también evidenciada la subjetividad del discurso histórico.

Ambas características, así como ambos niveles, son irreducibles en el discurso histórico; simple y sencillamente no es posible concebirlo sin uno de los dos. El nivel histórico plano no es, en el mejor de los casos, más que la crónica; y ningún historiador verdaderamente se maneja sólo en ese nivel, ni siquiera quien así se lo pudiese proponer pues la interpretación no necesariamente tiene que ser explícita, en lo que respecta a sentidos y significados, sino que se encuentra en elementos tan básicos como la noción de causalidad o de estructuración misma del concepto “hecho histórico.” De la misma

²⁰³ Hayden White, “An old question...”, *op. cit.*, p. 397

manera una interpretación que corresponda solamente al segundo nivel, que sea metahistórica, sin ningún sustento basado en un manejo adecuado y legítimo del nivel histórico, no forma parte del discurso histórico en el sentido que planteaba Collingwood en su *Idea de la historia* con respecto a “las reglas del juego.”²⁰⁴ Resulta evidente que es por este carácter que la historia no puede ser simplemente una ciencia ni simplemente un arte, pues su característica propia y particular radica en no poder dejar de hacer referencia simultáneamente a ambos niveles.

Esto no significa negar o relativizar la objetividad real del discurso histórico (y, por consiguiente, tampoco significa negar el aspecto subjetivo). La historia es, o por lo menos idealmente debe ser, objetiva con respecto a su manejo de los hechos. Ahí, en el nivel histórico, no hay lugar para las cuestiones estéticas o morales. Pero una vez que se avanza al nivel metahistórico no hay ya cabida para la objetividad (y esto no la niega ni la desaparece) pues nos encontramos en el terreno de la subjetividad, de la ideología y la voluntad. Ahí sólo se puede, en palabras de White, hacer distinción en base a criterios estéticos o morales.

Esto no implica, ciertamente, lanzarnos y caer en el abismo del relativismo atroz. Es ahora donde entra en juego la noción del relativismo responsable de White. Una idea que puede ayudarnos a aclarar esta cuestión es la de la distinción entre relativismo y pluralismo que expresa Isaiah Berlin en *Árbol que crece torcido*. En ese libro hay un ensayo donde Berlin busca negar la idea de que Vico y Herder sean relativistas exponiendo la idea alternativa de *pluralismo*.²⁰⁵ Así como Berlin busca hacer con ambos autores nosotros deseamos hacer de igual manera con White. El pluralismo que plantea Berlin se expresa en la demanda de otro u otros que “nos exigen mirar la vida como abarcadora de una pluralidad de valores, igualmente genuinos, igualmente esenciales y

²⁰⁴ Robin George Collingwood, *Idea de la historia*, México, FCE, 1974, pp. 323

²⁰⁵ Berlin, “El supuesto relativismo en el pensamiento europeo del siglo XVIII,” *Árbol que...*, *op. cit.*, p. 94-118

sobre todo, *igualmente objetivos*; que, por lo mismo, no pueden ser ordenados en una jerarquía atemporal, o juzgados en términos de una norma absoluta.”²⁰⁶ Esta objetividad no implica un relativismo de los valores pues 1) en sí, el relativismo atroz señala que ningún valor puede ser objetivo; y 2) es con nuestra imaginación (y en nuestro caso particular, con la imaginación histórica) que debemos tratar de asimilar esos valores y comprender así su propia objetividad. Y nunca debemos, como advierte Berlin, aceptar un valor que no alcancemos verdaderamente a entender. De esta manera nos damos cuenta que hay cosas que nunca debemos aceptar pues si verdaderamente comprendemos podemos juzgar legítimamente desde nuestros valores e ideales.

Así, el pluralismo se presenta como una opción que reconoce el carácter relativo, antes que relativista, de la realidad. Anteponer universalismo y relativismo constituye una falacia de petición de principio pues siempre podemos tomar el cabo salvavidas que nos arroja Berlin al señalar que “dentro de los límites de lo humano, la variedad de los fines, aunque finita, puede ser vasta.”²⁰⁷ Y White, a la manera de Vico y Herder, no es un relativista pues su noción de alcanzar un nivel más elevado de conciencia de nada nos serviría, no tendría sentido, si estuviésemos enclaustrados dentro de fuerzas y condiciones que determinaran nuestros valores y de las que no pudiésemos cobrar conciencia y a las que no pudiéramos afectar de ninguna manera. Finalmente, la idea de la utopía en White encuentra un eco en el planteamiento de Berlin cuando éste último nos recuerda que “ambos pensadores [Vico y Herder] insisten en nuestra necesidad y capacidad de trascender los valores de nuestra propia cultura, nación o clase, o los de cualesquiera otras cajas negras a las que ciertos relativistas culturales busquen

²⁰⁶ *Op. cit.*, p. 105. Las cursivas son nuestras.

²⁰⁷ *Ibíd.*, p. 106

confinarnos”²⁰⁸ para así poder llegar a la noción, que hemos venido insinuando y resaltando, de un consenso universal.

Sin embargo, esto último resulta, cuando menos, problemático. Aquí hay que hacer muchos matices para dejar bien claro a que nos referimos con esta idea. Se fundamenta en dos nociones básicas. Por un lado en la idea del pluralismo y por el otro en la noción de discurso que igualmente hemos señalado. Teniendo claridad con respecto a la conciencia de que la historia siempre sirve al poder, tanto para quien lo ostenta o detenta, como para quien pretende disputarlo, hay que ser consciente de que, recordando a Villoro, el discurso histórico ayuda a legitimar el poder al mostrar cómo las cosas llegaron a ser lo que son, a raíz de circunstancias y decisiones particulares; puede, igualmente y por lo tanto, ayudar a cuestionarlo. Y más aún, de esta misma manera es que el discurso histórico debe siempre, y aquí proponemos una definición de su función y no ya de su ser, instar a la participación y a la praxis ético-política, pues al mostrar cómo fue que las cosas llegaron a ser lo que son (a través de circunstancias y decisiones particulares, *construidas* antes que *dadas*), es que crea conciencia de que todo lo que concebimos inadecuado en el mundo es susceptible de ser corregido, por un lado, y en contraparte, que todo lo que valoramos, lo valioso del mundo debe ser constantemente protegido pues es, igualmente, susceptible de ser perdido y olvidado. Sustentamos así la pertinencia de ideologías o visiones netamente opuestas, como pueden ser el liberalismo y el conservadurismo, en la medida en que sean, todas, genuinas, honestas y responsables; además de empáticas e incluyentes. En una palabra: plurales.

(La noción de discurso merece, además, una última consideración. En la medida en que mayoritariamente el servicio de la historia se encuentra del lado de la institución

²⁰⁸ *Ibíd.*, p. 112

debemos concebir que también nos insta a una constante participación ético-política en la medida en que somos responsables de narrar la historia de las víctimas, o historia a contrapelo, como expresa Walter Benjamín en sus “Tesis de filosofía de la historia,” puesto que es imperativo evitar que se perpetre la mayor injusticia de todas; el que la injusticia, cualquier injusticia, se remita al olvido.²⁰⁹)

Estas ideas son coincidentes con el pensamiento de White, en la medida en que, como señala Hans Kellner, *Metahistoria* y el acto de escribirla deben ser vistos como un advenimiento y un acto político, respectivamente. “White mantiene un interés ético en combatir el ‘peso de la tradición’, acentuando la elección humana con bases humanistas e idealistas puesto que la base de su filosofía de la historia consiste en valorar todo aquello que impele al ser humano a la acción.”²¹⁰ De esta manera, la idea que estamos expresando de la necesidad de acción y praxis ante el devenir de la realidad (el combatir y el preservar); nuestros postulados, y el hecho de aquí plantearlos, son, y deben ser, conscientemente (auto)concebidos, al igual que la interpretación de Kellner respecto a White, como un acto político.

Finalmente, a todo esto, tanto para White como para nosotros, se le podría rastrear su génesis en los postulados de Nietzsche de la segunda intempestiva, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*, que plantean que la historia debe siempre ser en función, servir, de (a) la vida.²¹¹ O para ponerlo en términos de White, la historia debe ser un medio antes que un fin en sí mismo pues de otra manera se corre el riesgo de caer en la “necrofilia” de indagar en el pasado sin ninguna referencia al

²⁰⁹ Walter Benjamín, “Tesis de filosofía de la historia”, *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1972, pp. 175-192

²¹⁰ Hans Kellner, “A bedrock...”, *op. cit.* p. 4

²¹¹ Friedrich Nietzsche, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, 140 pp.

presente. Esto no puede ser, ciertamente, ni siquiera para la actitud más anticuaria,²¹² pues incluso quien sólo quisiera indagar en el pasado en busca de su unicidad, de su particularidad y alteridad absoluta, necesariamente algo tendría que decirnos a nosotros, sobre nosotros, al menos a través del *contraste*. (Y aprovechamos esta cuestión para hacer mención de la noción de la comprensión del yo y el otro que posibilita la historia como otra posible, necesaria y pertinente función que posee).

La noción de consenso se introduce aquí, entonces, en la medida en que ese involucramiento con la praxis ético-política implica necesariamente el principio de confrontación, pues tanto el querer corregir como el querer preservar implican un antagonismo ante un sujeto que encarna la alteridad u otredad en sí. Y es aquí que entra también en juego la noción del pluralismo, aunque en este caso sea sólo para complicar las cosas, pues nos encontramos ante una disyuntiva problemática, ya que ante el conflicto no podemos, ciertamente, optar ni por la violencia ni por la imposición autoritaria. Es así que se vuelve necesaria la noción de consenso.

Sin embargo esta idea conlleva dificultades propias. Ciertamente no estamos abogando por un consensualismo pragmatista que dictamine que lo que la mayoría determine es lo correcto. Para solventar esta cuestión hay varias alternativas. Una es la planteada por el pluralismo: en la medida en que dos, o más, concepciones objetivamente válidas no tienen que ser, por un lado, mutuamente excluyentes ni, por el otro, subsumibles una en la otra. La idea del pluralismo nos salva de las consecuencias funestas tanto del relativismo como del consensualismo vulgar en la medida en que reconoce tanto la pertinencia de diferentes perspectivas válidas así como la inherente irreductibilidad entre ellas. Otra alternativa que tenemos es la que nos aporta Hans

²¹² Que puede legítimamente, en términos de Nietzsche, buscar preservar el pasado para las generaciones futuras.

Ulrich Gumbrecht con el concepto de “producción de presencia.”²¹³ Ciertamente, nos dice, podemos aceptar que todo es construido en la cultura humana, pero debemos reconocer que existe un elemento irreductible que no nos afecta a la manera de la esencia metafísica; pero que ciertamente implica que hay un límite al constructivismo. Ésta es la “producción de presencia”, que ilustra a partir del ejemplo de que los roles de género pueden ser constructos autoritarios y arbitrarios, lo mismo podrían estar invertidos que ser totalmente diferentes, pero que se fundamentan en una diferencia sexual que no es, de ninguna manera, construida.²¹⁴

Muchas más pueden ser las alternativas a esta problemática. Por el momento queremos refrenarnos y señalar que estas dos que hemos señalado, el pluralismo de Berlin y la producción de presencia de Gumbrecht, se pueden equiparar fácilmente a la noción de relativismo responsable y escepticismo académico de White, pues todas estas nociones posibilitan la tolerancia que, en última instancia, es la alternativa más deseable ante la violencia y el autoritarismo.

Sin embargo, nuestros problemas aún están lejos de terminar, pues más bien, dirían algunos, apenas comienzan. Debemos cuestionarnos cómo es que se podría alcanzar esta idea de consenso universal que buscamos postular. ¿Cómo podría siquiera definirse? Si lo intentáramos diríamos que este consenso sería una racionalidad manifiesta dentro de la intersubjetividad. (“Aquí comenzaron mis problemas”). De entrada, introducir el elemento de la racionalidad puede resultar problemático, en el mejor de los casos, y extremadamente problemático, en el peor. Esto se vuelve evidente cuando consideramos que nuestra propuesta pareciera ir expresamente en contra de lo

²¹³ Hans Ulrich Gumbrecht, *Producción de presencia. Lo que el significado no puede transmitir*, México, UIA, 2005, 159 pp.

²¹⁴ Gumbrecht, *op. cit.* p. En general la idea del *producir* presencia es una idea filosófica mucho más compleja de lo que aquí podemos dedicarle. Pero el ejemplo citado nos resulta ilustrativo de todas formas. Cfr.

que White ha afirmado textualmente en otro lugar. En una discusión con Georg Iggers acerca del carácter científico o artístico de la Historia Hayden White señaló que

El punto es que toda la fuerza del debate contemporáneo sobre modernismo y el proyecto de la Ilustración de racionalizar el mundo se ha vuelto hacia el reconocimiento de que este proyecto fue y continúa siendo profundamente ‘ideológico’, que requiere ciertas ideas Occidentales de madurez, racionalidad y conocimiento como estándares universales antes los cuales cualquier otra cultura debe inclinarse y aceptarlos como valores y fines universales de aspiración humana. La historiografía occidental en su línea principal de desarrollo desde el finales del siglo XVIII ha servido a esta ideología – como ha servido al imperialismo, racismo y centralismo de estado justificados por esta ideología.²¹⁵

Este señalamiento le permitió a White criticar la noción de consenso como legitimación de la científicidad, esgrimida por Iggers, pues manifestó que “si la historiografía debe servir a fines, o metas, democráticos antes que hegemónicos haría bien en trabajar por la diversidad de interpretaciones antes que hacia un ‘consenso’ sobre cuál es la mejor interpretación del pasado de escolares profesionales implicados en el sistema social en el que se encuentran.”²¹⁶

Ciertamente White tiene razón en señalar que esa crítica a la razón ilustrada se encuentra ya muy extendida. En 1991 se organizó en México un seminario, coordinado por Enrique Dussel, en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa sobre la filosofía de Karl-Otto Apel. Ahí Mario Teodoro Ramírez presentó una ponencia titulada “Ética de la comunicación intercomunitaria” en donde criticó desde esta misma perspectiva el proyecto racionalista de la ética discursiva de Apel (y la relación que se podría rastrear, pasando por Habermas, hasta Immanuel Kant) arguyendo que

²¹⁵ Hayden White, “An old question...”, *op. cit.* p. 401

²¹⁶ *Op. cit.*, p. 402

La ética discursiva supone necesariamente los logros históricos concretos de la modernidad, en otras palabras, supone la indiscutibilidad histórica de la “modernidad” como punto de referencia para un proceso de interpretación y valoración del mundo. [Lo cual resulta inadecuado pues] Dado que la diferencia entre comunidades modernas y comunidades no modernas no es una diferencia circunstancial, ahistórica, sino una diferencia que es el resultado de un proceso histórico de dominación económico-cultural, las formas de vida “prediscursivas” o “preargumentativas” de una comunidad dominada no poseen sólo el carácter de un rechazo “subjetivo” a las exigencias del discurso, ni tampoco son la manifestación dogmática de una autoafirmación comunitaria totalmente encapsulada. Las formas de vida antidiscursivas adquieren un carácter de “resistencia” político-cultural; poseen su propia “justificación”, su propia “racionalidad”.²¹⁷

Apel manifestó su desacuerdo con la crítica recibida, la rechazó, y en una réplica a la ponencia reafirmó, en general, los principios racionalistas de la ética discursiva en las líneas de que se fundamenta con un ideal, o momento A, y su aplicabilidad particular o práctica, o momento B.²¹⁸ No podemos saber si habrá quedado conforme con la aclaración, a manera de contra-réplica, de Ramírez de que la crítica no buscaba negar A sino sólo matizar B, que de alguna manera implicaría una corrección (antes que negación) retroactiva de A, en el sentido de que habría que creer en un pensamiento verdaderamente “planetario” que pudiera reconocer, a la vez, que la intercomunicación sólo puede darse a través de una norma universal pero que debe reconocer que la ética discursiva posee límites histórico-culturales, no lógicos o de procedimiento, que deben

²¹⁷ Mario Teodoro Ramírez, “Ética de la comunicación intercomunitaria”, Enrique Dussel (comp.), *Debate en torno a la ética del discurso de Apel. Diálogo filosófico Norte-Sur desde América Latina*, México, Siglo XXI e Iztapalapa, 1994, pp. 101-102

²¹⁸ Karl-Otto Appel, “Replica a la conferencia ‘Ética de la comunicación intercomunitaria de Mario Teodoro Ramírez’”, Enrique Dussel (comp.), *Debate...*, op. cit., p. 105-111

ser tomados en cuenta reflexiva y críticamente para así fundamentar e incluirlos en la norma básica.²¹⁹

Esta puede ser una perspectiva desalentadora para nuestro proyecto. Pero lo es, o lo sería, sólo en la medida en que carece de, pues le hace falta, una vuelta de tuerca en el mismo sentido que todo el planteamiento de White ha mantenido desde el principio. De entrada la postura de Ramírez, en tanto que busca defender un pluralismo y no un relativismo, en oposición a un universalismo ingenuo antes que a un simple eurocentrismo, nos puede ayudar a resolver esta cuestión. Consideramos que la postura de White sería adversa a la noción de consenso sólo en la medida en que éste pudiera ser impuesto, de manera autoritaria, manteniendo latente el modo en que se doblega ante el poder. Nosotros quisiéramos matizar, evocando su propia afirmación de que los “fines democráticos, antes que hegemónicos, deberían actuar a favor de una pluralidad de interpretaciones antes que de un consenso” es una afirmación bastante pluralista pues se plantea el problema, bastante real, de mantener el principio de irreductibilidad de las opiniones. Sin embargo, nosotros quisiéramos problematizar desde otra perspectiva, igualmente legítima, y señalar que un principio verdaderamente democrático no puede sacrificar el ideal de consenso aunque éste sea, o precisamente al ser siempre, parcial, supuestamente a favor de una diversidad que corre el riesgo de convertirse en caos y degenerar, finalmente, en violencia e intolerancia.

Para solucionar esta problemática deseamos plantear la propuesta (que en lo que respecta a White es sólo un matiz, o vuelta de tuerca, como ya habíamos señalado) de hacer patente el principio de pluralismo dentro del consenso universal que proponemos. Esto es, el consenso no puede erigirse ciertamente sobre el sacrificio del disenso. Sino que, al contrario, el disenso debe convertirse, antes que en víctima, en la *condición de*

²¹⁹ Ramírez, “Contrarréplica”, Dussel (comp.), *op. cit.*, p. 115

posibilidad del consenso. Es en la medida en que se respeta la irreductibilidad de opiniones, perspectivas y valores objetivamente legítimos y diversos, que podemos cuidarnos de no caer en el autoritarismo, y sus consecuencias nefastas (como las lunas de Marte, *Phobos* y *Deimos*) violencia e intolerancia, y a la vez albergar la esperanza de la posibilidad de consenso y entendimiento de las diferencias tanto espaciales y temporales como subjetivas y culturales.

Sin embargo, y en honor al utopismo de White, cabe aclarar aquí que el consenso universal no debe ser considerado un fin en sí mismo. No es la meta que debemos alcanzar para entonces bajar la guardia y sucumbir a la ominosa tentación de renunciar al agobiante, pero necesario, peso de la libertad humana. Sino que el consenso tiene que ser el medio a través del cual existimos como humanidad. —En el sentido de que vivimos en el mejor de los mundos posibles, si así lo decidimos— Hay que entender que el consenso universal, plenamente pluralista, es la norma bajo la cual debemos regirnos antes que el objetivo al que nos debemos dirigir con idolatría.

Y es aquí donde el concepto de disenso cobra su lugar esencial. El desacuerdo implica necesariamente una forma de acuerdo, de consenso, previa a toda labor de diálogo, comprensión y acuerdo, pues de otra manera la relación con el otro estaría marcada de inteligibilidad. En la medida en que reconocemos que estamos en desacuerdo, que hay conflicto, disenso, y necesidad de diálogo y acuerdo, estamos reconociendo y estableciendo una suerte de consenso primario que más que desalentarnos en nuestros objetivos nos llena de esperanza al constituir la mismísima posibilidad de éstos.

Esta idea, que aquí apenas esbozamos, aún le falta bastante. No creemos que sea una propuesta acabada sino todo lo contrario. A la noción que aquí presentamos aún le falta enfrentarse a “la prueba de fuego” que sería el último concepto que queremos traer

aquí a colación. La noción de praxis. Ciertamente, es ante la puesta en práctica que las afirmaciones que aquí consideramos verdaderamente darían fe de su carácter; verdadero o falso, adecuado o inadecuado. Para ilustrar esto queremos evocar una problemática a la cual no es posible dar respuesta sencilla, pero su sola presencia da fe del hecho de que la noción de praxis presenta una problemática latente aún por resolver.

Ante el diálogo intercomunitario u otredad o alteridad o como se le quiera llamar; es necesario considerar lo que ocurre ante oposiciones de valores que pueden encontrarse objetivamente legítimos pero que no dejan de ser, además de irreductibles, necesariamente excluyentes. Esto se ilustra mejor con un ejemplo concreto. El fenómeno de la lapidación de mujeres adúlteras en medio oriente (por citar un ejemplo entre muchos posibles). Desde nuestra perspectiva tal práctica es no sólo inadecuada sino abiertamente aberrante. Sin embargo, cabe preguntarse cómo puede resolverse la cuestión ante una posible respuesta, en este caso hipotética, de que se está hablando de dos mundos diferentes con prácticas y valores diferentes. Ante la respuesta de que esa práctica obedece a un verdadero “respeto” hacia las mujeres que occidente no comparte (y aquí nosotros debemos reconocer que la prostitución y degradación que se hace de manera regular y cotidiana en la publicidad y los medios de masas del cuerpo femenino es un ejemplo de eso a lo que este cuestionamiento hipotético se refiere), y ante la exigencia de que si ellos no buscan imponernos sus valores nosotros nos abstengamos de tratar de imponerles los nuestros, nos damos cuenta de que en realidad nada es tan simple como la disertación lógica y teórica nos pueden llegar a hacer creer. En la realidad, en la praxis, aún queda mucho por hacer una vez que se termina (provisionalmente) de teorizar. Ciertamente no podemos renunciar a nuestros valores del derecho a la vida y al ejercicio autónomo del propio cuerpo y la sexualidad, ni tampoco aceptar que el mantener contradicciones latentes, como los vicios que aún

estamos por erradicar (en vez de permitir que se traslapen de un género al otro y que por lo tanto se “normalizen” por existir en ambos), puede privarnos de buscar defender nuestros ideales y valores. Pero tampoco podemos creer ingenuamente el *discurso* norteamericano de que la “guerra contra el terror” es un verdadero intento por imponer la justicia en sociedades que “representan” la barbarie y, por lo tanto, la antítesis de todo lo que nosotros representamos. Ciertamente, en este caso, desde Ginzburg, o cualquiera de los críticos de White, hasta Berlin, y nosotros mismos, se reconocería la necesidad de hacer referencia a una noción de verdad absoluta y no relativizable con respecto a la pertinencia de nuestros valores aquí en juego. Pero habría que volver a escuchar a White y, sin que él mismo estuviera en contra de esta idea de verdad, reconocer que las cosas no son tan sencillas como para simplemente volver a alinearse con el discurso del imperialismo capitalista occidental a raíz de esta problemática ardua y compleja.

Sin embargo, no hay que perder la esperanza. Por último deseamos añadir nuestra consideración de que la solución a este problema a la que la praxis nos enfrenta se encuentra, desde nuestra perspectiva, en la praxis misma. Es en el resolver en lo concreto, la necesidad de alcanzar una conclusión provisional para poder comenzar a actuar, que encontramos la necesaria solución a esta problemática. Es a través del imperativo dinámico de la praxis que se da la implementación del disenso como condición de posibilidad del consenso constante. La noción de praxis nos impele a reconocer el acuerdo tácito que conlleva el disenso y la consecuente necesidad de resolución que presenta.

Las cosas no son sencillas. Y toda problemática requiere de la alternancia constante y continua entre acción y reflexión. Dejar de actuar en base a fórmulas y tabúes y comenzar a poner a prueba, en la práctica, toda disertación y consideración sería el único modo de asegurarnos evitar la injusticia y el mal. Siempre desde un punto

de vista crítico que esté dispuesto, como decía Gadamer, a entablar el diálogo bajo el principio de anteponer el cuestionamiento primero a uno mismo y partir de la idea de que el otro *podría* tener la razón. O al menos tener en cuenta que, como dijo Ramírez, “si *tengo* que respetar al otro no es sólo por autosujeción a un principio *a priori* de justicia y reciprocidad, sino también porque creo, supongo o intuyo, que el otro tiene algo que decirme mostrarme o enseñarme.”²²⁰

Finalmente es necesario señalar que cada una de estas consideraciones tiene su eco muy claro en la práctica del discurso histórico. Es en las condiciones de su ser y hacer que hemos postulado en este apartado, que cada punto de los que hemos revisado en las últimas páginas tiene su implicación y necesaria reflexión y consideración. Finalmente queremos reiterar que consideramos los planteamientos aquí expresados como legítimamente fundamentados *a través* de la perspectiva de Hayden White. Pero no deseamos concluir en un tono verdaderamente conclusivo pues no podemos, ni deseamos, creer que estas aseveraciones pueden ser verdaderamente, en este momento, conclusivas. Esperamos que sirvan para instar al debate, al disenso que alimente un consenso que estaría en sintonía con las intenciones de White de buscar la utopía y confiar siempre en un nivel más elevado de conciencia para alcanzarla.

3.3.2 Conclusión General.

Es necesario señalar un par de consideraciones finales de carácter general sobre toda esta empresa.

²²⁰ Ramírez, “Ética...”, *op. cit.*, p. 104

(Primera parte)

En primer lugar hay que trazar hasta aquí nuestra disertación acerca de Hayden White y su relación con el relativismo. No podemos evitar responder a la pregunta que surge ante nosotros acerca del valor o pertinencia de nuestro intento por superar el relativismo, tanto el supuestamente presente en White como el innegablemente presente en la actualidad del mundo académico e intelectual. La lectura general, casi absoluta pues le incluye hasta a él mismo, que se ha hecho de White lo ha tachado de relativista. Nuestra aproximación buscó resaltar el valor del límite que él mismo reconocía al denotar su relativismo como “responsable.” Sin embargo, cabe señalar que ha surgido ante nosotros la interrogante de cuál es el valor de superar el relativismo y en qué medida la obra de White mantiene algún valor en tanto que, desde la perspectiva aquí expuesta, queda desprovista de esta consideración. Brevemente trataremos de aportar una respuesta. El relativismo es una perspectiva que pese a que haber sido severamente criticada y desacreditada ha logrado convencer a una gran cantidad de individuos al grado de que puede, en las inmortales palabras de *blondie*, “dividir al mundo en dos tipos de personas”. Ciertamente es difícil resistírsele, como un canto de sirena, y nosotros, al menos, creemos que no es una alternativa el prestarle oídos sordos. La problemática que representa el relativismo es real y merece nuestra consideración pero sólo en la medida en que requiere nuestros esfuerzos para superarla. Existir en la paradójica condición del relativismo no es una alternativa para nuestra humanidad, como tampoco lo es ya la anticuada búsqueda de una verdad absoluta o metafísica, es tiempo de asumir que la única verdad reservada para nosotros es a la que podemos llegar, la que podemos construir. La verdad subjetiva. Este punto intermedio resume el modo de lidiar con el relativismo sin que éste conlleve el ominoso riesgo de engullirnos en la profunda oscuridad del abismo del nihilismo en donde todas las verdades (y

mentiras) mantienen igual validez; o sea, ninguna. Ambas perspectivas, relativismo y esencialismo, comparten la característica de que en alguna instancia, al menos hasta sus últimas consecuencias, se delatan por su negación de la posibilidad de verdad. Una perspectiva más prudente; llámese pluralista, productiva de presencia, hermenéutica, relativista responsable o como se quiera, es la única que nos puede permitir superar la condición irónica del tiempo contemporáneo que la autoconsciencia nos ha legado, y esto sólo puede hacerlo en la medida en que es plenamente autoconsciente.

Y así no sólo es sino que *permanece* la perspectiva de Hayden White a través del filtro de nuestra interpretación. Superar el aparente relativismo de su obra, antes que restarle valor o pertinencia, nos permite observar la continuidad dentro de ésta; la forma en que ese límite *de facto* al relativismo, en forma de “responsabilidad,” sustenta una perspectiva incluyente que permite superar la condición irónica que a manera de ocaso nos legaban los pensadores de *Metahistoria* en su conclusión. El relativismo responsable de White es un sustento del escepticismo académico. Simple y sencillamente, una perspectiva de conciencia crítica; todo el proyecto de White ha mantenido de principio a fin la pretensión de abogar por una mayor *awerness* (un nivel más elevado de conciencia). Antes que negar el aspecto relativo, antes que relativista, de la obra de White nuestra interpretación busca antes que nada resaltar y legitimarlo.

(Segunda parte)

En segundo lugar, en el sentido que plantea el profesor Mendiola,²²¹ es necesario manifestar nuestra pretensión de cobrar conciencia, por paradójico que esto pueda ser, de lo que para nosotros resultó latente en la observación que representa este trabajo de investigación. Consideramos que el ser humano no puede partir verdaderamente desde un punto de vista sin prejuicios. Es por eso que concebimos el segundo capítulo de esta

²²¹ Como lo planteado por Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico...”, op. cit.

investigación como un punto de verdadera antítesis. Si en el primer capítulo realizamos una suerte de observación de segundo orden, tal vez un poco heterodoxa, con respecto de la observación de Hayden White, en el segundo capítulo nos confrontamos con una serie de observaciones que, en un sentido toscamente general, podrían catalogarse como, igualmente, pertenecientes a un segundo orden. Sin embargo esto constituye en sí una nueva observación de segundo orden (cuyo objetivo eran múltiples observaciones de segundo orden que, de cualquier modo, constituyen en sí mismas, cada una, una observación de primer orden) que nos permitió observar lo latente en esas observaciones dirigidas hacia la observación de White.

Tratando de restringir ahora, y durante un momento, el uso de la palabra Observación, queremos comentar que consideramos verdaderamente (pese a lo latente) nuestra aproximación como honesta; puesto que no pasamos impávidos a través del segundo capítulo. Independientemente de que la hipótesis que desde un inicio nos propusimos demostrar quedó al final más o menos no mutada (permaneció, pues), pensamos que esto no se debe a un mero prevalecer del prejuicio ni tampoco a una proyección completamente subjetiva. Durante el segundo capítulo, cuando nos encontramos con tantas y tan diversas consideraciones antagónicas con White y más aún en contra de nuestra propia perspectiva de no ver en White a un relativista atroz y un determinista del lenguaje, la verdad es que, querido lector que nos ha acompañado, dudamos. Dudamos de que nuestra lectura primera hubiese sido correcta, pues nos imaginábamos el chiste del conductor que va por una calle esquivando automóviles que vienen hacia él hasta que se comienza a preguntar si será que todos van en sentido contrario o él es el que va al revés. Y ante la duda, queremos aquí manifestarlo, volvimos a White. Fue entonces que reforzamos nuestra consideración primigenia. Ciertamente esto no significó el fin de nuestros problemas sino simplemente el fin del

comienzo. Durante todo el proceso posterior a este trabajo de investigación nos hemos preguntado por la pertinencia de una propuesta aparentemente tan contraria a lo establecido. Nos llegamos a sentir dentro de un enrarecido ambiente kafkiano al preguntarnos si al señalar algo que ahora nos parece una obviedad (afirmar que era evidente el reconocimiento al aspecto epistémico en la afirmación de White de que “sólo se puede diferenciar entre dos narrativas que versan sobre los *mismos* hechos a partir de criterios estéticos y morales”) no estaremos incurriendo en una metamorfosis y estemos hablando ante la mirada estupefacta de quien contempla a un “bicho raro.” La duda no deja de acompañarnos, como la ominosa sombra del cuervo de Poe, y sin embargo creemos que tenemos fuertes razones para creer, y que el propio trabajo pone de manifiesto, que lo que hemos hecho aquí es, en el sentido hegeliano, una verdadera síntesis dialéctica legítima y pertinente.

Deseamos, sin embargo, en honor a la congruencia, insistir en tomar conciencia de los aspectos que necesariamente escaparon a nuestra consideración. Aquello que para nosotros permanece latente, pues nuestra observación se constituye de segundo orden en la medida en que observa una observación pero no deja por esto de pertenecer, en sí misma, al primer orden y a contener aspectos que no alcanzamos nosotros a percibir. Sin un modo satisfactorio de escapar a esta problemática volvemos a recurrir a nuestro adalid y creemos que la perspectiva de White puede ayudarnos también en este momento. Deseamos manifestar explícitamente el reconocimiento al aspecto *sublime* de la investigación histórica e historiográfica. Renunciamos a la posibilidad de presentar esta obra como un producto *bello*, completo, que no dé cuenta de su propia latencia y que, antes, trate de ocultarla, presentándose como que da razón de la totalidad. Decidimos en vez de eso reconocer el elemento sublime de la problemática con la que nos encontramos, su sin-sentido irreductible, su inaprehensibilidad

Hacemos esto por congruencia a varios niveles. Ciertamente el más básico sería reconocer la posibilidad de disenso presupuesta en nuestras conclusiones finales y el hecho de que la puerta está abierta para que cualquiera que posea una *perspectiva* pueda realizar una observación de nuestra observación. Pero también habría una afirmación, si acaso tácita, y manifestación de que dentro de los límites de lo sublime podemos encontrar la verdad. Tal vez no la elusiva verdad *aleteia*, metafísica y esencial, que en última instancia no tiene caso siquiera problematizar el no poder alcanzarla, pues esto constituye nada más que un capricho irracional de quien no comprende que la verdad para los seres humanos no puede ser de otra forma que *subjetiva*. Y con ésta nos conformamos.

A manera de epílogo o posdata queremos resaltar dos aseveraciones también en carácter conclusivo que no alcanzaron a entrar coherentemente en nuestra disertación, tanto mejor, puesto que no deseamos mantenerlas como conclusiones finales sino, como toda conclusión debería ser, en cuanto pautas claras de caminos teóricos (y prácticos, al menos en lo teórico) aquí propuestos que deben ser recorridos. Antes que conclusiones, (y por si fuera poco) éstas son tesis que quedan, necesariamente, abiertas al debate y posterior consideración.

- 1) **Narrativización.** Respecto del problema de si el pasado tiene un sentido particular en forma de una trama única y, por lo tanto, más adecuada. Consideramos que esto es falso. El pasado no tiene un sentido en particular y la narrativización, entendida como el concebir al pasado como dotado de una forma inherente de narrativa, sería entonces un error. Sin embargo, consideramos que no es posible para la naturaleza humana concebir y

comprender ese sin-sentido inherente al pasado y pues, para uno no queda otra opción que narrativizar puesto que la vida, pese a no poseer un tramado particular, no puede ser concebida sin que uno le imponga un tramado particular.

- 2) **El lenguaje como medio insuficiente para representar el mundo.** Esta problemática es uno de los alimentos del relativismo (y vuelve bastante curiosa el juicio de determinista del lenguaje sobre White) en la medida en que Saussure señaló la relación arbitraria entre significante y significado la idea de realidad se vino abajo. Ciertamente, en la medida en que el lenguaje es una de las cosas del mundo no puede funcionar como un “espejo” de éste y permitírnos construir reproducciones que lo “reflejen,” pues carece de perspectiva. Esto, sin embargo, también lo consideramos como un capricho sin fundamento, pues, de entrada, el lenguaje no tiene ninguna *necesidad* de poseer esa perspectiva. Enojarse porque carece de ella constituye una petición de principio, en el mejor de los casos, y una rabieta de persona malcriada, en el peor. Ciertamente el lenguaje no es *perfecto* para representar las cosas del mundo, pero es lo más eficiente que tenemos. Deberíamos mostrar un poco de madurez y sentirnos agradecidos y conformes (y nunca olvidar que, quien neciamente quiera seguir despotricando contra el lenguaje, tiene que hacerlo forzosamente en sus mismos términos).

- 3) Eso es todo (?)

Ilbel Ramírez Gómez.

04/06/201

BIBLIOGRAFÍA.

- Agamben, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, España, pre-textos, 2005, 188 pp.
- Ankersmith, Frank R., “Hayden White appeal’s to the historians”, *History and Theory*, Vol. 37, No. 2, (May, 1998), p. 158
- Ankersmit, Frank, *Historia y tropología*, México, FCE, 2004, p. 195
- Appel, Karl-Otto, “Replica a la conferencia ‘Ética de la comunicación intercomunitaria de Mario Teodoro Ramírez’”, Enrique Dussel (comp.), *Debate en torno a la ética del discurso de Apel. Diálogo filosófico Norte-Sur desde América Latina*, México, Siglo XXI e Iztapalapa, 1994, pp. 105-111
- Auster, Paul, *La trilogía de Nueva York*, Barcelona, Anagrama, 1996, 335 pp.
- -----, *El país de las últimas cosas*, Barcelona, Anagrama, 2006, 205 pp.
- -----, *La invención de la soledad*, Barcelona, Anagrama, 2006, 245 pp.
- Barthes, Roland, *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 163-164
- -----, “Respuesta a una encuesta sobre estructuralismo,” *Variaciones sobre la escritura*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 23
- Benjamín, Walter, “Tesis de filosofía de la historia”, *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1972, pp. 175-192
- Berlin, Isaiah, “El supuesto relativismo en el pensamiento europeo del siglo XVIII,” *Arbol que crece torcido*, México, Vuelta, 1992, pp. 94-118.
- Borges, Jorge Luis, “Funes el memorioso,” *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 197 pp.

- Burrell, Andrew, “Narratives of the Fake: The Collected Object, Personal Histories and Constructed Memory”, *Tropes for the Past. Hayden White and the History / Literature Debate*, Amsterdam-New York, Rodopi, 2006, pp. 99-107
- Chalmers, Alan F., *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, España, Siglo XXI, 2003, p. 2
- Chartier, Roger, “Cuatro preguntas a Hayden White”, *Historia y grafía*, UIA, núm. 3, 1994, pp. 231-246.
- Collingwood, Robin George, *Idea de la historia*, México, FCE, 1974, pp. 323
- Corcuera de Mancera, Sonia, *Voces y silencios en la historia, Siglos XIX y XX*. Fondo de Cultura Económica. México, 1997. 414 pp.
- Corkin, Stanley y Phyllis Frus, “History and Textuality: Film and the Modernist Event”, en Korhonen, *Tropes for the Past. Hayden White and the History / Literature Debate*, Amsterdam-New York, Rodopi, 2006, pp. 45-55
- Day, Frank, *Biografía de Hayden White*, Clemson University, Dictionary of Literary Biography. ©2005–2006, BookRags.
- Domanska, Ewa, “Hayden White, beyond irony”, *History and Theory*, Vol. 37, No. 2, (May, 1998), pp. 176
- Dosse, François, *Historia del estructuralismo*, Madrid, Akal, 2004, p. 12.
- Ginzburg, Carlo, “Just one witness”, en Saul Friedlander, *Probing the limits of representation*, Harvard University Press, 1992, p. 86
- Florescano, Enrique, “De la memoria del poder a la historia como explicación”, *Historia ¿Para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, p. 93
- Foucault, Michel, *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1980, 15-16.
- Golob, Eugene O. “The irony of nihilism”, *History and Theory*. Beiheft 19. vol. 19, no 4, 1980. pp. 55-65

- Grafton, Anthony, *Los orígenes trágicos de la erudición*, Argentina, FCE, 1998, 178 pp.
- Gumbrecht, Hans Ulrich, *Producción de presencia. Lo que el significado no puede transmitir*, México, UIA, 2005, 159 pp.
- Hyvärinen, Matti, "Life as a Sequence and Narrative: Hayden White Meets Paul Auster," en: *Tropes for the Past. Hayden White and the History / Literature Debate*, Amsterdam-New York, Rodopi, 2006, pp. 83-94
- Iggers, Georg G., "Historical scholarship and poetry: Reflections on Hayden White's Approach to Historiography", *Rethinking History*, 4:3, December 2000, pp. 373-390
- Jay, Martin, "Of Plots, Witnesses, and Judgments", en Saul Friedlander, *Probing the limits of representation*, Harvard University Press, 1992, p. 103
- Jenkins, Keith, *On "what is history?": from Carr and Elton to Rorty and White*, London, Routledge, 1995, vii, 200 pp.
- -----, *¿Por qué la historia?*, México, FCE, 2006, pp. 384
- Kellner, Hans "A bedrock of order: Hayden White's linguistic humanism", *History and Theory*, Beiheft 19. vol. 19, no 4, 1980, p. 1
- Korhonen, Kuisma (ed.), *Tropes for the Past. Hayden White and the History / Literature Debate*, Amsterdam-New York, Rodopi, 2006, 175 pp.
- Koufou, Angelica and Margarita Miliari, "The Ironic Poetics of late Modernity. An Interview with Hayden White". *Historein*, a review of the past and other stories, Athens, vol. 2, 2000.
- Kramer, Lloyd, "Literature, Criticism, and Historical Imagination: The Literary Challenge of Hayden White and Dominick LaCapra", in: *The New Cultural History*, edited by Lynn Hunt, Berkeley: University of California Press, 1989

- Kuhn, Thomas, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 2000, 319 pp.
- LaCapra, Dominick, "A Poetics of Historiography: Hayden White's Tropics of Discourse", in his: *Rethinking Intellectual History*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1983
- Luhmann, Nicklas, "Contingencia y sociedad moderna," *Observaciones de la modernidad*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 88-89.
- Mandelbaum, Maurice, "The presuppositions of Metahistory," *History and Theory*, Beiheft 19. vol. 19, no 4, 1980, p. 39-54
- Marwick, Arthur, "Dos enfoques en el estudio de la historia: el metafísico y el histórico", *Historia Social*, 2004, #50, pp. 59-82
- Mendiola, Alfonso, "Hayden White: la lógica figurativa en el discurso histórico moderno." (Entrevista con Hayden White), *Historia y Grafía*, UIA, núm. 12, 1999, p. 227
- -----, "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", *Historia y Grafía*, #15, UIA, México, 2000.
- Munslow, Alun, *Deconstructing history*, London, Routledge, 1997, 226 p.
- -----, "Reality/realistic effect", *The Routledge Companion to Historical Studies*, Routledge, 2000, p. 194
- Nietzsche, Friedrich, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*, *Segunda intempestiva*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, 140 pp.
- Okihiro, Lara, "Divergence and Confluence...", *Tropes for the Past. Hayden White and the History / Literature Debate*, Amsterdam-New York, Rodopi, 2006, pp. 161-172

- Pereyra, Carlos, Luis Villoro, et al., *Historia ¿Para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, 254 pp.
- Poggio, Pier Paolo, *Nazismo y revisionismo histórico*, Madrid, Akal, 2006, p. 89
- Ramírez Cobián, Mario Teodoro, “Ética de la comunicación intercomunitaria”, Enrique Dussel (comp.), *Debate en torno a la ética del discurso de Apel. Diálogo filosófico Norte-Sur desde América Latina*, México, Siglo XXI e Iztapalapa, 1994, pp. 101-102
- -----, *Filosofía y Creación*, México, Dríada/UMSNH, 2007, p. 147
- Spiegelman, Art, *Maus. Relato de un sobreviviente*, España, Reservoir Books, 2008, pp. 296
- Vann, Richard T., “The Reception of Hayden White,” *History and Theory*, Vol. 37, No. 2, (May, 1998), pp. 143-161
- Villoro, Luis, “El sentido de la historia,” *Historia ¿Para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, p. 44
- White, Hayden, “The Burden of History”, *History and Theory*, Vol. 5, no. 2, 1966.
- -----, “Interpretation in history”, *Tropics of Discourse*, Baltimore, Johns Hopkins University, 1982, p. 59-60
- -----, “The fictions of factual representation”, *The Content of the Form*, Baltimore, Johns Hopkins University, 1987 p. 125
- -----, “Historical emplotment and the problem of truth”, Saul Friedlander, *Probing the limits of representation*, Harvard University Press, 1992, p. 38

- -----, “Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Chartier”, *Historia y Grafía*, UIA, núm. 4, 1995 p. 320-321
- -----, “An Old Question Raised Again: Is Historiography Art or Science. (Response to Iggers)”, *Rethinking History*, 4:3, 2000, p. 399
- -----, “Tropología, discurso y modos de conciencia humana,” en *El texto histórico como artefacto literario y otros ensayos*, Trad. Verónica Tozzi, Barcelona, Paidós, 2003, p. 64
- -----, “Respuesta a Arthur Marwick”, *Historia Social*, 2004, #50, p. 85
- -----, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Trad. Stella Mastrangelo, México, FCE, 2005, 432 pp.
- -----, “El peso de la historia”, *Nexos*, #53, pp. 27-50
- Yturbe, Corina, “El conocimiento histórico”, en: Mate, Reyes (ed.), *Filosofía de la historia*, Madrid, Trotta, 2005.
- Zermeño Padilla, Guillermo, *La cultura moderna de la Historia*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2002.

Entrevistas, medios digitales, etc.

- Heller, Agnes, citada en: V Ciclo della Scuola di Alta Formazione Filosofica a Torino dal 17 al 21 novembre 2008.
- White, Hayden, “El futuro de la utopía en la historia.” Conferencia. Universidad de Columbia, Mayo 2005.
- <http://www.la2revelacion.com/?p=19> citado en 28/06/2010
- <http://scholar.google.com.mx/scholar?q=Hayden+White&hl=es&btnG=Buscar&> citado en 7/02/2010